

clásicos Albacetenses 17

RODRIGO RUBIO



LA FERIA

Edición de Manuel Cifo González



INSTITUTO
DE ESTUDIOS
ALBACETENSES
Don Juan Manuel

Manuel Cifo González (Albacete, 1955) estudió Enseñanza Primaria en el Colegio San Fulgencio y Bachillerato Elemental y Superior en el IES Tomás Navarro Tomás, de cuyo cuadro de honor forma parte, junto con otros antiguos alumnos destacados por el propio centro. Es licenciado en Filología Románica por la Universidad de Murcia, con la calificación de Sobresaliente y Premio Extraordinario Fin de Carrera, y en Filología Hispánica por la UNED. Es Doctor en Filología por la Universidad de Murcia, con la calificación de Sobresaliente cum laude por unanimidad. En diciembre de 1989 fue nombrado Miembro del Instituto de Estudios Albacences y, en 2015, Académico Correspondiente de la Real Academia Alfonso X el Sabio de Murcia.

Desde 1980 compagina sus tareas docentes como catedrático de Lengua y Literatura con la investigación y la crítica literaria, especialmente en literatura española del s. XX y en literatura hispanoamericana, fruto de lo cual son numerosas publicaciones en diversas revistas especializadas y de prestigio internacional. También ha dedicado gran parte de su labor investigadora a la obra de Rodrigo Rubio.

Es autor de varias ediciones críticas: *Antología poética de Tomás Preciado*, *Niebla*, *Antología poética de Federico García Lorca*, *La vida es sueño* y *El gran teatro del mundo*, *La tía Tula*, *La Celestina*, *Antología poética de la Generación del 27*, *Poesía de Garcilaso de la Vega* y *Bodas de sangre*. Además, ha publicado dos manuales de texto universitarios: *Comunicación oral y escrita en Lengua Española* (2012) y *Literatura Universal* (2015).

Igualmente, ha participado como ponente en varios congresos internacionales sobre Azorín, Unamuno, Antonio Machado y Miguel Hernández, y es miembro de varios jurados literarios y colaborador en el suplemento literario "Ababol" del diario *La Verdad* de Murcia. También es evaluador externo de *Revista de Literatura*, publicación del CSIC.

RODRIGO RUBIO

LA FERIA



INSTITUTO DE ESTUDIOS ALBACETENSES
"DON JUAN MANUEL"
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN DE ALBACETE

Serie II • Clásicos albacetenses • Núm. 17
Albacete 2017

Cubierta: Feria de Albacete (1ª mitad siglo XX).
Autor desconocido.

Rubio, Rodrigo (1931-2007)

La Feria de Rodrigo Rubio / Rodrigo Rubio ; edición y estudio preliminar de Manuel Cifo González. -- Albacete : Instituto de Estudios Albacetenses "Don Juan Manuel", 2017.

130 p. : il. col. ; 21 cm. -- (Serie II - Clásicos albacetenses ; 17).

D.L. AB 412-2017 -- ISBN 978-84-946465-8-4

1. Rubio, Rodrigo. La Feria - Crítica e interpretación. I. Cifo González, Manuel. II. Instituto de Estudios Albacetenses "Don Juan Manuel". III. Título. IV. Serie. 821.134.2-31"19"

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALBACETENSES "**DON JUAN MANUEL**"
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN DE ALBACETE,
ADSCRITO A LA CONFEDERACIÓN ESPAÑOLA DE CENTROS DE ESTUDIOS
LOCALES. CSIC.

Las opiniones o hechos consignados en esta obra son de la exclusiva
responsabilidad del autor o autores.

D.L.: AB 412-2017

I.S.B.N.: 978-84-946465-8-4

Maquetación e Impresión:

Gráficas Ruiz del Amo, S. L.

Parque Empresarial Campollano, C/. D, N.º 14, Nave 18

02007 Albacete

Tel. 967 21 72 61

grafruiz@yahoo.es

www.graficasruiz.com

INTRODUCCIÓN

*A mis padres,
con quienes viví hermosos momentos
en la feria de Albacete
durante los años de mi infancia,
esos mismos años sesenta
que forman parte del mundo perdido
de Rodrigo Rubio.*

1. El marco del relato

En 1968, Rodrigo Rubio (Montalvos, 1931–Madrid, 2007) publica *La feria*, una de sus novelas más emotivas y de más intenso sabor albaceteño, cuya trama gira en torno al triste y dolorido monólogo interior de un hombre, José, ante la tumba de su hijo, Josillo, fallecido un año antes. Una novela corta que fue galardonada con el Premio Ateneo de Valladolid de ese mismo año.

El monólogo interior –también conocido como flujo de conciencia– es una técnica narrativa muy habitual en el escritor de Montalvos, así como en algunas de las más conocidas novelas pertenecientes al llamado *realismo crítico* o *realismo social*, una corriente literaria de los años cincuenta y sesenta, caracterizada por su reconocida vocación realista, costumbrista, documental y testimonial, y que ha sido estudiada, entre otros, por críticos tan afamados como Pablo Gil Casado, Eugenio G. de Nora y Santos Sanz Villanueva. Una voluntad testimonial que suele ir asociada a la reflexión sobre las consecuencias de la guerra civil, al uso de un lenguaje teñido de modismos, localismos o incluso vulgarismos, y a la narración en primera y segunda personas, junto con el empleo del monólogo interior. Recursos todos ellos muy del gusto de Rodrigo Rubio, quien es uno de los representantes de dicha corriente literaria.

La técnica del monólogo interior es la más apropiada para dar a conocer al lector los pensamientos, recuerdos, inquietudes, deseos, temores y desengaños de los diversos personajes, los

cuales son, en numerosas ocasiones, reflejos autobiográficos de sus creadores, como suele ocurrir con muchos de los personajes concebidos por el escritor albaceteño. Además, en el caso concreto de Rodrigo Rubio, todo ello se une a un talante existencial-cristiano, impregnado de un resignado pesimismo, junto con un tono profundamente lírico, muy adecuado para su deseo de dar voz a las gentes sencillas y humildes situadas en espacios narrativos como el de su pueblo natal, Montalvos, o en aquel otro que supone una recreación literaria de este, al que frecuentemente denomina Monsalve y, en alguna ocasión, Montejera.

Siguiendo el ejemplo, entre otros, de uno de sus escritores más admirados, William Faulkner, Rubio se había servido anteriormente de la técnica narrativa del monólogo interior para escribir *Equipaje de amor para la tierra* (1965), su novela más conocida y con la que obtuvo el Premio Planeta de ese mismo año.

Si bien es cierto que las situaciones noveladas en *La feria* y en *Equipaje de amor para la tierra* no son idénticas y que, por tanto, existen claras diferencias entre ambas, es innegable que se pueden apreciar algunas similitudes, especialmente en lo referido a esos monólogos –diálogos a una sola banda o *monodialogos*, que diría Miguel de Unamuno– que se mantienen con los hijos muertos y en cuyo transcurso se rememoran gran parte de los acontecimientos más relevantes de la vida de cada una de las respectivas familias protagonistas y, muy especialmente, de esos hijos.

No obstante, también hay que señalar que, en el caso de *La feria*, se trata de un breve, candoroso y tierno desahogo de un padre ante la tumba de su hijo, durante unas pocas horas de tiempo real, mientras que en *Equipaje de amor para la tierra* asistimos a un monólogo más duro y dramático por parte de María, en torno a temas mucho más trascendentes y graves, junto al ataúd de su hijo Juan, un muchacho emigrado a Alemania. Un largo y extenso monólogo que se desarrolla durante el tiempo que media entre el velatorio del cadáver de su hijo, en Alemania, y el traslado del féretro desde ese país hasta la frontera franco-española.

Por otra parte, no podemos perder de vista que se trata de dos relatos muy diferentes tanto en su estilo como en sus planteamientos narrativos. Así, mientras que *Equipaje de amor para la tierra* es una de las mejores muestras de la que el propio Rodrigo Rubio identificaba como su segunda etapa creadora, marcada por la preocupación social, política y religiosa –en la que se incluirían otras obras suyas como las novelas *La espera* (1967), *La sotana* (1968), *Oración en otoño* (1970) y *Álbum de posguerra* (1977) y los ensayos *La deshumanización en el campo* (1966), *Radiografía de una sociedad promocionada* (1970), *Minusválidos* (1971) y *Crónicas de nuestro tiempo* (1972)–, *La feria* pertenece a su primera etapa, caracterizada por una literatura enraizada en la tierra manchega, con unos marcados tonos costumbristas y una añoranza del pasado feliz. Esta etapa, a la que podríamos calificar como *literatura del mundo perdido*, está presente, además de en la novela que nos ocupa, en otras como *Un mundo auestas* (1963), *Agonizante sol* (1972) o *El gramófono* (1974) y en algunos de sus libros de cuentos, como *Palabras muertas sobre el polvo* (1967).

En el caso de *La feria*, el relato de los hechos se sitúa cronológicamente en la tarde de un siete de septiembre, fecha muy señalada para los habitantes de la ciudad de Albacete, por cuanto, como bien sabemos, en ese día se celebra la tradicional cabalgata de apertura de su feria, a la que suelen asistir muchísimas personas procedentes de los más diversos lugares y, muy especialmente, de las localidades vecinas.

Una feria a la que, según cuenta José, acudía habitualmente toda su familia y a la que, como es lógico, este año no irá ninguno de ellos, pues se cumple justamente un año de la muerte del pequeño Josillo, con tan solo once años.

En las pocas horas que duran la visita al cementerio y ese peculiar diálogo del padre con su hijo, hay tiempo más que suficiente para que José realice un minucioso recuento de los episodios más destacados de la vida familiar, con anterioridad a la muerte del niño y posteriormente a esta. Y la retrospección narrativa comienza, nada más empezar la novela, hablando del profundo y tremendo

contraste entre el doloroso presente y el pasado feliz, a pesar de que en aquella época ellos no eran plenamente consciente de la felicidad de que disfrutaban, pues, en su opinión, el ser humano no valora lo bueno que tiene, por poco que sea, hasta que lo pierde.

Como es habitual en este tipo de relatos, el monólogo interior de José se desarrolla con un cierto desorden cronológico, con frecuentes saltos en el tiempo, así como con referencias a situaciones y temas diversos, e incluso con la aparición de ciertas digresiones, todo lo cual es una consecuencia lógica del estado emocional del padre. No obstante, el motivo central de la novela es el recuerdo de las principales vivencias de Josillo, desde los primeros llantos en la cuna hasta el momento de su muerte, pasando por su crecimiento feliz y saludable y por los alegres juegos de la infancia, incluidas algunas de sus travesuras.

Por otra parte, alrededor de este tema central surgen otros asuntos de menor trascendencia, pero que van apareciendo de forma espontánea a lo largo del monólogo paterno, especialmente cuando, golpeado por el dolor, su cuerpo se adormece mientras su mente vaga libremente, sin control alguno. De ahí que José tenga que esforzarse, en numerosas ocasiones, para no irse de unos temas a otros, para poner orden en su monólogo interior, en su fluir de la conciencia y de la memoria.

2. Una historia con tintes autobiográficos

Esta novela corta –escrita en Valencia en 1961, publicada por la Editora Nacional en 1968 y reeditada tres años más tarde por Plaza-Janés–, resulta entrañable ya desde la dedicatoria inicial, dado que Rodrigo Rubio la ofrece a su madre, “que salió a los caminos en busca de salud para sus hijos”. Una dedicatoria que cobra especial sentido tras conocer el hecho de que la madre del novelista, Dolores Puerta Mendieta, recorría caminos y carreteras en busca de sal de higuera, con la que un médico pensaba que podría aliviarse la enfermedad que el pequeño Rodrigo padecía

en la piernas, desde que en 1937, cuando tan solo tenía 6 años, le pusieron una vacuna contra el tífus. Como consecuencia de la inyección, sus piernas quedaron gravemente afectadas, hasta el punto de verse obligado a guardar largas temporadas de reposo y tener que visitar a varios médicos de La Roda y de Albacete en busca de una curación que nunca llegaría. Incluso fue sometido a una intervención quirúrgica en el Sanatorio de la Malvarrosa, en Valencia, en 1955, cuyo resultado fue mucho peor de lo esperado, pues tuvo que permanecer más de dos años inmovilizado y se vio obligado a utilizar muletas y a sufrir fuertes y continuos dolores durante el resto de su vida.

De las numerosas ocasiones en las que, de uno u otro modo, el escritor se ha referido a su enfermedad y a los cuidados de su madre, resulta particularmente emotivo, en relación con la dedicatoria que encabeza *La feria*, el relato *Sal amarga*, publicado el 27 de diciembre de 1980 en la sección “Cuento semanal” del suplemento “Sábado Cultural” del diario *ABC*.

En dicho relato se nos presenta a una madre fuerte, decidida y luchadora, llamada Dolores, como la madre de Rodrigo Rubio, la cual, en primera persona, se dirige a su hijo enfermo para recordarle algunos de los episodios más dramáticos vividos por ella, comenzando por la aparición de la enfermedad del hijo, como consecuencia de una vacuna administrada durante la guerra. Según la madre, algo debía de estar mal en el medicamento o en el hijo. Lo cierto es que, a partir de entonces, todo cambió en aquella familia y lo que iba a ser una vacuna para evitar epidemias, lutos y miserias, acabó convirtiéndose en motivo de dolor y de sufrimiento, pues la madre no podía soportar ver a su hijo sentado en una mecedora, con unas piernas que parecían de trapo, con los ojos hundidos y con su cuerpo abocado a la muerte, cuando poco antes era un niño sano, ágil y fuerte. Situación muy similar, por cierto, a la que relata José en las páginas de *La feria*.

Seguidamente, la madre cuenta cómo Don Joaquín Santos, el médico de la familia, tras varios tratamientos fallidos, acabó prescribiendo unos baños de sal de higuera, que ella tenía que ir a bus-

car a una botica de La Roda, aprovechando el viaje de algún vecino del pueblo, y, si no encontraba quien la llevase, lo hacía andando.

Un día del mes de octubre, con las sales en una cesta, Dolores comenzó a andar por la carretera en dirección a Montalvos, sin que ningún coche la recogiera, hasta que, a la caída de la tarde, un camión se detuvo y los dos hombres que viajan en él la invitaron a subir. A partir de ese momento, el relato se centra en reflejar, con toda crudeza, los peligros a los que se tuvo que exponer frente a unos hombres que, pretextando una supuesta avería en el camión, trataron, primero de violentarla, y, después, de quitarle parte del género que llevaba en la cesta, pensando que era azúcar, uno de los géneros sometidos a intervención por aquellos años. Cuando comprobaron que era sal para su hijo enfermo, a uno de ellos se le ablandó el corazón y decidió arrancar el camión para llevarla, indemne, hasta su pueblo.

Los otros viajes es el título de un cuento recogido en el volumen correspondiente al *VIII Premio de narraciones breves "Antonio Machado"*, editado por Renfe en 1985. Se trata de un relato que presenta una estructura narrativa similar a la de *Sal amarga*, con esa misma madre, Dolores, que rememora, en primera persona, algunas vivencias familiares, mientras se dirige, en segunda persona, a su hijo más pequeño, Juan, el cual quiere escribir una historia sobre la familia. De ese modo, Dolores comienza una narración de hechos acaecidos cuando Juan era un chiquillo, en un tiempo en que ellos eran pobres, pero felices, porque el drama de la guerra no había afectado aún a la familia. Y es así como el relato se construye gracias a los recuerdos que la madre va contando al hijo escritor, el cual solo tendrá que trasladarlos, posteriormente, al papel.

Dolores se presenta a sí misma como alguien a quien, para ser feliz, le basta con hacer punto, con contemplar el álbum de fotografías de la familia o, simplemente, con la tranquilidad de estar en su casa y no molestar a ninguno de sus hijos. Para ello, ha pensado en pasar los últimos años de su vida en una residencia de personas mayores, algo con lo que están de acuerdo todos sus hijos, excepto Juan, quien se empeña en llevarla a vivir con él y con su mujer, Marian.

A poco que nos fijemos, podremos comprobar que Juan es un trasunto literario del propio Rodrigo Rubio, pues se trata de un escritor y periodista, con poca salud y fuerza física, que va a plasmar en su relato muchos de sus viajes por el mundo de los recuerdos familiares y de sus propios fantasmas personales. Y así lo apunta su propia madre cuando recuerda la artritis reumatoide tan dolorosa que sufrió siendo niño y que, según ella, le dejó huellas en el cuerpo y en el espíritu.

Juan, escritor inquieto y con ganas de saber, pide a su madre que le cuente cosas de la vida familiar en el pueblo, cuando él aún era un crío y cuando sus hermanos mayores “rozaban ya la sombra oscura de la guerra”. Y Dolores le habla de “aquel mundo que no debió hundirse nunca”, cuando, por ejemplo, ella y otras muchas mujeres tomaban el tren en el apeadero para ir a Albacete a comprar el ajuar de las hijas casaderas.

A la vista de lo relatado por Rodrigo Rubio en estos dos hermosos cuentos, se entiende mucho mejor el significado de esa cariñosa dedicatoria que encabeza *La feria*. Y otro tanto cabe afirmar respecto de su padre, Buenaventura Rubio Marqués, quien, según relata el escritor de Montalvos en *Sal amarga*, afrontó la enfermedad del hijo con mayor resignación e impotencia que la madre, aunque no por ello con menos dolor y sufrimiento. De ahí el texto de Mateo Alemán elegido por el escritor para abrir la novela y para poner de manifiesto el que es el tema central de la novela: “No hay palabra ni pincel que llegue a manifestar amor ni dolor de padre”.

Una vez planteado el eje argumental de *La feria*, el relato se centra en el protagonista de la novela, Josillo –*alter ego* del niño Rodrigo Rubio–, un niño que crecía fuerte, sano, ágil y alegre, ayudando a sus padres en todo lo que le fuera permitido, jugando con sus amigos, correteando por arboledas y viñedos, con su tirachinas en la mano, y haciendo pequeñas travesuras: meterse en los olivares, tirar piedras al tejado de la iglesia, acechar vencejos, subir a los pinos más altos, etc. Y, muy especialmente, se relata el devenir de su enfermedad a la que, eufemísticamente, José se refiere como “lo tuyo” o como “aquello” tan malo que lo postró en una cama hasta el momento de su muerte.

Una enfermedad que, salvando las peculiaridades propias de la ficción literaria, refuerza el componente autobiográfico de la novela, pues son muchas las experiencias vividas por el pequeño Rodrigo que sirven para ilustrar la convalecencia de Josillo. Tal es el caso de la paralización de sus piernas, los masajes infructuosos, la impotencia del médico del pueblo, los viajes en carro para acudir a la consulta de un médico de la capital o el precio de la consulta, doscientas cincuenta pesetas.

En opinión de José, todo comenzó un funesto día en que su hijo se fue al monte a jugar y lo trajeron a casa en brazos, con un extraño temblor en el cuerpo, que el médico del pueblo no acertó a diagnosticar y al que ni la curandera local, María Jesús, ni el médico de la capital pudieron poner remedio. Así que el hijo murió, con tan solo once años, y, ahora, duerme un sueño eterno, un sueño sin pesadillas, desde el que, según el padre, Josillo lo abraza con el propósito de darle fuerzas y ánimos para que pueda seguir viviendo.

Respecto del origen de tan extraño mal, el padre se hace eco de la posibilidad de que se debiera a una maldición que Manuela, la mujer de Sergio, el alguacil, echó a Josillo cuando el niño hizo una travesura propia de los chicos de su edad. Ese hecho es el que el padre y algunos vecinos, proclives a las supersticiones, consideran como la posible causa de su misteriosa enfermedad y posterior fallecimiento.

Dicho suceso había tenido lugar cinco años atrás, cuando la familia de José plantó un viñedo, al que el niño solía acudir para llevar la comida a su padre y al abuelo Jacinto. Uno de esos días, Josillo y sus amigos entraron en el melonar de Sergio, y el crío, más imprudente o menos miedoso que los demás, fue a coger precisamente la sandía en cuya corteza Sergio y Manuela, cual adolescentes enamorados, habían escrito las iniciales de sus nombres. Y la mujer, cuando lo vio salir corriendo, le gritó que algún día se vería atado a una silla.

A lo largo de su monólogo, el padre dedica especial atención a relatar el sufrimiento que experimentaba el chiquillo cuando oía jugar en la calle a otros chicos, muchos de ellos pertenecien-

tes a su pandilla, o cuando estos entraban a verlo a la habitación. Igualmente, pone de relieve la esperanza de los padres después de que, tras la consulta con el médico de la capital, se aprecie en el niño una leve mejoría, y, posteriormente, el doloroso momento de su muerte, justo en el mismo instante en que José se hallaba en la feria de Albacete, a la que había ido con el único propósito de comprar un aparato de radio que aliviara, hasta donde fuera posible, la convalecencia de su hijo.

3. Personajes y temas principales

Si anteriormente aludíamos a un posible componente autobiográfico relacionado con vivencias y recuerdos de la vida de Rodrigo Rubio, cabe pensar igualmente que el personaje de José guarda ciertas similitudes con Buenaventura Rubio, el padre del escritor. Así, por ejemplo, cabría interpretar la falta de ambición por las riquezas, el agradecimiento a Dios por la aceptable situación personal y familiar, la dedicación al trabajo y al cuidado de su familia, y la venta de vino en su casa, sobre todo el vino blanco, dulce y de alta graduación, fruto de la uva de la viña vieja, de la variedad pardillo. Al igual que Buenaventura Rubio, la mayor ilusión de José es trabajar sus cuatro pedazos de tierra, arreglar los aperos y las abarcas, afilar las tijeras de podar, y, si se presentaba la ocasión, buscar algún jornal podando los viñedos de algún vecino. Y, al llegar a su casa, ver a la mujer haciendo las tareas domésticas con dedicación y alegría y poder disfrutar de la compañía de sus dos hijos.

Para esta clase de hombres, la mayor felicidad estriba en la satisfacción del trabajo bien hecho, tal y como pone de manifiesto José cuando se refiere a las faenas realizadas durante los meses de verano, cuando iban de un bancal a otro, sin apenas tiempo libre para acercarse al pueblo, y dormían bajo las estrellas, sobre un poco de mies segada. De ahí que afirme que nunca hay tanta paz en el alma de un hombre como en una de esas noches, mientras contempla los millares de estrellas en el inmenso cielo que

las sostiene. Por el contrario, uno de los mayores temores de los hombres del campo es ver cómo se forman negros nubarrones que podrían descargar aguaceros o pedriscos, muy dañinos para los trigos y para la uva.

Otro de los pilares en los que se sustenta la felicidad de José es la salud de sus hijos, por los que él se sacrifica diariamente. De ahí que, cuando el niño cae enfermo con esa extraña dolencia que le paraliza el cuerpo de cintura para abajo, no dude en hacer todo cuanto esté en su mano para lograr su curación, bien sea acudiendo a don Anastasio, el médico, y a María Jesús, la curandera del pueblo, a pesar de la fama de bruja que tenía en el pueblo, o bien llevándolo a la mejor clínica de la capital, aunque esto suponga un considerable sacrificio tanto en lo personal como en lo económico. Todo ello con la ilusión de una posible mejoría del niño, lo que le permite ver en sueños a Josillo, con unas piernas fuertes y musculosas, montado en una hermosa bicicleta de carreras, corriendo con otros chicos y llegando vencedor a la meta.

En este sentido, conviene que nos fijemos en el modo en que se narra la visita a uno de los mejores médicos de Albacete, pues es muy probable que ese relato esté basado en los recuerdos de los viajes que Buenaventura tuvo que hacer a la capital a raíz de la enfermedad de Rodrigo. Un viaje que se inicia a eso de las cuatro de la madrugada, en carro, con el niño enfermo acostado en un colchón, junto con todas las cosas que previamente habían preparado el padre y la madre. La principal diferencia respecto de otros viajes anteriores a la capital es que, ahora, en las alforjas hay mucha menos ilusión y esperanza y que parece que los padres no desean otra compañía que la oscuridad y el silencio de la noche, mudo testigo de la preocupación y del sufrimiento que les embarga.

Uno de los temas a los que más frecuentemente alude José, a lo largo de su monólogo, es el de la guerra civil, la cual, según él, fue la causante de numerosas desgracias, como las heridas sufridas por Santiago, el sepulturero, a consecuencia de las cuales quedó cojo e impotente; la desaparición de Sebastián, el novio de Julia, "la practicanta", aunque José asegura que estará tan muerto

como otro muchacho al que él vio “con la cabeza hecha mixtos”, o la muerte de Tomás, el hijo del panadero, en una de las trincheras del frente de Teruel, la misma en la que se encontraba José.

Como tantas veces ocurre en la narrativa del escritor albaceteño, el tema de la guerra sirve como marco para que el narrador introduzca la historia relativa a algún personaje que se ha visto directa o indirectamente afectado por ella. En esta ocasión, la elegida es Andrea, de quien se nos dice que, durante la guerra, había ejercido la prostitución con casi todos los soldados de las Brigadas Internacionales. Al finalizar la contienda, ella se quedó en el pueblo, más sola que nunca, “envejecida ya, muerta para el amor, casi borrada para la gente del pueblo, que no perdona.”

Cuando Santiago, un hombre tímido, apocado, regresó del frente “con una pierna tiesa”, le dieron el empleo de enterrador y, como no tenía familia, decidió casarse con Andrea, veinte años más joven que él, la cual lo aceptó como un simple compañero, porque él poco podía darle como hombre. Para satisfacer sus apetencias físicas, Andrea se marchaba del pueblo con relativa frecuencia y volvía con buenas ropas, aunque muy pálida y ojerosa. De ahí que los vecinos del pueblo comentaran que seguía practicando el “oficio” y más aún cuando se supo que el hijo que ella había tenido después de casada no era de Santiago. La guerra le había imposibilitado para poder ser padre, pero no para acoger como suyo, y con un enorme cariño, al hijo de su mujer y de otro hombre.

Como contrapunto a Andrea, el narrador sitúa la figura de Julia, la muchacha que ponía las inyecciones en el pueblo, haciendo de enfermera, aun sin título alguno, tanto para curar enfermos como para atender a moribundos y parturientas. Julia tuvo un novio, Sebastián, que había sido dado por desaparecido en la guerra y, desde entonces, vestía ropas de luto e, irónicamente, era conocida como *La Viuda*. De ella algunas personas murmuraban que se entendía con el médico, cuya mujer estaba enferma y apenas salía de su alcoba. Pero eso es algo que José niega con absoluta rotundidad, porque Julia nunca había dado motivos para que se pudiera hablar mal de ella.

José, en cambio, regresó de la guerra sano y salvo, aunque con profundas heridas en el alma. Desde entonces, para él no existía otra ilusión e interés que no fuera trabajar en el campo y cuidar de su familia, y poco le preocupaba la gente del pueblo y sus habladurías y chismorreos. Esa era su vida y, gracias a ella, podría ir olvidándose, poco a poco, de todo lo vivido en el frente. Pero los recuerdos del sufrimiento de las trincheras se le reavivan cada vez que ve al sepulturero, con quien ha establecido una particular empatía, hasta el punto de que Sebastián le aconseja que no visite tanto el cementerio, porque no le hace ningún bien.

Como anteriormente comentamos, un tema esencial en los pensamientos de José es el relativo a la vida familiar. Una vida tranquila y hogareña, sin grandes altibajos ni preocupaciones, que posibilitaba que José se sintiera feliz y dichoso, en las noches estrelladas del mes de mayo, cuando aún no había sucedido lo del hijo.

En este sentido, además de todo lo referente a Josillo, encontramos continuas menciones al abuelo Jacinto, quien siempre fue un hombre fuerte y trabajador y, en cambio, ahora ya no tiene fuerzas ni para ir al corral a hacer sus necesidades. En aquella época que José califica como tiempo hermoso, casi feliz, el abuelo se acostaba pronto, se levantaba muy temprano, antes de hacerse de día, y guisaba el almuerzo. Luego, mientras José aparejaba el mulo, salía a la calle a ver los carros y camiones cargados de grano que se marchaban del pueblo y así llevaba la cuenta de quienes se enriquecían en aquellos tiempos de escasa normalidad. Después, se iban ambos a trabajar al campo y el abuelo ayudaba en diversas tareas: recogida de leña, cuidado de los melones, preparación de gavillas de aliagas, etc. Ahora, debido a su avanzada edad, tiene algunos deseos más propios de un niño, como cuando se encapricha de un carro de juguete que quiere que le compren en la feria, y lanza algunos reproches a su hija por la falta de cuidados que le presta, porque ella está más pendiente de la salud de Josillo.

Referencias, igualmente, a la hija, Juana, y a las tareas e ilusiones que tenía a los dieciséis años, cuando tenía hermosos colores en la cara, bailoteaba inquieta en la silla y, una vez acabadas las ta-

reas del campo y de la casa, se iba a la Sindical o a casa de Josefa a escuchar la música de Radio Andorra. Eran tiempos en los que los padres le dejaban poca libertad y le prohibían ir a fiestas y bailes por lo que pudiera sucederle con algún mozo, especialmente Ramón, quien, tras cumplir el servicio militar en Melilla, se había granjeado una mala fama. Ahora, a sus veinte años, después de la muerte de su hermano y vestida con sus ropas negras, “es como si, de la noche a la mañana, hubiera perdido la juventud”, y sus padres se preguntan si alguna vez la verán bailar y si algún día se llegará a quitar las ropas negras.

Y, cómo no, el reconocimiento del trabajo callado y abnegado de su mujer, Luisa, tanto en las tareas del hogar como en las del campo, cuando aún podía ayudar en la siega de las pocas tierras de la familia y los bancales de don Anastasio, y cuando preparaba con alegría la comida y las ropas para las excursiones al río, a las fiestas de algún pueblo vecino o de la capital, bien para hacer compras o para ir a la feria. Después, sus quehaceres se centraron en el cuidado amoroso de la casa, del abuelo y, más tarde, del hijo enfermo. Una mujer que no tenía preocupación alguna por el dinero, pues, como ella misma decía, no sabría ser una mujer rica. Una mujer que, a pesar de lo enfermo que estaba Josillo, no perdía la esperanza en que el médico de la capital pudiera hacer algo por su hijo y que no dejaba de rezar a Dios pidiendo su curación.

Coincidiendo con los recuerdos de los años felices, José rememora los momentos y las costumbres más significativos de la vida de ese pequeño e innominado pueblo manchego, trasunto literario del Montalvos natal de Rodrigo Rubio y de los recuerdos y vivencias del propio escritor.

A lo largo de las páginas de la novela podemos ver reflejados algunos de los aspectos más característicos de la idiosincrasia de los campesinos manchegos durante los años de la posguerra: el amor a la tierra, aunque se trate de un pequeño majuelo; el miedo a los pedriscos, y la dedicación a los diversos trabajos, como la siembra, la siega, la trilla, la plantación, recolección y venta de los melones, la plantación de vides, la vendimia, la recogida y venta del azafrán, la poda, etc. Luego, ya en casa y con la llegada de los

fríos, las “sanochadas” junto a la lumbre de la cocina, escuchando las emisiones de radio, en especial las de Radio Andorra, o enterándose por su mujer de los chismes que se comentan en el pueblo.

Del mismo modo, aparecen datos costumbristas relacionados con los almuerzos, las comidas y las cenas; los “puestos” para cazar perdices al reclamo; la colocación de cepos y la caza de venecijos; el robo de melones en los sembrados de los vecinos, o la celebración de las fiestas de la Virgen, tanto a lo largo del mes de mayo como el día quince de agosto, cuando era costumbre hacer alegres excursiones al río, una vez acabadas las faenas de la trilla. También, algunas otras tareas relativas a las labores domésticas, como hacer cordelillo para colgar los melones del techo, echar tomillo a las aceitunas, los cuidados de los animales, el encendido de la lumbre y la preparación de las ricas y abundantes comidas, y la costumbre de las mujeres de llevar sus tabaquillos de costura a la puerta para charlar y murmurar mientras cosen, al igual que hacen los viejos, sentados en los poyos de piedra.

Y, por supuesto, los alegres viajes a la feria de la capital, de cuyos preparativos nos da cuenta José, cuando menciona las ricas meriendas que las mujeres elaboraban la noche anterior al viaje, a base de pollos fritos con tomate, tortillas de patatas y ricos embutidos caseros, mientras las muchachas salían alegres a dar una vuelta por las calles y los mozos reían felices en los corrillos de la plaza.

4. El mundo perdido de Rodrigo Rubio

En esta hermosa y sentida novela corta, Rodrigo Rubio se interna, una vez más, en ese ámbito narrativo del llamado *mundo perdido*. Un mundo que él gusta de traer al recuerdo una y otra vez, en un intento de aferrarse a algo que siente que se va dejando poco a poco en el olvido y que él no desearía ver alterado por el inexorable paso del tiempo y por la llegada de los cambios que imponen la evolución y la modernización. Por eso no nos sorprende encontrar-

nos en estas pocas páginas con todo un mundo que, en realidad, ya no era exactamente el mismo que había en el año 1961, fecha de composición de *La feria*, sino que, en algunos aspectos, se corresponde con el de los recuerdos juveniles del novelista. En cualquier caso, ese rico y añorado costumbrismo que presenta Rodrigo Rubio nos trae al recuerdo un mundo que hoy día sólo se halla presente en la memoria o en las bibliotecas y hemerotecas.

Costumbrismo hay en la descripción de todas las faenas del campo a que antes hemos aludido; en los juegos, dichos y canciones populares; en la descripción de las visitas a la feria; en la imagen que se ofrece de las sucias y malolientes posadas; en el repertorio de comidas y de fiestas populares; en la forma de plantar las vides o de hacer una cabaña para guardar los melones; en las detalladas nóminas de las diversas clases de aparejos, cultivos, árboles, hierbas, plantas, aves e insectos; en las descripciones de la forma de ser y de vestir de las gentes del pueblo; en la costumbre de poner apodos a las personas; en la mención de las supersticiones populares —como la del mal de ojo— y, cómo no, en el reflejo del vocabulario característico de la zona.

Así, observamos vocablos relativos a la vida y las faenas del campo, como: *chozo*, *hilo*, *bardal*, *carguío*, *majano*, *majuelo* o *sarrieta*. Igualmente, encontramos expresiones populares y coloquiales, algunas de las cuales aparecen entrecomilladas, como, por ejemplo: los recuerdos salen *como a montón*, “*echar puntas*” a las *rejas*, *hacer poca mella a la merienda*... Y, como suele ser habitual en las obras de su primera etapa narrativa, el autor echa mano de algunas otras voces que podríamos considerar vulgarismos característicos de la gente de pueblo y que casi siempre figuran entre comillas: pasarle a uno “*argo*”, tomar un “*bocao*”, estar “*molío*”, la cosecha ha “*sío*” grande, una vecina se “*pipló*”, un vecino se para con “*too*” el mundo, etc.

Al mismo tiempo, en lo que es uno más de los contrastes tan habituales en esta y otras novelas del escritor albaceteño, se puede ver un estilo mucho más cuidado, más culto y más lírico, que no siempre resulta demasiado verosímil en boca de un campesino sin

estudios, pero que contribuye a la presentación idealizada y subjetiva de ese mundo perdido. Algo que, por citar uno de los casos más llamativos, llamó poderosamente la atención de los lectores y críticos de una de sus más conocidas novelas, *Equipaje de amor para la tierra*, especialmente en lo referente a los sentidos monólogos de María, la protagonista.

Un estilo en el que destaca el muy correcto y bello uso de símiles, imágenes y metáforas, como ocurre en los siguientes ejemplos: el llanto es “una lluvia gris, caliente y amarga”; el gorjeo de las alondras es “una hermosa música de fondo para nuestros oídos besados por la calma”; el ser humano es “algo tan débil como los tallos de un trigo recién nacido”; las ramas de los pinos, al ser cortadas, “lloran, como si las heridas que le produce el hacha rompiesen alguna sensibilidad dormida”; el tren semeja “un cordón de oscuras y gigantescas orugas”; “las cruces y los lomos de tierra duermen bajo el crepúsculo y sobre las gentes de sueño eterno”; el sol sale, a primera hora de la mañana, “como una bola gigante y sin fuego”, etc.

Además, también aparecen algunos símbolos dignos de mención. Uno de ellos es el de los pájaros, el de esas “avecillas del cielo” que, en algunas ocasiones, aparecen humanizados, ya que comparten con la familia el dolor por no poder ver a Josillo entre los vivos y bajan desde los cipreses a posarse junto al padre, como si fuesen una especie de mensajeros del más allá enviados por su hijo. En cambio, en otros momentos, son vistos por José como un mero símbolo de libertad y de felicidad, en contraste con sus sentimientos, hasta tal punto, que este llega a odiarlos y a desear que alguno de esos pajarillos se posara a su lado para aplastarlo, como llega a hacer con una alondra que se posa entre sus piernas.

Algo similar ocurre con unas piedras que el padre y el abuelo recogen en el campo y que, igualmente, adquieren un valor simbólico en la medida en que José desearía poder tener su misma dureza, ya que, como él dice, las envidia porque ellas no tienen corazón, porque no lloran aunque se las parta y porque no se quejan a pesar de que se las empuje con violencia.

Otros dos símbolos muy significativos son la bicicleta y la radio. La bicicleta representa todo aquello que Josillo no podrá tener o hacer. Así, cuando ve a otros niños jugando alegres con sus bicicletas, toma conciencia de que esas máquinas resultan absolutamente inútiles para su hijo. En cambio, en un breve momento en que se queda dormido durante la visita al cementerio, tiene tiempo más que suficiente para soñar que Josillo montaba en una hermosa bicicleta de carreras y que aventajaba a todos los demás chicos, a pesar de los esfuerzos de estos por alcanzarlo. Por su parte, el aparato de radio funciona como sustitutivo de la bicicleta que no puede disfrutar y, sobre todo, como instrumento de conexión con un mundo que podría alegrar su convalecencia; pero, una vez muerto el hijo, ese aparato se vuelve totalmente inútil y, por eso mismo, José lo golpea más de cincuenta veces hasta destrozarlo.

En múltiples ocasiones, el lirismo de la novela se asocia al uso muy frecuente de diminutivos –“cabecilla”, “ojillos”, “pelusilla”, “diablillo”, “caminejo”, “avecicas”–, a la abundante adjetivación –“el plumaje brillante, cenizoso y amarillo, y su cabecita angulada, y sus ojillos diminutos”, “una lluvia gris, caliente y amarga corría por mis mejillas”, “las espesas y afiladas copas de los cipreses”, “nuestro hermoso mundo muerto”– y a la aparición de interrogaciones retóricas que, al estar dirigidas al hijo muerto, no encuentran respuesta alguna, circunstancia esta que incrementa la carga emotiva, lírica, del relato. Tal es el caso, por citar un ejemplo, de las preguntas que le hace a propósito de la cercanía que pueda tener respecto de sus padres: “¿Estás con nosotros? ¿Te acercas a nosotros alguna vez, Josillo? ¿Nos ves? ¿Nos esperas allá lejos, allá arriba en ese mundo azul? ¿Por qué, muchas veces, después de estar aquí, después de hablarte y llorarte, me parece que vienes junto a nosotros y nos abrazas?...”

4. La feria

El otro gran protagonista de la novela tiene carácter alegórico-simbólico y es el que da título a la novela. Con alusiones a la

feria comienza el relato, cuando José confiesa a su hijo muerto que “hoy empieza la feria en la capital” y que en esta ocasión nadie de la familia acudirá allí. Es más, cuando está a punto de cumplirse un año de su muerte, el padre ha decidido pasar ese día siete de septiembre con su hijo, en el cementerio, haciendo un repaso de recuerdos hermosos junto con otros dolorosos. Y la novela finaliza, en forma retrospectiva, cuando, un año antes, José acababa de llegar a su casa procedente de la feria, con un aparato de radio bajo el brazo, con el que deseaba alegrar la penosa convalecencia de su hijo.

Algo que llama la atención a lo largo de la novela es el hecho de que Rodrigo Rubio escribe la Feria, con inicial mayúscula, cuando se refiere al recinto ferial, incluido el paseo, con sus establecimientos y atracciones, así como los Jardinillos y la Cuerda. En cambio, escribe la feria, con inicial minúscula, cuando alude a lo que es el ambiente y los actos festivos.

El tema de la feria de la capital ha sido tratado por Rodrigo Rubio, con más o menos profundidad y detallismo, en varias de sus obras, especialmente aquellas que tienen un mayor y más acendrado costumbrismo. Y siempre lo ha hecho con cariño y con cierta nostalgia, pues suele estar vinculado a esa crónica del pasado, de ese mundo perdido al que nos hemos referido en más de una ocasión y que era tan del gusto del escritor de Montalvos. Esto es lo que ocurre en *La feria*, así como en las novelas *Un mundo auestas* (1963), *La espera* (1967) y *Al filo de la vida* (1998) y en los ensayos *Albacete, tierras y pueblos* (1983) y *Lo que el tiempo se llevó* (2004), por citar algunos de los ejemplos más significativos.

Así, en *Albacete, tierras y pueblos*, alude el escritor a los inicios de la feria, “como mercadillo asociado a la ermita de San Francisco, allá por el 1672”. Y, entre otras cosas, recuerda el ir y venir de la gente por el paseo, por lo que él llama los Rondes (en vez de los Redondeles), por la Cuerda y por la verbena de los Jardinillos.

Para la familia de José, al igual que para otras muchas de los alrededores –como con seguridad ocurrió en la propia familia de Rodrigo– la feria significaba una gran ilusión y una merecida recom-

pensa, tras los duros trabajos estivales en el campo, con los que se garantizaba el pan del invierno y las compras necesarias para los próximos meses, algunas de ellas aprovechando el viaje a la capital, por esas fechas, aunque fuese en los últimos días.

Algún tiempo antes de que comenzasen las fiestas de la capital, en los pueblos aparecían los carteles anunciadores de las mismas, como pone de manifiesto José cuando menciona los carteles que se habían colocado en la fachada del Ayuntamiento, en la Sindical, en las fraguas y en las barberías. En ellos figuraban tanto el programa de festejos, como las corridas de toros. Carteles a los que también se refiere el novelista en *Lo que el tiempo se llevó* y que, como es lógico, suscitaban opiniones diferentes en quienes los miraban. Por un lado, estaban los escépticos, para quienes la feria de Albacete era siempre lo mismo, algo que se repetía año tras año y que no les atraía. En cambio, para la gran mayoría, esos carteles representaban la materialización de proyectos e ilusiones que se habían ido fraguando durante mucho tiempo y por ello despertaban un gran entusiasmo. De ahí que el novelista escriba, en *Lo que el tiempo se llevó*, que todo el mundo piensa en la feria de la capital, “en la famosa feria de Albacete, entre el 7 y el 21 de septiembre”, las mismas fechas que menciona Alonso, el protagonista de *Un mundo auestas*, quien, durante su penoso y lento caminar alejándose del pueblo, recuerda la ilusión con la que los labriegos, mayores y jóvenes, se detenían delante de los carteles.

Tanto Alonso como José rememoran en sus respectivos monólogos cómo los habitantes de otras localidades vecinas a Montalvos eran los primeros que pasaban, de noche y con los carros bien pertrechados, hacia Albacete. Algunos días más tarde, les tocaba salir a los vecinos de Montalvos. Y, en todos los casos, en cada carruaje iba una familia entera, cargada con colchones, sábanas y mantas y con enormes ganas de disfrutar. Luego, ya en Albacete, se detenían en alguna posada o acampaban en la zona conocida como la Cuerda, en donde permanecían hasta el diecisiete o el dieciocho, fechas en las que regresaban a sus pueblos, cargados con las compras realizadas y con algún que otro regalo

para quienes no pudieron desplazarse a la feria. Según escribe Rodrigo Rubio en *Al filo de la vida*, “la Cuerda era aquel conjunto de humanidad viviente de personas que llegaban desde todos los puntos de nuestra provincia, y aun de otras limítrofes, como Cuenca y Ciudad Real, con sus carros y galeras, con sus caballerías”. Y, en *Albacete, tierras y pueblos*, añade que la Cuerda era lo más característico de las ferias anteriores a la mecanización y automoción de los campesinos, pues allí era donde estaba el bullicio del mercado ganadero, donde dormían muchas de las personas llegadas desde los pueblos y donde olía a chocolate y a churros en las madrugadas.

Pero esa ilusión casi generalizada contrasta, en esta ocasión, con la tristeza y el desánimo que la familia de José había experimentado durante la feria del año anterior, pues por esas fechas hacía sólo un mes escaso que habían llevado al niño al médico de la capital, don Ramón Ferrandis, a quien rinde homenaje en *Albacete, tierras y pueblos*, cuando afirma “que nos parecía de entre todos el único, y si no que se lo pregunten a las gentes ancianicas de Balazote”. Y, asimismo, contrasta con el dolor que siente toda la familia en este día siete de septiembre, fecha en que faltan unos pocos días para que se cumpla el primer aniversario de la muerte de Josillo.

Según recuerda José, las ferias de años anteriores sí habían sido felices, a pesar de que habitualmente tenían que esperar casi hasta el final de las mismas, casi cuando “se termina, la cierran”. Antes de ir, había que recolectar el mayor número posible de melones para, con el dinero de la venta, poder comprar cosas necesarias para el campo y para la casa. A pesar de que ese trabajo les impedía disfrutar de más días de feria, en el fondo era mejor así, pues había menos carros en las posadas, menos gentío en el paseo, en los comercios, en los circos –Rodrigo menciona, en varias ocasiones, el circo Cortés y el circo Maravillas– o en los teatrillos ambulantes, y, aunque ya habían acabado las corridas de toros, sí que podían ir a la charlotada, en donde Juana y Josillo se reían mucho con los payasos-toreros.

Quien también recuerda la feria con tristeza es el joven Ramiro, uno de los protagonistas de la novela *La espera*, el cual está postrado en una cama por una enfermedad derivada de un baño en una balsa durante un mes de octubre. En uno de los monólogos que configuran esta novela, el muchacho rememora los momentos felices del verano, con la gente inmersa en las faenas del campo y los corros nocturnos de mujeres y de hombres, con las tertulias habituales mientras tomaban el fresco. Entre esos recuerdos, aparece el de su hermano Jacinto, a quien se llevaron a la guerra en los últimos días de agosto, motivo por el cual ese año, 1936, la feria fue muy distinta a la de años anteriores, pues era un tiempo de hombres armados, de registros, requisas, evacuados, miedo y llanto.

Años después, y como consecuencia de la muerte de Jacinto en el frente, Ramiro confiesa que ya ni las fiestas son lo que fueron. Tampoco la feria de la capital, “donde el mercado de mulos y aperos (uno de los mejores del país) se ha ido al traste. Ahora la gente bebe más cerveza, dicen, y muchos tienen moto, y otros hasta coche; pero da la sensación de que han matado la alegría”.

Algo que Rodrigo Rubio rememora con especial delectación en sus obras es todo lo relativo a los preparativos previos a la partida hacia la capital. Así, en *Al filo de la vida*, relata cómo, durante la noche anterior, las mujeres elaboraban ricas comidas con las que llenar cestas, alforjas y merenderas, y disponían otros alimentos que luego guisarían en la posada o en la Cuerda, especialmente “el pollo frito con tomate –pollos jóvenes, tiernos, a los que el novelista suele llamar pollos tomateros– y las recias tortillas de patatas, y los chorizos y las tajadas de lomo y las costillas”. Además, las mujeres sacaban las mejores ropas de sus arcas, baúles y armarios, pues querían que todos los miembros de la familia vistiesen de forma diferente a la habitual.

Característica de la feria era, también, la adquisición de productos diversos. Así, en *Un mundo auestas*, Alonso habla de la compra de alpargatas y de garrotes por parte de los jóvenes, y de que las mujeres eran remisas a hacer sus compras en la zona del recinto ferial porque desconfiaban de los feriantes, aunque finalmente visitaban los puestos de quincalla y cacharrería, así como

los comercios de tejidos, en donde obtenían ajuares para las hijas casaderas, muselina para coser camisas, dril para confeccionar las blusas de los hombres, mantas, mantelerías e incluso vajillas enteras, tal y como reza en *Lo que el tiempo se llevó*. Por su parte, según nos cuenta en *Al filo de la vida*, los hombres, vestidos con sus trajes de pana, compraban herramientas –horcates, horcas, cribas, harneros, mediasfanegas, celemines y alguna romana–, piezas de guarnicionería –silletas, zofras, barrigueras, collerones, ramales, reatas– e incluso negociaban con los tratantes de animales –venidos de Murcia, de Valencia o de Andalucía– un acuerdo para intercambiar algún mulo viejo por una mula nueva y retozona. Y, como no podía ser de otro modo, destaca el novelista la costumbre de los jóvenes de “feriarse” alguna de las típicas navajas albaceteñas.

En el caso concreto de José, este menciona que las compras habituales en su familia eran algunas correas y cabezadas para el mulo, en los puestos de guarnicionería de la feria, telas y sábanas en los comercios de la ciudad, alguna navaja e incluso un carro de juguete para el abuelo Jacinto, que por esas fechas se volvía más crío que su nieto Josillo.

En consonancia con esa añoranza del mundo perdido, Rodrigo Rubio aprovecha todos estos recuerdos para establecer un profundo contraste entre las ferias de sus años mozos y las de su madurez. De ese modo, a todo lo anteriormente expuesto, añade otros datos de interés, como el hecho de que las gentes de los pueblos permanecían varios días en la feria, a veces incluso una semana, pues para ellos esa estancia era “como echar una cana muy grande al aire”, ya que hasta el año próximo no disfrutarían de un descanso similar.

Estas personas madrugaban bastante y animaban la vida de la capital, que por entonces era como un pueblo grande, con muchas calles de tierra y sin las comodidades y modernidades actuales. Los hombres tomaban un café o un chocolate con churros y después marchaban a realizar sus compras. Las mujeres acudían a las tiendas de la ciudad y los jóvenes, con sus trajes y vestidos nuevos, mostraban su impaciencia por verlo todo desde bien temprano.

Como apunta José, los hombres del campo solían caminar por el paseo regado, vestidos con sus blusas y trajes de pana y calzados con sus abarcas; montaban a sus hijos en los caballitos de madera; escuchaban los discursos de los charlatanes, y se tomaban alguna que otra cerveza, con gambas saladas y cortezas de cerdo, en los bares de la orilla del ferial. Cuando salían los paseantes de la capital, ya a la caída de la tarde, los aldeanos se perdían, “insignificantes, ante el ir y venir de aquella gente bien vestida que salía, descansada, calzando zapatos brillantes”. Para entonces, los jardines de junto al paseo habían sido nuevamente regados “y la gente acudía a sentarse en los bancos y junto a los veladores, donde tomaban café y refrescos”. Eran los momentos en los que funcionaban todas las atracciones, entre ellas las catacumbas, “de donde salían las parejas de novios con las caras encendidas”.

Como acabamos de ver, en *La feria* Rodrigo Rubio se refiere de pasada a las atracciones y cita, a modo de anécdota, la forma de divertirse de los jóvenes en una de ellas. En cambio, en otros momentos, las menciones a las atracciones y puestos de la feria son más detalladas. Así, en *Un mundo auestas*, Alonso recuerda los caballitos, los carruseles, la ola y “el colorido de los tenderetes, la majeza soñadora de los circos, los puestos de juguetería, los turrones, los ríferos, los navajeros, el tiro al blanco, las catacumbas con los esqueletos y brujas pintadas a la puerta, el barracón donde se ve la muerte de Joselito y Granero...”. Atracciones a las que, en *Al filo de la vida* y *Albacete, tierras y pueblos*, se añaden el pabellón donde hacía sus proezas el Motorista de la Muerte, el Tren Fantasma y las compañías de revistas del Teatro Circo.

Dos cosas que no faltan en sus relatos sobre la feria albaceteña son los recuerdos de anécdotas de su juventud y las visitas al Alto de la Villa. Respecto de las primeras, llama la atención el hecho de que, tanto en *Un mundo auestas* como en *Albacete, tierras y pueblos*, cite unas mismas anécdotas. La primera de ellas se centra en lo que les sucedió a Juanón y el Greñas, dos amigos de Alonso, quienes una noche se subieron a dormir encima de un camión “entoldao”. Cuando, por la mañana, los camioneros se marcharon de

Albacete, los dos muchachos seguían durmiendo en lo alto del toldo y, al despertar, estaban en Almansa. Y la segunda, el encuentro en el paseo con su amigo Taruguillo, quien debía ir a casa de una prima de su madre y dejar allí las alforjas; pero, como temía que sus parientes se comieran la merienda tan sabrosa que llevaba, antes de ir a la casa, los dos jóvenes dieron buena cuenta de ella.

En relación con las visitas de los hombres al Alto de la Villa, Alonso habla de la costumbre de los jóvenes de subir hasta ese lugar para meterse “en un cabaretucho donde se toma una copa de aguate y se baila con las fulanas” y, en algunos casos, para subir con algunas de ellas a las habitaciones. Igualmente, en *La feria*, José recuerda las visitas de los hombres al centro de la ciudad, al conocido barrio del Alto de la Villa, en donde se encontraban las prostitutas y a donde se dirigían, entre otros, “Ramón, el de la Brígida, el que quiso a Juana, que siempre solía capitanear cuadrillas de mozos así”.

En *Albacete, tierras y pueblos*, dedica Rodrigo Rubio un breve apartado a este lugar tan típico del Albacete viejo, que subía desde la Plaza Mayor hasta casi rozar, por detrás, la calle de la Cava. Con esa mezcla de humor y sorna que caracteriza al escritor de Montalvos, afirma que ahora se llama Villacerrada y añade: “Bueno, es la forma de recuperar un nombre”. Posteriormente, comenta que “allí había un temblor erótico, un temblorcillo de pecado para el adolescente. Era el complemento de la feria, pero también, en otras épocas, el paso obligado de los muchachos que empezábamos a hacer nuestros pinitos mujeriegos”. Y, para terminar ese repaso por el lugar, tanto en este ensayo como en *Lo que el tiempo se llevó*, destaca la casa de la Elisa, “prostíbulo de mayor envidia en el Alto de la Villa albacetense”.

Frente a las ferias del pasado nostálgico, de la niñez, Rodrigo Rubio sitúa las de los años en que él era un muchacho crecido, cuando muchas cosas habían cambiado o incluso muerto, como la Cuerda y el mercado de caballerías, que habían dado paso a tiempos nuevos, el tiempo de la maquinaria, los tractores y otros instrumentos mecánicos. Y, más adelante, cuando él es un escritor maduro –como es el caso de los años en los que publica sus ensayos *Albacete, tierras y pueblos* y *Lo que el tiempo se llevó*–, pone el

énfasis en el hecho de que ya no es necesario realizar preparativo alguno, pues basta con coger el coche un día cualquiera y llegar a la capital en muy poco tiempo, tomar una cerveza, comer en algún buen restaurante, asistir a una corrida de toros y regresar a casa ese mismo día, aunque fuera a altas horas de la noche, incluso después de haber ido a la verbena de la Caseta de los Jardinillos.

Volviendo a la novela que nos ocupa, nos situamos de nuevo en la última feria en que Josillo estaba vivo. Como anteriormente comentaba, José no había pensado ir; pero, en vista de la pequeña mejoría que parecía vislumbrarse en su pequeño, se anima a acudir a Albacete para comprar una cabezada para el macho y un aparato de radio para su hijo, pues había observado que, cuando este escuchaba el aparato que traía Josefa a la casa, sus ojos “tenían un brillo de vida recuperada”. Tal vez, pensaba el padre, con el aparato de radio le llegara al niño “el eco de un mundo en el que no cabía la tristeza”, “el eco de un mundo feliz”.

Mas, ironías del destino, en el recinto ferial José se queda extasiado ante un puesto de bicicletas, a las que toca y mira una y otra vez, consciente como es de que su hijo jamás podría montar sobre una de ellas. Y es en esos instantes cuando se siente sumido en “un mundo que parecía burlarse de mi dolor, con sus gritos, sus objetos brillantes, sus payasos, sus luces de colores, sus charlatanes enronquecidos, su música chillona y sus bicicletas, inútiles para ti”.

Por fin, compra la ansiada radio, que podría ir pagando a plazos cada vez que el vendedor del puesto pasara por el pueblo. Pero, cuando camina hacia la estación del tren, tiene una especie de premonición al ver que todos los niños que hay en los tióvivos están pálidos y tristes, “como si en un cerrar y abrir de ojos todas aquellas caras sonrientes, felices, hubiesen quedado muertas para mí”. Premonición que se ve infelizmente confirmada al llegar a su casa y ver a su hijo muerto. De ahí su impotencia y su desesperación, que le llevan a destrozarse a hachazos la radio que con tanta ilusión le había comprado, y es justo entonces cuando, por fin, puede dar rienda suelta a las lágrimas que durante tanto tiempo había contenido.

MANUEL CIFO GONZÁLEZ

BIBLIOGRAFÍA

- CHACÓN BERRUGA, T. (1981), *El habla de La Roda de La Mancha: contribución al estudio del habla manchega*, Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la lengua española*. Edición del Tricentenario. Versión digital. (Enlace <http://dle.rae.es>).
- RUBIO, R., (1983), *Albacete, tierras y pueblos*, Barcelona, Caja Rural Provincial de Albacete.
- RUBIO, R., (1998), *Al filo de la vida*, Albacete, Diputación Provincial de Albacete.
- RUBIO, R., (1967), *La espera*, Barcelona, Planeta.
- RUBIO, R., (1972), *La feria*, Barcelona, Plaza-Janés, col. Rotativa.
- RUBIO, R., (2004), *Lo que el tiempo se llevó. Cosas de ayer y de siempre en el campo manchego*, Murcia, Caja Castilla-La Mancha.
- RUBIO, R., (1969), *Un mundo auestas*, Madrid, Prensa Española.
- SECO, M., (1999), *Diccionario del español actual*, Aguilar, Madrid.
- SERNA, J. S., (1974), *Cómo habla la Mancha: diccionario manchego*, Albacete, Tipografía Julián Gómez Aven-
daño.

RODRIGO RUBIO

LA FERIA

*A mi madre,
que salió a los caminos
en busca de salud para sus hijos.*

*No hay palabra ni pincel
que llegue a manifestar
amor ni dolor de padre.*

MATEO ALEMÁN

CAPÍTULO I

Los pobres también vivimos días buenos. La alegría viene a veces a nosotros; incluso la felicidad. Algo bueno viene a rozarte. Luego..., luego se va, nos deja. Y casi nunca advertimos ese roce feliz. Cuando lo bueno ha estado junto a ti, en ti, apenas si lo has advertido.

Yo recuerdo ahora muchos momentos felices. Era un tiempo hermoso, al que no dábamos importancia, o muy poca importancia. Y ahora quisiera hablar de aquel tiempo. Quisiera hablarte a ti, hijo mío que ya no vives, a ti que estás muerto. Pero el recuerdo tuyo, el de las horas de dolor, puede más y viene y borra los otros recuerdos. Ahora... Hoy empieza la feria en la capital. Yo, claro, no iré. Ninguno de casa iremos. Esto es absurdo que lo diga. Yo me vengo aquí y hablo contigo, dejando escapar los recuerdos hermosos, si esto me es posible, y los recuerdos del dolor, que saldrán –éstos sí, estoy seguro– como a montón¹ apenas mire el lomo de tierra que te cubre.

El sepulturero anda por ahí con la azada en la mano quitando las hierbas que crecen en los paseos y junto a los

¹ *a montón*: locución adverbial empleada por Rodrigo Rubio para referirse al hecho de que los recuerdos de José irán fluyendo desordenadamente. Algo que, por otra parte, es propio de la técnica narrativa conocida con los nombres de monólogo interior o fluir de la conciencia.

troncos de los cipreses. Su mujer está sentada a la sombra del olivo. Creo que cose, que remienda ropa. A veces me llega el llanto del niño que tiene en la cuna. ¡Ah, cuando tú aún llorabas, cuando tu madre y yo, y Juana, y el abuelo todavía podíamos oírte llorar! José, Josillo, hijo mío, ya no te oímos. Estás aquí, bajo este lomo de tierra, y tampoco tú puedes oírme. ¿O sí? ¿Oyes mi llanto? ¿Oyes acaso el gorjeo de ese pajarillo que se ha posado en la barda², junto a la cruz enmohecida? Hijo...

El sepulturero es ya viejo y está cojo, de la guerra. La mujer es veinte años más joven que él. La he saludado:

–Buenas tardes, Andrea.

–Buenas tardes, José.

Él estaba inclinado junto al tronco de un ciprés y me ha mirado, sin apenas moverse, levantando luego un brazo. Otros días se me ha acercado. Quizá venga luego a decirme unas palabras. Otros días me ha dicho: “Tú te regalas³, José. Te derrites, aquí siempre.” Yo no le digo nada al oírle hablar así. Me agacho y quito las hierbas que crecen sobre este lomo de tierra. Un día –recuerdo– vino un pájaro y se posó en mi mano. ¡Ah, si lo hubieras visto...! ¿Lo veías, Josillo? Yo tiraba ya de la hierba –una mata de manzanilla– y el pájaro bajó del ciprés y se posó en mi mano y entonces yo me detuve. Miré el plumaje brillante, cenizoso y amarillo, y su cabecita angulada, y sus ojillos diminutos, y comprendí que el pájaro quería impedir que yo arrancara la mata de manzanilla. Y era que aquella hierba tenía una flor, una margarita blanca. Me fijé en el pájaro y vi que estaba entre nieblas: el sol se había escondido para mis

² *barda*: cubierta de sarmientos, paja, espinos o broza, que se pone, asegurada con tierra o piedras, sobre las tapias de los corrales, huertas y heredades, para su resguardo (DRAE); el caballete de una tapia del que parten dos cortas vertientes (Chacón, 209).

³ *te regalas*: acepción coloquial con la que se alude a la idea de deshacerse o derretirse a causa de un fuerte dolor.

ojos y una lluvia gris, caliente y amarga, corría por mis mejillas, lenta, suavemente, mojando luego aquella flor blanca y mojando el plumaje de aquel pájaro que después voló, piando como regocijado.

El sepulturero no me dice nada hoy. Pensará que es tontería hablarme. Está ahí, inclinado sobre la hierba marchita, y de vez en cuando alza la cabeza para mirar a su mujer. El niño, ese niño que han tenido ahora, después de varios años de casados, tan pronto llora como ríe. Ella se inclina para hacerle las fiestas, y el hombre se vuelve y los mira. Ella debe querer⁴ mucho al pequeño, porque ahora, desde que lo tuvo, parece una mujer diferente. Y él también lo quiere, quizá tanto como la propia madre, tanto como yo te quería a ti, aunque ese hijo... Ah, las cosas de este mundo, Josillo. No faltan hombres sin temor a Dios, capaces de venir aquí, de saltar estas paredes sagradas en busca de un amor que no les pertenece. Dicen... No, no. ¿Por qué te hablo de estas cosas? ¿Para qué voy a contarte a ti los chismes del pueblo, lo que habla María Jesús, la bruja, o Manuela la del alguacil, a la que tú le quitaste un hermoso melón, cuando aún corrías (¿existió ese tiempo?), y luego ella te dijo unas palabras como de maldición? ¿Voy a hablarte de todo eso...? No, no quiero. Sin embargo, ahora, en este instante, vienen a mí palabras de Manuela, aquellas que te dijo... (“¡Ah!, ¿corres, granuja...? ¿Presumes de pies? Ya te llegará la hora de permanecer quieto, como atado a una silla, viendo a otros correr, viendo cómo otros pasan por delante de tus ojos tristes...”) Te

⁴ Suele ser muy habitual confundir la perífrasis verbal “deber + infinitivo”, que indica obligación, con la perífrasis “deber + de + infinitivo”, que expresa probabilidad o posibilidad. Sin duda alguna, éste es el caso con que nos encontramos aquí, pues el narrador está aludiendo al hecho más que probable, cierto, de que la madre quiere tanto a su hijo que, gracias a él, parece una mujer distinta a la que era antes de tenerlo.

dijo estas palabras, ¿no?, la vieja... Pero no le tengamos rencor. Querría decirte que ya serías viejo, que ya te llegaría la hora de la torpeza, como le ha llegado a ella, y a Sergio, su marido, que tarda más de una hora para recorrer las diez esquinas del pueblo cuando pregona, y como le ha llegado a tu abuelo Jacinto, que ya ni siquiera puede ir al corral cuando... cuando... Eso querría decirte, Josillo. No le guardes rencor. No, hijo. Si estás cerca de Dios, pide por ella, y por María Jesús, esa anciana que vive sola, a la que llaman bruja, porque escucha y da consejos a unos y otros, porque reza oraciones que nadie entiende y porque dicen (siempre con “el dicen”) que le mató el hijo a la Sagrario, la del corredor⁵.

No, no he venido a traerte los chismes que siempre corren por el lugar. Salí al majuelo⁶, como otros días, y no hice más que quitar cuatro hierbas y rascar debajo de media docena de vides. El majuelo está mullido, limpio. Ya sabías cómo me miraba yo en ese pedazo de tierra; quizá porque tenemos muy poca. Siempre, o casi siempre, estoy ahí. Tomo el mulo y me largo a ese campo. ¿Te acuerdas cuando plantamos el viñedo, este invierno hará cinco años? Tú ya eras un hombrecillo y venías con Juana y con madre a traernos la comida. El abuelo y yo, día a día, hicimos los hoyos. El abuelo, muy pocos. Ya había perdido muchas fuerzas. Machacaba, con un martillo, y apoyándolos en una gran losa, la punta recia de los sarmientos que íbamos a enterrar, sarmientos largos, blancos y rojizos, de

⁵ Como se puede observar, en su afán de ofrecer una narración ajustada a los planteamientos de la novela realista, Rodrigo Rubio se hace eco de la costumbre popular de anteponer el artículo al nombre propio, así como de la de acompañar a los nombres de las personas con el apodo con el que se las conoce en el pueblo.

⁶ *majuelo*: viña (DRAE); viña que lleva unos diez o doce años en producción (Chacón, 157). Rodrigo Rubio aplica este término a un viñedo plantado hace unos cinco años.

uva “valdepeñera⁷” y uva de “bobal⁸”, que yo había cortado, eligiéndolos, en la viña grande de don Anastasio, el médico. Así, con la punta que ha de quedar enterrada un poco machacada, agarran mejor, y la prueba fue clara al ver luego que apenas si se habían perdido una docena de plantas.

Era hermoso aquel tiempo. Un tiempo casi feliz. Y, como he empezado diciendo, ni siquiera lo advertíamos. El abuelo y yo, bien temprano, ya estábamos en pie. El abuelo guisaba el almuerzo y yo aparejaba el mulo. Almorzábamos en la cocina, cerca del fuego, antes de que se levantara madre. A veces saláis Juana y tú.

–¿Ya estáis en pie? –os preguntábamos.

–Tenemos gana –decíais.

–¡Ah!, el olorcillo de las tajadas... –murmuraba el abuelo, sonriendo.

Comíais con nosotros. Juana ya era una mujer y yo la miraba de vez en cuando. También la miraba luego, en el campo, cuando os veía llegar, al mediodía, con la comida caliente que madre había preparado. “La chiquilla...”, murmuraba para mis adentros. Y, sin saber por qué, me corría como un frío por la espalda. “Pronto la rondarán...” Y me daba un poco de miedo. “¿Qué suerte le esperará?” Porque yo había sido mozo y sé lo que se habla, lo que se piensa y lo que se desea hacer con la mozueta que al fin baila contigo, aquí en el lugar o en algún otro pueblo vecino en fiestas, o en la feria de la capital, y cuando al fin ella se detiene a la puerta de su casa, en lo oscuro, y uno... Porque el hombre siempre sabe más, mucho más, y rara vez se ve en alguno alguna intención buena. Los jóvenes hablan con los mayores, con los casados y con los que ya vinieron del

⁷ *valdepeñera*: es una uva blanca, de racimo largo y ancho por naturaleza y granos de tamaño medio, que tolera su colgado (Chacón, 159).

⁸ *bobal*: uva que presenta sus granos alargados, de color blanco o negro (Chacón, 160). Variedad de uva vinífera tinta, propia de la zona de Utiel y Requena (Seco, 679).

servicio militar. Y cuando van a la Feria... Pero bueno, me voy, me alejo de lo que te decía. No sé qué me pasa que no puedo hablarte solamente de una cosa. Quiero dedicarte esta tarde entera, aquí a tu lado, esta tarde cuando empieza la feria de la capital. ¡Ah!, la Feria... Parece que oigo los cohetes y la música... Si pienso, me duele la cabeza, la cabeza y el corazón; éste más que aquélla, aunque parece que empiezan a apretarme en los sesos.

Te hablaba del majuelo... He venido a quitar unas hierbas y a rascar debajo de las vides, que ya, este año, tienen mucha uva. La próxima vendimia... ¿Tendré alegría en la próxima vendimia, Josillo? ¿Por qué no estás con nosotros? ¿Por qué tendré que ir yo solo en el carro cuando acarree la uva? Ya no te veré correteando por los bancos del viñedo, ni luego en el pueblo, orilla de las bodegas, junto a otros niños, como felices todos, por las calles el olor del mosto, y del azufre, y el ruidecillo de las estrujadoras, y el tin-tan de las clavijas de las prensas, y las voces del pesador, y el zumbido de las moscas, tan pegajosas como el mosto, que rodean y se posan en los mulos que tiran de los carruajes cargados de capachos⁹. Ya no subirás en el carro, conmigo... La vendimia, este año... Porque no sé qué tiene este trabajo que siempre alegra. La próxima, sin embargo, será para nosotros, un tanto triste. ¿Oirán los pájaros las canciones de Juana? ¿Qué pensarán las golondrinas que siempre, en esas mañanas húmedas del otoño, se posan en los hilos de la luz y cantan, mirándonos, quizá su saludo de despedida?; ¿qué pensarán, si es que pueden pensar, al ver salir a tu hermana con las ropas negras, con la mirada triste, la boca sin risas y sin canciones? Hasta las avecillas del cielo saben lo mucho que te queríamos y lo que nos duele no verte entre nosotros.

⁹ *capacho*: espuerta grande, de esparto, más alta que ancha, que se emplea para verter en él las uvas de todas las espuestas y, cuando está colmado, se carga junto a otros al carro (Chacón, 159).

Hijo, Josillo, te hablaba de cuando plantábamos el viñedo y me he ido, de momento, montado en las palabras, a la época de la vendimia y unos años más tarde. ¿Y todo aquel tiempo, que fue hermoso, vivido mientras tanto? ¿Por qué puede más tu recuerdo, el recuerdo del dolor? ¿Por qué me abrazas así, hijo, si ya no te tengo?

Voy a descansar. Voy a sentarme aquí, junto a la cruz que ya se enmohece.

El sepulturero se ha acercado donde está su mujer y habla con ella. Quizá se pongan a merendar, aunque me parece temprano. Yo me siento aquí. Entornaré los ojos y oiré el gorjeo de los pájaros que revolotean, felices, entre las espesas y afiladas copas de los cipreses; los oiré estando así, con los ojos entornados, y creeré que son los pájaros de nuestro patio, los que se posaban en la higuera, y en la malva, y en la pasionaria, y en los rosales, cuando tú aún podías perseguirlos, y el abuelo, sentado en el porche, aún podía andar al corral... Pensaré, callado, en esa vida feliz que pasó rozándonos como nos roza el suave viento del atardecer estival. Tú, mientras tanto, duerme, duerme tu sueño sin pesadillas, y sígueme abrazando, porque yo sé que me abrazas, aunque estés ahí bajo esa tierra, aunque estés ahí estirado, mudo, frío, muerto.

CAPÍTULO II

No estoy cansado, no. Puedo asegurarte, Josillo, que no estoy cansado; sin embargo, me he quedado dormido. He dado unas cabezadas, lo mismo que cuando, por las noches, en invierno, me siento junto al fuego. Ahora, la voz del sepulturero ha roto mi sueño y me ha separado de ti, porque yo estaba contigo. Te veía vivo, ágil, correteando por el viñedo. No era el invierno. Había llegado la primavera y las yemas de los sarmientos plantados ya se hinchaban. La hierba nueva, muy tierna, de un verde vivo, crecía en el centro de los bancos¹⁰, junto a los montoncillos de tierra blanquecina de al lado de los sarmientos enterrados. Cantaban las alondras, volando sobre los trigales que se mecían. Tú correteabas empuñando el tirachinas. Luego te vi desaparecer en el trugal lindero.

–¡José! ¡Josillo! –te grité.

También lo hizo madre, y Juana. Sus voces se van por los campos persiguiendo las mías. El abuelo, que está junto a mí, ha levantado la cabeza.

–¿Dónde anda? –pregunta.

–Persigue a los pájaros –le digo.

–Déjalo –murmura.

–Pisa los tallos que ya tienen espigas –argumento.

Y vuelvo a llamarte. Porque no quiero que le hagas mal a nadie, ni a los hombres, ni a los animales, ni a los trigos que se mueven mecidos por la brisa. Al fin te vemos volver. Traes algo en las manos. Es un pájaro joven, apenas cubierto con una pelusilla gris, su pico ribeteado de amarillo.

–¿Lo cogiste del nido? –te pregunto.

–Corría por un surco –dices.

Yo te ordeno:

¹⁰ *banco*: un banco es una calle formada entre dos “hilos” (Chacón, 134). Y, a propósito de “hilo”, anota que se llama así a la disposición de las cepas de viña en línea recta (157).

–Ve orilla del trugal y suéltalo.

Me miras extrañado. Vuelvo a decir las mismas palabras y tú vas y lo sueltas y luego te quedas mirando mucho tiempo hacia el surco por donde el pájaro vuelve a la vida, busca a su madre, recobra la libertad. Al volver te acaricio la cabeza pelada a rape.

–Bien, José, muy bien –te digo.

Te pones a mi lado, algo serio, y me ayudas a recalzar¹¹ unas matas de melones, a las que el abuelo les va quitando varios tallos o “pies”, como solemos decir. Porque en el viñedo, este primer año, hemos sembrado melones, junto a los sarmientos enterrados, aprovechando el hoyo que hicimos. Es una hermosa tarde de primavera. El carro está junto al majano¹² de piedras nuevas, de piedras blancas, sacadas de los hoyos y recogidas por mí en los días fríos de invierno; las piedras con las que luego el abuelo empezará a hacer el chozo¹³ que ahora, este año, he terminado yo. El mulo hociquea¹⁴, trabado, por el linde cubierto de mielgas y vallico¹⁵. Madre se había sentado en aquel linde, cerca del animal, y quitaba los cardos y orugas¹⁶ de la hierba que Juana segaba en los cabos del trugal y que, poco a poco, a

¹¹ *recalzar*: arrimar tierra alrededor de las plantas o de los árboles (DRAE).

¹² *majano*: montón de cantos sueltos que se forma en las tierras de labor o en las encrucijadas y división de términos (DRAE y Serna, 237).

¹³ *chozo*: choza pequeña (DRAE), en este caso, para guardar los melones.

¹⁴ *hociquear*: hocicar, levantar la tierra con el hocico (DRAE y Serna, 403).

¹⁵ *vallico*: ballico, planta vivaz de la familia de las gramíneas, muy parecida a la cizaña, de la cual difiere en ser más baja y tener las espigas sin aristas. Es buena para pasto y para formar céspedes (DRAE).

¹⁶ *orugas*: plantas herbáceas con tallos vellosos, que son comunes en los linderos de los campos cultivados y cuyas hojas se usan como condimentos por su sabor picante (DRAE).

brazadas¹⁷, le traía. El gorjeo de las alondras que revoloteaban en el cielo azul era una hermosa música de fondo para nuestros oídos besados por la calma.

Te veo, te he visto, hijo, a mi lado, a través de este corto sueño. Y sólo he dejado de verte al oír las palabras del sepulturero...

–¿Te ocurre algo, José? –me ha dicho.

–¿Eh? ¡Ah!, no...

Me mira unos instantes. Yo me paso la mano por los ojos y le digo:

–Se ve que me he quedado un poco traspuesto...

Entonces me ha dicho él:

–Reconozco lo que sientes la muerte de tu hijo; pero, a pesar de eso, no debieras venir tanto por aquí.

–¿No?

–No. Otros padres también perdieron a sus hijos. Acuérdate, por nombrar un caso, de Tomás, el chico del “panaero”, muerto en la guerra, muerto en la misma trinchera donde me encontraba yo, allá por Teruel, y acuérdate también, por ejemplo, de Sebastián, el novio de Julia la practicante, dado como desaparecido, aunque es seguro que está muerto, tan muerto como el otro, al que vi con la cabeza hecha mixtos¹⁸... Piensa en los padres de esos muchachos que ya eran hombres, que ya habían vivido veinte años en sus casas.

–Sí –le digo–. Claro, otros padres... –añado. Y callo.

Él se retira. Aún dice algo, no sé bien el qué, porque de nuevo me llega el sueño. Dormito unos instantes. Y vuelvo a verte. Te veo subido en el carro, junto a madre y el abuelo. El sol ya se ha puesto. Volvemos al lugar. En los caminos hay nubecillas de polvo. Los pájaros callan, duermen. Se oye el traqueteo de nuestro carro y el tra-

¹⁷ *a brazadas*: cantidad de hierba que se puede abarcar y llevar de una vez con los brazos (ver *brazado*, DRAE).

¹⁸ *hecha mixtos*: hecha pedazos, destrozada.

queteo de otros carros. Ladra *Lunares*, nuestro perro, y se oyen los ladridos de otros perros, como si le contestaran. El pueblo está ahí. Ya vemos el parpadeo de sus débiles y amarillentas luces. Por los ejidos, junto a las eras, pace un rebaño. El tin-tan de las esquilas y cencerros se une al tenue rumor del campo bajo el crepúsculo. Tañe a oración la campana vieja. Corretean unos chiquillos por las afueras. Tú, al verlos, quieres bajarte del carro.

–No, que es tarde –te digo.

Y sigues junto a madre y el abuelo. Juana ha venido andando. También yo. Yo al lado del mulo, pronto a tomarlo del ramal. Juana cortó flores de los ribazos y las lindes. Sus amigas salen ahora a la iglesia, cuando nosotros cruzamos la plaza, de cantarle a la Virgen. Ella les muestra las flores.

–Luego las llevaré al altar –les dice.

Y sigue a nuestro lado. Las amigas vienen luego a casa, y Juana, después de ayudarnos un poco, se arregla y sale a dar una vuelta con ellas. Tenemos el carro en el porche ya. Tú has salido a la esquina, donde juega otro grupo de niños. El abuelo habla con Colás, el vecino de enfrente, y con Pedro, el sordo, dos viejos como él.

–¿Cómo van los meloncejos¹⁹, Jacinto? –le preguntan.

Y les responde:

–Van tirando.

–Ahí, en los hoyos –dicen sus amigos–, ahí se harán buenos.

Vienen carros y pares de mulas. El traqueteo retumba por las calles barridas y regadas. Las mujeres trajinan en los corrales. Se oye el gruñido de los cerdos y el cacareo último, apagado, como de protesta, de las gallinas. Madre

¹⁹ *meloncejos*: el uso del sufijo –ejo (junto con el infijo –c–) no tiene en este caso el valor despectivo al que se refiere el DRAE. Está usado con valor diminutivo e incluso afectivo.

echa un puñado de grama a los conejos. El abuelo entra en casa y se sienta, cansado, en el escaño²⁰, junto al hogar sin lumbre.

–¿Te vas “pa” dentro? –le han preguntado poco antes los vecinos.

–Sí. Estoy “cansao”...

–Bueno, hombre... Sí, es cosa de recogerse ya –han dicho los otros viejos. Y se han marchado también.

Madre se lava las manos en el pilón de junto al pozo y luego se dispone a hacer la cena, encendiendo lumbre, un puñado de sarmientos. Pronto huele a aceite que se fríe, a los ajos que se doran y, después, a las tajadas magras de cerdo. Por todo el pueblo se extiende un olor así. Por los vergeles del patio rebulle un pajarillo trasnochador, y aún, de vez en cuando, nos llega el agudo silbido de un tordo, quizá posado en el tejado de la torre. Salen los murciélagos. Ríen las muchachas en la calle. A la puerta de casa llega Manuela, la mujer de Sergio el alguacil. Trae un papel. Es una citación. Nada. Algo del Sindicato, de la Hermandad. No sé qué, de pienso que solicité. He de ir luego, al cenar.

Los murciélagos parecen pájaros borrachos, casi golpeándose contra las paredes. Manuela, la alguacila, se va, y los mamíferos parecen burlarse de ella, con sus chillidos y su vuelo alocado, uniéndose a los chicos, que le gritan, que le dicen:

–¿Le está bueno, Manuela? ¿Se “pipló²¹” hoy?

Respondiéndoles ella con palabras que no puedo reproducir.

²⁰ *escaño*: banco con respaldo en el que pueden sentarse tres o más personas (DRAE); canapé que tiene un respaldo elevado con grabaciones y pinturas de arabescos, y dos brazos; asimismo en sus extremos sobre el tablero del asiento tiene colocado un jergón o un colchón de borra, vestido con un cobertor de flecos (...). Su lugar común es la cocina o el comedor (Chacón, 66–67).

²¹ *se pipló*: término de uso coloquial que significa “se emborrachó”.

Después, los chicos se distraen con la llegada del rebaño que pacía en los ejidos. Una nube de polvo se eleva por encima de los tejados. Las bombillas del alumbrado público parecen como ahogadas, entre ese polvo. Huele la calle como huelen las tinadas²², durante unos momentos. Los chiquillos, tú entre ellos, corréis detrás de las ovejas, del borrego padre, que lleva un “baleílo²³” de pleita bajo el vientre. El pastor os grita. Luego es madre la que, desde la puerta de casa, te vocea a ti:

–¡Josilloooo...!

–¿Ya está la cena? –le pregunto yo entonces.

–Sí –dice. Unas tajadas y unos huevos. Cosa ligera.

Vienes. Y, al instante, Juana, que tiene unos hermosos colores en la cara, que luego parece bailotear, inquieta, en la silla. (¡Cuántas ilusiones en sus dieciséis años!) Después ayuda a madre a quitar la mesa. El abuelo se retira, y tú juegas con la gata, que maúlla como si quisiera decirnos que se ha aburrido. Yo me quito las abarcas y me calzo las botas.

–¿Te vas? –dice madre.

–A eso de la Sindical –le contesto.

–Ponte la blusa nueva –me aconseja.

–Si es un instante –argumento–, si vuelvo al “contao²⁴”...

–Póntela, anda –repite.

Y obedezco. Tú te vas a la cama, y Juana echa una carrerilla para ir a casa de Josefa, ahí al lado.

–Luego vienes a las tantas... –le dice madre.

–No –dice ella–. Voy a oír los discos de “Radio Andorra”.

²² *tinadas*: cobertizos para tener recogidos los ganados (DRAE).

²³ *baleílo*: rueda de esparto que se le pone al morueco o al cabrón alrededor del vientre para evitar que cubran inoportunamente a las hembras (Chacón, 196).

²⁴ *al contao*: de contado, al instante, inmediatamente.

Se marcha, alegre, feliz. Yo, ya en la calle, me uno a los vecinos que también fueron citados. Hablamos del tiempo y de las faenas del campo.

-¿De qué andas²⁵ tú?

-¿Yo...?

Cada uno habla del trabajo que está haciendo. Hablamos también de los trigos, que “van” grandes, y luego, cerca de la Sindical ya, mentamos lo de la citación.

La reunión acaba en seguida y salimos de nuevo a la calle. Yo²⁶, que pedía quinientos kilos de cebada, me han asignado trescientos. No está mal. Tenemos la cosecha encima. No me disgusta, como otros, que dicen que siempre pasa igual, que si esto, que si aquello. Yo estoy contento, no sé bien por qué. Siento como si algo hermoso me rozara, me acariciase, mientras ando, despacio, bajo el cielo estrellado de mayo. Luego, al llegar a casa, paso a tu cuarto y te miro, y te beso, como cuando eras más chico. Juana acaba de llegar y se desviste tarareando una canción, quizás oída hace unos momentos por la radio. Antes de salir de tu cuarto vuelvo a mirarte. Tú estabas en la cama, quieto, dormido. Tú, hijo, aún estabas vivo.

²⁵ *de qué andas*: coloquialmente, el trabajo que uno lleva entre manos.

²⁶ *yo... me han asignado*: anacoluto muy usual en el lenguaje popular. Lo correcto sería: “A mí... me han asignado”.

CAPÍTULO III

Tendré que dar gracias a Dios por haberme permitido dormir este rato. Así he podido volver a nuestro hermoso mundo muerto.

La tarde avanza. Yo no sé si el sepulturero iría a mendrar junto a su mujer. Parecía temprano. Quizá fuese sólo a beber un trago. Tendrán la redoma, llena de vino, en la cornisa de la chimenea o en el poyo de la ventana que da a los campos. La mujer se marcha ahora arreglada y con el niño. Irá al pueblo a comprar algo. Tú, hijo, te has extrañado, como tantos, de que estas gentes vivan aquí con la misma naturalidad que los demás vivimos en el pueblo. Ellos sentirían una rara sensación al principio. Pero ya deben haberse acostumbrado. Duermen ahí, en esa casita, rodeados de este silencio, orilla de todas estas gentes enterradas. Él está cojo desde la guerra, ya te lo dije. Tiene metralla en una rodilla, dicen. El Ayuntamiento le dio este empleo. Aún era soltero. Se casó poco después, con esa mujer, veinte años más joven que él. ¿Extraño? ¡Ah!, si te cuento estas cosas, tendré que hablarte de los líos, de los chismes del pueblo. ¿Y qué puede importarte a ti todo eso? ¿Qué pensarás tú y los que están contigo de todas las bajezas y miserias de este mundo, vistas desde allá arriba? No sé, no sé... Los hombres deberíamos sentir muchas veces vergüenza de nosotros mismos, de la mayoría de nuestros actos. El hombre –pienso yo, sobre todo cuando rezo, algunas noches antes de dormirme– es siempre digno de piedad y misericordia. Somos algo tan débil como los tallos de un trigal recién nacido, aunque muchas veces, muchísimas veces, presumamos de forzudos y valientes. ¡Cómo nos derrumbamos, sin embargo, de pronto, por algunas de esas fuerzas ocultas, que pueden, en poco tiempo, aniquilarnos! Por eso yo, hijo, ya no piso, viéndolos, los pequeños insectos que se posan en las lindes y en las sen-

das de tierra fina de los caminos. Si los veo, me aparto y los dejo vivir, porque quizá –pienso– nosotros somos más insignificantes que ellos, montados sobre nuestro orgullo.

¡Ah!, me voy, como tantas veces, por caminos que no me propuse seguir. Todo porque he mirado a la mujer del sepulturero cuando se alejaba, vestida con una bata limpia y el niño en brazos, hacia el pueblo. Ya, metido en esto, voy a decirte algo de ellos. Están, viven aquí, cerca de esta tierra que acaricia tu cuerpo frío y, tal vez por eso, entre otras razones, les tenga afecto. Las gentes del lugar hablan, ya sabes... Y cuando el río suena, agua lleva, dice el refrán. Hablan mal, sobre todo de la mujer, de Andrea. De él, se ríen. No voy a decir si hacen bien o mal; allá cada uno. Él, Santiago, es un hombre tímido, apocado. Cuando yo era niño, lo veía siempre solo. Nunca iba con los mozos de su edad. No estuvo en el servicio, por estrecho de pecho, dijeron. Luego, cuando llegó la guerra, ya era maduro. Y entonces se lo llevaron como a tantos. Y lo hirieron, como a miles. Vino así, con una pierna tiesa, y entonces le dieron este empleo, y él, que no tenía familia, decidió casarse con Andrea, que... Bueno, él sabía que Andrea había muerto para el amor. Andrea ya se marchaba del pueblo durante breves temporadas. Volvía con buenas ropas, pero muy pálida y ojerosa. Las mujeres del lugar decían:

–Se le nota. No puede negar el “oficio”...

Y ella pasaba por las calles casi corriendo, porque los ojos y las bocas de todos le gritaban su vida de pecado.

–Mirad, por ahí va la...

Y ella tenía que huir de las voces y de las miradas. Yo la miré alguna vez, diciéndome: “Aún tiene algo bueno dentro.” A veces, venía a casa. Juana correteaba por el patio o se había subido al desván con sus amigas. Tú, apenas andabas aún. Ella te tomaba en brazos, acariciándote.

–¡Qué hermoso, qué rico es este crío! –decía, besándote.

Se sentaba un momento y luego se iba, dejando un suspiro. En algunas ocasiones se encontraba con Julia, la que luego vendría a ponerte las inyecciones, la que fue novia de Sebastián, el muchacho dado como desaparecido en la guerra, y Julia, que vestía ropas negras –aunque afirmara muchas veces que su novio no había muerto y que volvería–, se apartaba de la otra, evitando el saludo.

–No debieras hacer eso, Julia –le decía madre luego.

–Éramos amigas –decía la enlutada–. Las mejores amigas...

Lo decía con tristeza. Y yo pensaba que Julia, pese a su actitud, aún quería a Andrea. Pero no le perdonaba el que hubiera sido “así”. Porque Andrea... De ahí que estuviera muerta para el amor, según todos... Andrea se dejó... ¿Cómo te lo diría, hijo? No me gusta hablar de esto... Ella estaba sola, y al pueblo vinieron soldados, soldados de aquellas Brigadas Internacionales, y Andrea convivió, primero con uno; luego, con casi todos. La guerra, sin embargo, terminaría. La guerra terminó, y Andrea se quedó aquí, sola, más sola que nunca, después de tantos hombres, envejecida ya, muerta para el amor, casi borrada para la gente del pueblo, que no perdona. Y ya, lo mismo que al perro flaco, todo eran pulgas para ella. Porque a los hombres, por no sé qué instinto animal o diabólico, nos gusta empujar una y otra vez la pared que se derrumba o el árbol que fue herido por el rayo y se seca. Unos y otros detrás de ella... ¿No tendría dolor, dolor por algún sueño muerto? ¿No sufría? Tú, por entonces, eras muy chico aún. Yo no quería preocuparme por nada. También había ido a la guerra, y pude volver, por lo que di gracias a Dios. Os abracé a todos: a madre, que te criaba a ti; al abuelo, todavía fuerte, que os mantuvo con su trabajo mientras yo falté; a Juana, que había crecido mucho, y a ti, que te dejé recién nacido y ahora ya balbucías algunas palabras. Yo había vuelto y no quería saber nada del pueblo. Trabajar solamente. Volver a mis

cuatro pedazos de tierra, con el mulo, y dar un jornal, si venía a cuento, como en el tiempo de la poda, que íbamos el abuelo y yo, como tú llegaste a ver, a podar los viñedos de don Anastasio, el médico. Venía del campo y me metía en casa. Arreglaba algún apero, o las abarcas, si se me habían roto, o afilaba y untaba las tijeras de podar. Era feliz viendo a madre cuando preparaba los guisos, las meriendas, o cuando lavaba a Juana o te vestía a ti. Aquel tiempo era para vivir así, para estar en casa y no en las esquinas, formando corrillos con otros, o en el casino, hablando a veces lo que no se debe, pues los pueblos siempre quedan un tanto agitados, algo heridos después de las guerras. Yo iba olvidándome del tiempo desagradable que pasé en las trincheras. Sentado en la cocina, cerca de la lumbre, era feliz. Te tomaba a ti y te acariciaba, y tú me sonreías. Volví a mirar todas las cosas que me rodeaban, tan familiares, tan queridas, tan añoradas en el tiempo que estuve presente. Me reía contigo, besando tus rizos morenos. El campo y la casa; ésa era mi vida. Lo demás no me interesaba. Era el abuelo el que se solía enterar de todo. Él, que siempre, como tú viste, se acostaba temprano, se levantaba antes de hacerse de día. Y salía a la calle. Él, entonces, veía salir del pueblo carros y camiones cargados de grano. Y sabía de qué casas salían. Callaba, sin embargo. O me lo decía a mí, sólo a mí. Él sabía mejor que nadie, por tanto, quiénes se estaban enriqueciendo en aquel tiempo no del todo normal. Él sabía, también, quiénes eran los que salían, poco antes del amanecer, de la casa de Andrea. Él... Me lo decía en la cuadra, mientras aparejábamos el mulo. Aquellos hombres eran, muchas veces, los mismos que salían a la orilla del pueblo a despedir los carros y camiones cargados de trigo.

–Bueno, abuelo –le decía yo–, que hagan lo que les parezca.

–Hay gente sin escrúpulos –decía él.

Luego, pensaba en Andrea, recordando a sus padres. Murmuraba:

–Esa muchacha... Fui amigo de su padre. Trabajábamos en la misma aldea cuando lo mató el cable de la luz. Iba subido en una mula y el animal se salvó, ya ves tú, muriendo él. Ya estaba viudo, ya había perdido a la Ángeles, aquella buena mujer. Yo, ahora, al pensar en la muchacha...

Andrea tiene unos tíos en un pueblo de esta misma región y vivió con ellos durante algún tiempo. Luego, poco antes de empezar la guerra, o por aquellos primeros días de la revolución, no recuerdo bien, se vino aquí. Era ya una mujer y trabajaba de asistenta en algunas casas principales del pueblo. Luego, aquellas casas... Muchas cambiaron de amo y Andrea no fue respetada ya. Por entonces llegaron los soldados de las Brigadas Internacionales, y ella cayó, se perdió, empezó a morir para ese amor siempre soñado. Después, al terminar la guerra, cuando ella ya iba y venía a la capital, trayendo cada vez mejores ropas, peor aspecto, llegó Santiago, cojo, envejecido. Y no le dijo nada, de momento. Luego fue a verla. La misma Andrea lo dijo en casa.

–Santiago ha llorado junto a mí –confesó.

Y madre y yo la vimos triste. Santiago dijo luego en la plaza que iba a casarse.

–¿Y te llevarás la mujer al camposanto? –le preguntaron.

–Si quiere... –dijo él.

Cuando los que estaban a su lado supieron que la novia era Andrea, no les importó decir que el mejor sitio para “ésa” era el cementerio. Santiago se apartó del corro con la cabeza gacha y los ojos húmedos.

Se casaron y se vinieron a vivir a esta casa. Un hombre de cuarenta y tantos años y una mujer de veinticinco; él, medio inútil; ella, aplastada por la murmuración que

mata, por los dedos que señalan, por las miradas que desprecian.

Ella venía alguna vez que otra a visitarnos.

–Se ve que me quiere, el viejo... –decía–. Me quiere...

Y le salía una risita que moría al instante.

–Es un buen hombre –decía madre.

–Me ha recogido –murmuraba Andrea.

Y entonces se echaba a llorar.

–¡Ah, chiquilla...! –le decía el abuelo, acariciando los cabellos que tantas veces habrían sido besados–. ¡Ah, pequeña Andrea, hija de Julián y de Ángeles, aquellos amigos...!

Andrea lloraba más. Luego se iba, con el litro de vino que había venido a comprarnos, y nosotros la nombrábamos en nuestra conversación durante algunos minutos. Madre suspiraba. Luego, si, por casualidad, venía Julia, topándose con Andrea en el porche, madre le rogaba a la practicante que no fuese así, que no despreciara a la que, por tantas cosas, era una desgraciada.

Julia decía sólo:

–Y aún se ha casado.

–No digas nada –rogaba madre–. Ella está muerta para el amor, como dicen, muerta para dar alegría a un hogar. Si acaso llegase a tener un hijo...

¿Cómo llegaba el hijo varios años después de casados? ¿Era verdad que había alejado de su lado a los hombres del pueblo que la visitaban? ¿Volvieron, sin embargo? ¿Volvió alguno después? ¿Qué había dentro de Santiago? ¿Qué dolor tenían las lágrimas derramadas por Santiago sobre el cuerpo de la mujer que había sido de tantos? Andrea nos dijo un día:

–Él, Santiago, es un compañero. Me extrañaba que se quisiera casar conmigo, pero él no podía casarse con otra mujer. Es un compañero nada más. Yo lo presenté, pero no

lo sabía bien. Así que, aunque una quiera ser buena... Él está contento, después de todo, con que yo haya tenido este hijo. ¡Qué remedio, claro! Y a mí, el niño, esta criatura, me empuja a vivir, a tener deseos de vivir, que ya morían.

Ahora, Josillo, ella se ha marchado al pueblo con ese hijo en los brazos, casi contenta, o contenta del todo, como otra madre cualquiera, y él, Santiago, está ahí, quitando hierbas de los paseos y de junto a los troncos de los cipreses. Él, luego, cuando ella regrese, besará al niño, seguro que besará al niño...

CAPÍTULO IV

Te he hablado de estas buenas gentes, hijo, y si me estoy aquí, como otros días, hasta que las estrellas me besen, tal vez te hable de otras personas del pueblo. Me llegan recuerdos, ahora, con este silencio, y, por otra parte, parece como si temiera hablar de ti y de casa.

Últimamente, en este tiempo de verano, te he recordado mucho. Todos te hemos recordado mucho. A veces nos parecía que estabas entre nosotros y que aún podíamos oír tus risas. Nos parecía que aún te íbamos a ver en el patio y en el porche, jugando con tus amigos, o tú solo, con nuestro perro *Lunares*, o con la gata, o con la perdiz que tú cogiste y que teníamos suelta por la casa.

Para que te tuviéramos más presente, una noche que olvidamos entrar la jaula, la perdiz murió. Con ella moría algo que era tuyo y que aún, hasta aquel día, estaba a nuestro lado. Era verano ya, pero por las noches hacía fresco. La perdiz no estaba bien. Últimamente apenas cantaba. Ni siquiera salía a la calle ya, aunque las puertas de casa estaban abiertas y ella podía moverse con entera libertad. Don Anastasio vino a casa al enterarse. El médico, como tú pudiste ver muchas veces, se la llevaba para la caza del reclamo, para hacer “un puesto”. ¡Cuántas piezas cazaría don Anastasio, por esos carrascales! La miró mucho rato, sin moverse. Luego dejó de mirarla y dijo:

–La había traído él, ¿no?

Entonces madre tomó el animal muerto y lo apretó contra su pecho, muy fuerte, y lloró. Al irse don Anastasio, dije a madre:

–Trae, Luisa. Hay que tirarla por ahí.

–¿Tirlarla? –preguntó, mirándome como si no me conociera.

–O enterrarla –rectifiqué.

Ella la besaba, diciendo:

–La traje él, nuestro Josillo. Y yo le regañé, bien lo recuerdo, porque estuvo toda una siesta corriendo por esos rastros... La traje él, nuestro hijo, y la acostubramos a que estuviera suelta por el patio, cortadas un poquito las puntas de las alas. Ahora...

La apretaba todavía. El abuelo alargó su mano para acariciar las plumas frías. Juana nos miraba a todos. Luego dijo:

–Olerá. Si no la llevan por ahí, olerá.

Y madre la miró como con rencor.

–¿Dónde la enterramos?–pregunté.

Madre besaba la cabeza de la perdiz ahora.

–¿Será pecado? –dijo, sin mirarme.

–Pecado, ¿qué? –pregunté.

–Enterrarla “allí”, junto a él.

No dije nada más. Tomé un trapo blanco, lavado, que olía a lejía, envolví cuidadosamente la perdiz, la puse luego dentro de la capacha que tengo para ir a la viña, y me largué. Algunos hombres, al verme, me preguntaban:

–Qué, ¿vas al majuelo, José?

–Un ratillo... –les respondía.

Y me vine aquí, hice un hoyo junto a la cruz y enterré la perdiz. Te dije:

–Está contigo, Josillo. Duerme a tu lado.

Oí el gorjeo de los pájaros vivos, que revoloteaban sobre mi cabeza, y oí, luego, cuando mis lágrimas se extinguían, el canto alegre de otras perdices, no sé si allá por los carrascales. ¿Eran otras perdices, Josillo? ¿No sería ésta, la tuya, que aún cantaba, saludándote? ¿Desde dónde me enviaba su canto? De nuevo volví a mojar con mis lágrimas este lomo de tierra que os cubre. Ni siquiera oí a Santiago, que pasó por mi lado, y tuvo que decir por dos veces: “¿Otra vez aquí, José? Tú te regalas. Tú te derrites.” Su voz se perdía, casi muerta, ahogada por el canto de una perdiz, o quizá de cien o mil perdices, que llegaba hasta mí, no sé desde dónde, en aquel atardecer en calma.

Decía que últimamente te hemos recordado mucho. Ese suceso, la muerte de la perdiz hizo que volvieras a nosotros, que estuvieses siempre presente entre nosotros, en casa, en el rastrojo, en la era, allá donde nos encontrásemos.

La siega no iba a ser como otros años. Apenas hacías algo tú, con una hoz que pesaba más que tu brazo, pero a mí me parecía que segabas medio bancal. Tomaba yo un hilo, lo segaba, volvía con otro, y tú apenas si habías andado unos metros, segando dos manadas. A mí, sin embargo, me parecía que habías segado cien haces, o más de cien. Te decía:

–Qué, Josillo, ¿te duelen los riñones?

–¿Dolerme? ¡Qué va! –me contestabas.

Y seguías inclinado sobre el hilo, segando la mies dorada.

–Ven. Para. Vamos al hato²⁷. Hay que beber un trago –te decía.

E íbamos al carro, que solía estar junto a un bardal²⁸, o bajo un pino, o en la mitad del rastrojo. Juana ya estaba allí, buscando la sombra. La veía levantar la cabeza muchas veces y mirar al sol. Con que le hiciera un gesto, indicándole el hato, ella dejaba la hoz en seguida y se iba, perezosa, a buscar la sombra. Siempre, cuando tú y yo íbamos al carro, la encontrábamos allí.

–¿Te cansas, hija? –le preguntaba.

–Sí. Sí, me canso –contestaba.

–Esto son ocho días. Luego... descansarás –le decía.

–Sí, con la trilla... –murmuraba ella.

Porque también me ayudaba en la era, igual que tú, bueno, más que tú, aunque me pareciese que el trabajo tuyo podía igualarse al trabajo de un hombre, y que Juana, en cambio, hacía muy poco.

²⁷ *hato*: sitio elegido por los pastores para comer y dormir durante su permanencia allí con el ganado (DRAE).

²⁸ *bardal*: ver “barda”; nota 2.

El abuelo... El abuelo apenas salía de casa ya, y madre tenía que quedarse a su lado...

-Venga, tómele la receta.

-¿La receta?

-Sí, venga. Tómela.

-¡No quiero recetas!

Era una pelea para madre, un trabajo mucho más penoso que el de la era. El abuelo no quería tomar nada. Ni que Julia le pusiera inyecciones. El abuelo pedía la redoma, echaba un buen trago y luego salía a la calle a sentarse en el poyo de piedra.

-¿Recetas...? -rezongaba.

Y, si entonces se le acercaba algún vecino, decía que madre lo maltrataba. Madre, más delgada -tanto trabajo siempre-, salía a la puerta y decía:

-Padre, padre...

Pero el abuelo no la escuchaba.

-Que me tome la receta, dice... -murmuraba.

Luego, quería ir al corral, necesitaba ir al corral, y no le daba tiempo.

-¿Otra vez, padre? ¡Dios mío, Señor...!

El abuelo daba la espalda a madre, hablando entre dientes, quizá maldiciendo. El abuelo, después, ahora, ni siquiera hace por ir al corral...

Por eso, en estos últimos años, madre no ha podido venir a la siega, ni luego a la era. Ella siega más que Juana, tanto como un hombre, y yo sentía mucho no verla en el rastrojo²⁹, como otras veces, como cuando aún venía el abuelo, como cuando íbamos todos a segar lo nuestro, lo poquito nuestro y a segar a destajo algunos bancales de don Anastasio, el médico. Yo la hubiera querido tener siempre segando a mi lado, pero... Sólo dejaba la hoz

²⁹ *rastrojo*: el campo después de segada la mies y antes de recibir nueva labor (DRAE).

para hacer las comidas... ¡Ah, su figura enjuta y querida...! Aquel tiempo, el de ir todos al rastrojo, se había perdido ya. El abuelo, ella y yo, segando; Juana queriendo hacerlo, y tú en el hato, correteando por entre los haces.

–Juana, ve con tu hermano, anda, no sea que se traque alguna raspa –le decíamos madre y yo.

Aquel tiempo, aquellos veranos... Íbamos de un bancal a otro, sin venir apenas por el pueblo. Nos gustaba dormir bajo las estrellas, sobre un poco de mies segada. Nunca hay tanta paz en el alma del hombre, nunca, como en una noche así; cerca de él, las ropas que se quitó, las ropas que huelen a sudor, las ropas donde se ven las huellas del esfuerzo. Nunca se duerme tan a gusto como en esas noches, bajo las estrellas, oyendo el cri-cri de los grillos, el acompasado ruido, apenas audible, de un tren que camina hacia otras tierras, el ronroneo sordo de los camiones que pasan por la carretera lejana e invisible. Las aves nocturnas que se posan en los árboles y a veces graznan. Por entre la mies que nos sirve de colchón se oye un ruidecillo como de chicharras que andan. Sentimos un pequeño temor, por vosotros que sois chicos y estáis allí, por si os pica algún bicho. Pero las estrellas, los millares de estrellas, que parecen moverse, bailar, nos traen una paz grande, tal vez arrancada de aquel inmenso cielo que las sostiene. Estamos junto al carro, al abrigo de unos haces puestos contra las ruedas. Vosotros, Juana y tú, ya os habéis dormido. El abuelo también. Le oímos roncar. Ya no veis las estrellas, ni oís esos tenues ruidos que vienen hacia nosotros a lomos de una brisa que huele a pinos, a mies y a hierbas. Descansáis. Madre y yo nos damos la mano mirando lo alto.

–¿Estás cansada, Luisa? –le pregunto.

–Acabaremos pronto –dice.

–Si fuésemos ricos... –murmuro.

–¿Ricos, dices?

–Ricos, digo.

–¿Qué haríamos entonces? Yo no sé si sabría ser una mujer rica...

Le aprieto la mano.

–Me duele verte en el rastrojo –le digo.

–Ruega a Dios por que me veas durante muchos años... –murmura.

Callo. Y ruego, rezo a Dios para que pueda verla muchos años junto a mí, en el rastrojo, en la era, en el majuelo... Y Dios, que me escucha, que me oye y me comprende, sabe que no lo digo por egoísmo: Él sabe bien por qué lo digo...

Después, la siega y la trilla dejaron de ser como habían sido. Madre y el abuelo se quedaban en casa. Pero aún, sin embargo, os tenía a Juana y a ti al lado. Ya no segábamos bancales de don Anastasio. Sólo lo nuestro, lo poquito nuestro. Tampoco dormíamos en el rastrojo, como antes. Al esconderse el sol, os decía:

–¡Hale, a casa! Mañana será otro día.

Y uncíamos el mulo en el carro y regresábamos. Juana, tan alegre otras veces, no despegaba los labios ahora.

–Ya terminaremos, hija –le decía yo–. Esto dura ocho días. No hay más remedio que... Es el pan del invierno. Ya te divertirás luego, por la Feria.

–Si es que me deja ir... –murmuraba.

Yo, la miraba. Tú habías tomado los ramales.

–¿Guío, padre?

–... El tiempo de la Feria es ya otro tiempo –dije a tu hermana.

–Yo me quedaré en casa, como el año pasado, como otros muchos años... –dijo ella, sin mirarme.

–Tú me dabas codazos, diciendo:

–¿Guío? ¿Me deja a mí solo los ramales?

–¡Toma y calla! –te dije al fin.

Y seguí mirando a tu hermana. No sabía qué decirle. Ella tenía razón. Madre y yo apenas le dábamos libertad.

No sé si seríamos justos o injustos. Lo que sí puedo decirte es que teníamos miedo. Juana se había hecho una mujer, de pronto, sin que apenas lo advirtiéramos. A los padres nos parece que los hijos son siempre niños, o que son niños muchos años. Y la verdad es otra. Llega un día que observas y... Ahora no me importa decir, con toda sinceridad, que me duele el corazón por prohibirle a Juana que fuese a las fiestas y a muchos bailes. ¿Cuándo la veremos bailar de nuevo? ¿Cuándo se quitará las ropas negras? La conozco bien. Tiene veinte años y apostaría lo que fuera a que ya ha dejado de ser joven. Ella, ahora... Ya no hace falta que madre se quede en casa para cuidar al abuelo. Juana también lo hace. Y antes no parecía advertir que teníamos abuelo, siempre con las amigas, con sus cantares, con sus carrerillas a casa de Josefa para oír la radio. Parece que han pasado por ella, de pronto, en unos meses, un montón de años. A veces, madre le dice que salga un poco, que vaya a casa de Josefa o a otro lado. Y no se mueve. O, si va a casa de la vecina y tienen la radio puesta, se sale al instante, pidiendo un ajo, o pimentón, algo, lo que sea, como si hubiera ido a eso, por cualquier cosa, y vuelve corriendo. Y antes, tú lo viste bien, vivía más tiempo en la calle que en casa. Entonces era cuando madre y yo teníamos miedo, porque ya sabíamos que Ramón, el de la Brígida, se había fijado en ella. Y Ramón, este muchacho, antes de irse al servicio militar era un joven como otro, quizás algo más alegre, un poco bebedor, pero no como ahora, después de venir licenciado de Melilla. Ahora venía con mala fama. Y él demostró pronto que esta fama era cierta. Primero, con palabras, en los corrillos de la plaza, hablando de las moras y de las hebreas, de lo que allí había hecho, de que él esto y lo otro... Los que le escuchaban reían siempre, y Ramón, de momento, fue como el capitán de la juventud del pueblo. Iba con los muchachos a la capital, durante la Feria, y sin ser fiestas. Y los llevaba a... Si los otros, por timidez, no

entraban en una farmacia, él era el que pasaba a comprar... Luego, lo contaba todo en la plaza y se reía, se reía de los que fueron sus compañeros en aquellas aventuras. Yo lo oí algunas veces, sin formar corro a su lado, cuando regresaba del campo y pasaba orilla de los que escuchaban. Por eso, luego, cuando supe que rondaba a Juana, temblé. Se lo dije a madre y ella se encargó de prohibirle que fuese a algunos bailes. Después, cuando nos enteramos que³⁰ Ramón decía por ahí que ahora tendría un plan mucho mejor (por Juana, que era una inocentona), madre y yo prohibimos también a tu hermana que fuese a la Feria. Por eso, ella, cuando veníamos subidos en el carro, hacia casa, después de todo un largo día en el rastrojo, hablaba así, con amargura. Más tarde, pudo, sin embargo, ir a los bailes y a la feria de la capital, pues Ramón había desaparecido del pueblo, se había marchado a Barcelona, creo, de donde no ha vuelto más. Pero, por entonces, Juana tuvo que vestir esas ropas negras que lleva, y ya... Es como si tuviese muchos años, es como si, de la mañana a la noche, hubiera perdido la juventud. A mí, después, me ha dolido haber sido duro con ella. Y a madre. A madre más, porque ella la ve todo el día metida en casa y la oye llorar, porque Juana, aunque pase el tiempo, te recordará siempre, te verá muerto, en la cama, como aquel día cuando parecía enloquecer, y te verá como cuando te sacaban, en el blanco ataúd, más de medio pueblo metido en nuestra casa... Madre piensa entonces en los días en que aún os veníais Juana y tú conmigo al rastrojo, que ya no eran unos días como los de antes, cuando íbamos todos, pero que aún, sin embargo, eran buenos, casi felices comparados con los de este último año, por ejemplo, cuando ya no te podíamos ver ni siquiera sentado en tu mecedora de paralítico.

³⁰ La forma correcta sería "nos enteramos de que". Este tipo de construcción sin la preposición que introduce el complemento de régimen aparece en varias ocasiones a lo largo de esta novela.

Este verano, en fin, como tantas otras veces, por el suceso de la perdiz, por la siega, por la trilla, por mil cosas, te hemos recordado mucho, mucho; no era necesario que yo te lo dijera: tú desde allá arriba, quizá nos veas y sepas cómo sentimos.

CAPÍTULO V

Muchas veces, las palabras que te dijo Manuela, la de Sergio el alguacil, me han hecho sonreír, recordándolas. Han puesto en mis labios una sonrisa triste, claro. Me refiero a las palabras que te dijo cuando le quitaste el melón, la sandía, mejor dicho, y que mencioné antes. La mujer estaba irritada. Te vio, porque acechaba desde la orilla del pueblo. Te vio correr y gritó:

–¡Ah!, ¿presumes de piernas, granuja? Ya te verás como atado a una silla, ya...

Pero estoy seguro que³¹ quería decirte que ya llegarías a viejo, como ella, como su marido, como tu abuelo. Porque luego... Luego, después de estar unos meses sin venir a casa por vino, como era su costumbre, volvió un día y nos dijo:

–Ya no maldeciré nunca a nadie más, ¡a nadie, nunca!, aunque fuese arrastrada por los suelos. ¡Dios mío, ver a este hijo en esa mecedora...!

Y te miraba con ojos húmedos. Madre y yo la veíamos enjugarse las lágrimas con la punta del delantal.

–Señor –hipaba–, ¿por qué le diría yo aquello?

Y parecía temblar, mirándote.

Siguió viniendo, casi a diario. Y volvió a llevarse de nuestro vino. Nos preguntaba:

–¿Qué tal? ¿Mejora?

Le decía madre:

–Ya ve usted, Manuela... –mientras entraba en el jaraiz para llenarle la botella de aquel vino blanco, tan bueno, que hacíamos con la uva de la viña vieja, casi todas las

³¹ Como señalamos más arriba, también aquí la expresión correcta sería “estoy seguro de que”. En ambos casos, como en los restantes de la novela, se puede deber a un deseo del escritor de reflejar el habla popular.

vides de la especie “pardillo³²”, que es algo dulce y “saca” mucho grado.

–Yo... –decía la del alguacil–. Yo, Luisa... ¿Qué haría yo para veros alegres?

Madre callaba. En el pecho de madre (me parecía a mí) aún había un rencorcillo que no acababa de morir. Decía yo a Manuela:

–¿Qué va a hacer usted? Nada. Dios nos ayudará.

Y entonces sollozaba, diciéndonos que todas las noches, aunque estuviese bebida, rezaba por ti.

–Rezo por él, sí. Rezo más que por mis padres muertos. Rezo muchas veces. Aunque Sergio gruñe, medio enfadado, diciéndome que si es que me he vuelto beata ahora. Le digo que calle, o que rece también, lo poco que sabe. Luego suspiro. Él se ríe. Él no puede creer que sufro, entonces, como otras veces. “Tú, con esas monas que agarras...”, me dice. ¡Ah, una ya tiene esa fama! Y... una ya se convirtió en animal, en algo embrutecido, y ya no tiene sentimientos para las gentes. Nadie cree que lloro de veras y que rezo como debe rezarse, porque todos me han visto llorar alguna vez lágrimas que echó fuera el vino y porque todos me han oído palabras que nadie entiende cuando voy sola por la calle. Pero vosotros podéis creerme: me duele el corazón y ahora ya no le digo palabras de rabia a nadie. Ahora, si los chicos me dicen: “¿Le está bueno, Manuela?”, no respondo con las barbaridades de otras veces, que solía decirles: “Más bueno les está a vuestras madres y hermanas, pero no el vino...”; ahora les respondo: “Sí, muy bueno.” Y si me preguntan: “¿Se emborracha?”, les digo: “Sí, gracias a Dios.” Y casi me alegro cuando oigo decir: “Manuela bebe, Manuela se emborracha, Manuela apesta a vino”, porque pienso que sería mucho peor si dijeran: “Ma-

³² *pardillo*: la pardilla es una uva blanca, de racimo natural mediano y granos muy apretados entre sí, con el hollejo de color dorado (Chacón, 159).

nuela bebía, Manuela se emborrachaba, Manuelaapestaba a vino”, palabras que, naturalmente, ya no llegarían a mis oídos, sordos entre las tablas del ataúd. ¡Ah, el genio que otras veces llegó a mí...! ¿Por qué le gritaría yo de aquella manera a Josillo, por qué? El Señor debiera castigarme, sí, porque una...

Y entonces, hijo, Manuela, esa mujer que sirve de burla a los chicos del pueblo, lloraba, tapándose la cara con las manos. Y se iba así, llorando, con su botella de vino dentro de la cesta, el vino que tal vez se bebiera en dos tragos, para luego, y aunque su marido no la creyera, ponerse a rezar por ti, deseando tu mejoría.

¿Por qué fuiste tú por aquella sandía en la que Sergio y Manuela habían escrito sus iniciales y que guardaban como un tesoro, metida dentro de un hoyo y tapada con las hojas de una mata? Bueno, fuiste porque... Estabas con tus amigos, un anochecer del mes de agosto. Vosotros, tus amigos y tú, oíais hablar a los mayores en los corrillos de la plaza. Los mayores hablaban de sus correrías por melonares y viñedos, por las noches. Vosotros quizá quisisteis ser, por una vez, un poco hombres, un poco como ellos, los mozos, aquel anochecer. Y fuisteis al melonar de Sergio, ahí en las eras. Tus amigos, no sé si más pillos o más miedosos, se quedaron en los olivos de Justo el cabrero. Y tú fuiste por el melón. ¿Por qué tú, hijo? Un melón de agua, una sandía, en esa época, apenas si tiene valor, aquí en el pueblo. Nosotros teníamos el más grande melonar de la comarca, allá en el viñedo recién plantado. A ti, como a ninguno de tus amigos, te hacía falta esa sandía. ¿Qué robabais? ¿Qué valor tenía el fruto hurtado? Vosotros no lo sabíais. Ni otros mayores quizá tampoco lo hubieran sabido. Era tiempo de ir a los melonares, a los viñedos, a las arboledas, y vosotros fuisteis, como los mayores hacían. Era tiempo de salir por la noche, o simplemente al anochecer, para sentarse en el campo, entre las vides cubiertas

de verdes pámpanos, bajo un almendro o una higuera. Yo, en mi juventud, también había salido muchas noches. Sé lo que es eso y no lo critico. Se hace daño en el campo, en éste y en aquel melonar, pero nunca se cree que se hizo un gran destrozo. Es hermoso salir en noches así. Mejor que estar en la plaza jugando a tirarse puñados de tierra. Mejor, también, que ir a la esquina de Andrés el ciego, para escuchar tristes y desentonadas melodías que le arranca a su viejo acordeón. Es casi como un rito, entre los jóvenes, salir en noches así. El campo embriaga con su olor a hierba que se seca y a tomateras que alguien –quizás el suave viento– mueve. He salido, muchas veces, cuando era mozo, en esas noches de agosto, y no critico ahora, repito, a aquellos que lo hacen. Pero a veces dejan malas huellas, allá por donde pasaron. Y eso, no. Vosotros, tú, hijo, hiciste daño a Sergio y Manuela tomando aquella sandía. ¿Tanto valor tenía? Muy poco. Valor material, poco, porque todo el pueblo estaba lleno de sandías y melones; pero ellos, Sergio y Manuela, tenían aquella sandía muy escondida, la guardaban con mucho cuidado para... ¿Para qué día grande de una casa triste la guardaban...? Y, además (y esto era lo más importante), Manuela y Sergio, los dos viejos, habían escrito, como adolescentes enamorados, las iniciales de sus nombres en la corteza...

CAPÍTULO VI

Al recordar este suceso, algo me empuja a detenerme en aquel tiempo, todavía hermoso. Ha terminado el agosto, las faenas de la trilla. Los hombres tenemos menos trabajo. Vosotros, los niños, correteáis, felices, por viñedos y arboledas. Tú vuelves sudoroso a casa, siempre.

A veces comentamos las palabras que te dijo Manuela. Yo te regaño, por “aquello”. No quiero que vuelvas a hacer una travesura así. Tampoco me gusta que Justo el cabrero os llame tantas veces la atención. Esto no lo puedo decir delante del abuelo, pues entonces me dice que no le haréis tanto mal, vosotros, en sus olivos, como hace él por ahí, en varios campos, con su hato de cabras, “porque..., ya lo sabéis –añade el abuelo–, se le puede decir Justo el cabrero, pero no el “cabrero justo”...” Cuando el abuelo no está delante, te ruego no entréis tanto en el olivar, que lo tiene bien arado. Te regaño también cuando me entero que habéis tirado piedras al tejado de la iglesia. Eso no está bien. Tampoco me gusta que toméis las cañas y vayáis a acechar los vencejos, que se acercan, chillando, en un vuelo bajo, a los aleros. Me pongo muy serio contigo cuando me entero que has saltado las paredes del cementerio viejo.

–Ahí no se entra; ahí no se juega –te digo.

Tú me escuchas, la cabeza gacha. Tú, sin embargo, a pesar de lo manso que pareces a mi lado, eres un diablillo travieso. Corres más que todos tus amigos. Puedes subir a los pinos más altos. Yo te regaño, cierto, pero también es verdad que estoy orgulloso de ti.

–El chico está fuerte –le digo muchas veces a madre.

–Se cría sano –dice ella.

Por la noche, antes y después de la cena, jugáis en la calle. A veces se levanta una nube de polvo y yo te grito, te llamo y te regaño si estás en el grupo que juega a ensuciar-

se. A esa hora, los mozos hablan en la plaza. Tu hermana y sus amigas cantan y juegan al corro bajo la luz de la esquina. Madre, el abuelo y yo estamos sentados a la puerta, junto a otros vecinos. Del casino –todas las ventanas abiertas– nos llega un rumor de voces apagadas. Oímos el traqueteo de un carro que se acerca al pueblo. Dos perros han pasado a nuestro lado, persiguiéndose. Nuestra gata, que estaba acurrucada en el umbral de la puerta, se levanta, eriza el lomo y emite un bufido. Juan Antonio, el guarda, sale hacia la orilla del pueblo. Nos ha dicho: “¿Se toma el fresco?”, respondiéndole casi todos: “Mira, un ratillo...”, y en seguida lo hemos visto borrarse en la calle oscura que sale al campo. Del monte nos llega a veces, según de dónde sopla el suave viento, un sano y fuerte olor a tomillos, a pinos... Es ésa una hora tranquila, hermosa. Juana y tú volvéis al fin, y madre y yo el abuelo nos levantamos.

–Bueno... –digo.

–¿Ya tocan retirada? –dice un vecino.

–Se está bien aquí, pero...

–Si no hubiera que madrugar...

–Ah, entonces...

Nos deseamos buenas noches. Por la plaza aún se oyen las voces de los jóvenes. El rumor del casino empieza a morir. Las melodías tristes, desentonadas, que Andrés *el Ciego* le arranca a su viejo acordeón, llegan mortecinas hasta aquí. Nuestro patio huele a flores. En el cielo parpadean millares de estrellas. Juana mira hacia arriba y dice:

–No veo la galera.

–Está allí –le digo.

–No la veo.

–Allí, medio tapada con el tejado del casino.

Entramos en casa. Las habitaciones están calientes. Madre no quiere abrir las ventanas porque, al anochecer, el patio es un hervidero de mosquitos de trompetilla, que luego, si entran en las habitaciones, nos comen. A pesar de

haber tenido cerrado, aún se oye alguno. Al encender la luz, los vemos pegados a las paredes y en el techo, las zancas largas, el cuerpo gordo. Madre toma el aparato del flit³³ y les echa. Parece que se atontan, que van a morir. Algunos caen, pero otros resisten. Cuando estamos acostados, ya vienen sobre nosotros, más débil la musiquilla esa al principio, más sonora después.

–Éstos...

–No te pongas nervioso, José.

–Vienen a la nariz, siempre a la nariz, y a los codos, donde hay hueso, los...

Fuera, el cielo, tan sereno, parece acariciar el grupo de casas dormidas.

En el pueblo, por ese tiempo, se habla de la cosecha, que ha sido buena, y de la Feria, que ya se aproxima. También se habla de la uva, que ya madura, y de los melones, que van engordando.

–Quien los tiene buenos es José, el de la Luisa, allá en el plantío –dicen en los corrillos, en el casino, en la barbería, en las fraguas...

José soy yo y Luisa es tu madre. En el pueblo, a muchos, además del nombre, les dicen el de su padre o el de la mujer, según, casi siempre por haber más de uno que se llame igual. También suelen agregarles el mote, si lo tienen, o una o varias palabras que hagan referencia a su profesión, como, por ejemplo, don Anastasio, “el Médico”, y Justo, “el Cabrero”, y Juan Antonio, “el Guarda”, y Sergio, “el Alguacil”, etcétera. Bueno, a mí, como tú oirías muchas veces, me decían –y me dicen, claro– José “el de la Luisa”, desde que estoy casado, y, naturalmente, por no tener ningún mote, gracias a Dios. Por todo esto te digo, hijo, que ese José era yo, el cual se sentía –me sentía– feliz, muy satisfecho con

³³ *flit*: con este nombre se alude a un insecticida líquido que se depositaba en un aparato pulverizador. Tal vez el nombre proceda de la palabra inglesa “fly”: mosca.

nuestro hermoso melonar. Íbamos a verlo muchas veces. Y el abuelo, casi todas las mañanas, a la hora del almuerzo, ya venía con un cesto de “*corruscones*³⁴” torcidos.

–Tendremos que ir haciendo la choza, José –me dice un día–. Hay mucho melón gordo ya.

–Sí, habrá que hacerla –el digo.

Y una mañana, con estrellas aún, nos vamos al monte por un carro de pino. Tú te vienes con nosotros. Lo dijiste por la noche, cuando madre preparaba lo que llevaríamos de almuerzo.

–Yo quiero ir, padre.

–¿Tú?

–Sí. Quiero ir –repites.

–Bueno, ya veremos –digo.

Se lo pides a madre.

–Si padre quiere... –te dice ella.

No vuelves a decirme nada. Yo estoy un poco serio. Por casi nada: porque el macho tiene una matadura cerca de la cruz y le suele hacer daño la silleta. Tú te acercas al abuelo.

–¿Iré? –le preguntas.

–Claro, hombre. ¿Por qué no? –te dice.

Y te marchas, ilusionado, a la cama. Al día siguiente no hay quien te haga vivo³⁵. Estoy seguro que te dormirías muy tarde, pensando en el viaje al monte.

–¿Os lo lleváis por fin? –pregunta madre.

–Claro. Si se despierta y ve que lo hemos dejado... –le digo.

Y yo mismo te visto y te tomo en brazos para dejarte en el carro, sobre una manta, tapándote con otra. Y salimos. Llegamos al monte antes de salir el sol. Cantan las perdices, y por la cuesta de la Fuente Seca dos conejos cruzan el camino. El abuelo les tira unas piedras.

³⁴ *corruscones*: se llama así a los melones pequeños que no están todavía maduros (Chacón, 170).

³⁵ *te haga vivo*: te levante de la cama, te despierte.

–Ah, si tuviéramos escopeta... –se lamenta.

Pero no tenemos. Aquella vieja de agujeta la entregamos cuando la guerra y ya no nos hemos hecho con otra. No me domina la caza, aunque me gusta. Al abuelo tampoco, aunque ahora hubiese disparado unos cartuchos muy a gusto.

Estamos en el monte. Subo a un pino y corto unas ramas, luego subo a otro, y a otro. Ya tenemos bastante para el carguío³⁶ que hemos de llevar al melonar. Son ramas de pino joven, de pinos que crecen en tierras que se aran, pinos de los campos de don Anastasio. Las ramas, al ser cortadas, lloran, como si las heridas que les produce el hacha rompiesen alguna sensibilidad dormida. Vemos orugas verdes y amarillas, que forman sobre los troncos un cordón. Luego, cuando ya vamos a cargar, llega Juan Antonio, el guarda. Saluda serio:

–Buenos días.

–¿Qué hay? –le digo.

Él mira las ramas cortadas. Carraspea antes de decir:

–Esta leña...

–Es para hacer la choza del melonar –aclaro.

–Pero... –dice.

–Sí, hombre –le respondo, comprendiendo lo que quiere decir–. Le pedí permiso a don Anastasio.

No parece muy convencido y ahora es el abuelo el que le dice:

–¿No lo crees?

–Sí. ¿Creerlo...? Claro. Lo creo. No faltaba más.

Ahora no parece ya tan serio.

–Se ve que no os fiáis del guarda –murmura luego.

–¿Por qué dices eso? –le pregunto.

³⁶ *carguío*: cantidad de géneros u otras cosas que componen la carga (DRAE).

–Porque, según parece, vais a guardar vosotros el melonar...

Sonrío.

–No es el primero –le digo–. Tenemos confianza en ti, como todos los labradores del pueblo, pero tú, Juan Antonio, compréndelo, tú no puedes estar en todas partes al mismo tiempo, como Dios. Tú...

–Sí, es verdad –dice–. Uno, aunque quiera... Y ese melonar vale la pena guardarlo día y noche.

–Eso haremos –dice el abuelo.

Hay una pausa. Murmura luego Juan Antonio, alejándose unos pasos:

–Si yo, con esto, con el monte...

–¿Le meten mano a la leña? –le pregunto.

–Más de la cuenta –dice–. Suelen venir de noche. Y no siempre son gentes de nuestro pueblo.

Se marcha ya. Nos recomienda:

–Ahora a ver si volcáis, que el caminejo está mal, allá por la rambla.

–Iremos despacio.

–Bueno, el que avisa... ¿eh? Con Dios.

–Con Dios, Juan Antonio.

Le vemos alejarse, desaparecer en la espesura. Tú vas y vienes. Coges piñas, aún verdes, de las ramas cortadas, y buscas piñones secos bajos los pinos grandes, piñones que se caen solos cuando el sol aprieta y las piñas viejas se abren.

–Ten cuidado con las orugas. No las toques –te advertimos.

–¿Tienen veneno? –preguntas.

–Tú tócalas y verás... –dice el abuelo.

Al cargar, almorzamos. El mulo come su pienso en la sarrieta³⁷. Oímos ruidos, golpes secos, golpes que luego

³⁷ *sarrieta*: espuerta honda y alargada en que se echa de comer a las

se extienden, corren como si rebotaran sobre las matas y dieran contra los troncos de los pinos, por todo el monte en calma. Por donde el sol se eleva hay una ligera bruma. Lejos ladra un perro. Por un camino oculto traquetea un carro. A veces nos llega el rumor del río, el ruido del agua escapando a borbotones de la presa, allá abajo, donde está el viejo molino. Dos urracas revolotean, persiguiéndose, cerca de nosotros. Las aliagas³⁸ perdieron la flor. Del romero se desprende un olor fuerte. Tú arrancas tomillos y dices que son para echarlos a las aceitunas que luego, después de quitarles el amargor, pondrá madre en una orza de barro. No son de la clase de tomillos que madre echa a las aceitunas, pero el abuelo y yo llamamos. El abuelo, que ha almorzado poco, se levanta y toma el azadón, diciendo que va a “hacer” una gavilla³⁹ de aliagas mientras nosotros terminamos. “Así –añade–, cuando llegue la matanza del cerdo estarán bien secas.”

Regresamos. El mulo tira bien, pero yo le ayudo lo que puedo, cogido a una vara del carro. El melonar está muy hermoso. No se ve la tierra, tocándose las guías⁴⁰ de

bestias (DRAE). En La Mancha, sólo se usa, colgándola del extremo superior del timón del arado, para que coman las mulas cuando realizan la labranza (Serna, 341).

³⁸ *aliagas*: matas de la familia de las papilionáceas, espinosas y de flores amarillas. Las puntas tiernas las come el ganado y la leña se utiliza como combustible (Serna, 37).

³⁹ *gavilla*: conjunto de sarmientos, cañas, mieses, ramas, hierbas, etc., mayor que el manojo y menor que el haz (DRAE). Chacón añade un dato curioso, que también aparece en alguna novela de Rodrigo Rubio, al apuntar que una gavilla de sarmientos –o un ramo de pino– sobre la fachada exterior de una casa anunciaba una taberna o la venta de vino al detalle (161).

⁴⁰ *guías*: sarmientos o varas que se dejan en las cepas y en los árboles para dirigirlos. También se llama así el tallo principal de las coníferas y otros árboles (DRAE). Chacón apunta que en alguna zona, concretamente en la de El Carrasco, a los tallos de hierbas o matas extendidos por el suelo los llaman guías (172).

las matas. Dejamos las ramas de pino y nos vamos a casa. A la tarde volvemos, trayendo unos palos que serán la armazón de la choza. Y nos ponemos a construirla, sin prisa. Queda bien, la puerta al mediodía. Hemos traído un saco de paja de centeno a medio trillar, que extendemos por el suelo. Huele a paja. Y a pino. Huele también a fresco. No sé bien cómo decirte que es este olor, pero parece que ahora llega a mí. Dos muleros que aran cerca vienen a charlar con nosotros mientras fuman un cigarrillo. Un rebaño paca allá lejos, en un rastrojo. Por un camino cercano corre un automóvil antiguo. Es el de don Anastasio, que vendrá de alguna aldea. Nos llega el ronroneo del motor, y detrás del vehículo queda, deshaciéndose, una nube de polvo. La suave brisa hace bailar los pámpanos de los viñedos. Por encima de nosotros pasa ahora una bandada de sisonas, con un interminable silbido en sus alas que se agitan. El pueblo se ve en la llanura, por entre almendros, viñedos y olivares. El sol cae por más allá de un pinar que se oscurece. Tú y yo volvemos a casa. Los muleros han vuelto junto a sus yuntas y aran todavía. El abuelo se queda en el melonar. Es la primera noche que duerme él.

–No haga la cama dentro de la choza –le aconsejo–, por si aún hubiera orugas en el pino.

–Ya veré –dice–. Y se queda sentado en el linde, bajo el crepúsculo que acaricia, mirando la choza recién construida.

Y los días se suceden tan hermosos como días soñados. Tú vas al melonar, por la mañana, y llevas comida para ti y el abuelo. Vuelves antes de hacerse de noche. Madre y yo te lo recomendamos mucho:

–A ver, Josillo... A ver si tenemos que andar buscándote por esos caminos...

A veces vienes en un carro de los que labran por allí cerca. Es cuando el abuelo te ha llenado el cesto de melones jorobados, o de los que, ya maduros, y por la niebla de

la mañana y el sol fuerte de horas más tarde, se han abierto. Madre y yo y Juana también vamos al melonar. Vamos un domingo, a pasar el día. Madre no se cansa de mirar a un lado y a otro. Las matas se han hecho tan grandes que muchos dicen que perjudicarán las plantas de la vid. Es posible. Algo. Pero este fruto que obtendremos será como una hermosa recompensa.

Y llega el momento de empezar a coger. Los de la primera flor, los que colgaremos en los revoltones⁴¹ de toda la casa, atados con el cordelillo que el abuelo ha ido haciendo en estas horas de tranquilidad. Luego cogemos para vender. El porche se ha convertido en almacén. Tus amigos vienen a ayudarnos a descargar los carros. Madre sonrío feliz. Tomaremos unos billetes. Casi tantos como por el vino o por el azafrán. Compraremos algunas cosillas para la casa, y ropas para Juana, para ti; también para el abuelo, que bien se lo merece, tantos días de guardián. Iremos a la Feria, todos, aunque sea a los últimos días. De la capital vienen compradores con camiones. En casa cargan un par de veces. Pagan en el acto.

–Toma, Luisa –le digo a madre, dándole los billetes.

–¿Cuántos hay? –pregunta, emocionada.

–Casi dos mil pesetas.

–¡Dios mío!

Y besa el dinero, los ojos húmedos, las manos temblorosas.

Los vecinos están admirados.

–Sí le vais a sacar al melonarcillo, sí... –dicen.

Manuela, todavía con el dolor que le produjo la falta de su sandía, comenta en la plaza:

–Mirad, y el chico, el Josillo, va y me quita a mí...

No los hemos cogido todos. Pero vamos a la Feria.

⁴¹ *revoltones*: bóvedas pequeñas entre viga y viga del techo, bovedillas (DRAE).

Es que, si nos descuidamos un poco, se termina, la cierran. Casi toda la gente del pueblo ha ido y ha vuelto ya. Nosotros vamos ahora. Es mejor, no creas: más tranquilidad, menos carros en las posadas, menos gentío en el paseo, en los comercios, en los circos. Ya no celebran corridas de toros, pero sí una charlotada⁴², por la noche. Y os llevo. Juana y tú os reís mucho con los payasos-toreros. Juana no había sido rondada aún por Ramón el de la Brígida. No se apartaba de nosotros. Madre hace compras en los comercios del centro de la ciudad, que huelen a lanas y a tintes. Yo compro unas correas en los puestos de guarnicionería de la Feria, unas correas con las cuales haré, añadiéndoles unos trozos de cáñamo, unos buenos ramales. El abuelo se ha encaprichado de un carro de juguete.

–¿Para Josillo? –le pregunto.

–No, para mí –responde.

Y lo compramos. Y a él le hace más ilusión que a ti.

Dice, mirándolo:

–Parece de verdad. Hacen cada cosa...

Habíamos ido en el carro y regresamos, naturalmente, en el carro, contentos, felices. Los enormes rastros⁴³ amarillos se extienden a un lado y otro de la carretera. En los surcos se ve un verde nuevo, muy hermoso, algo pálido. Por aquí llovió hace unos días, un chaparrón de verano. Nosotros, los hombres del pueblo, salimos aquella tarde a las afueras para mirar las nubes, siempre con miedo a que vinieran para acá, pues este tiempo, como allá en junio, es de malos nublos, de pedriscos y aguas que hacen daño, a los trigos antes, a la uva ahora.

⁴² *charlotada*: festejo taurino bufo (DRAE). Este tipo de festejo era muy habitual en la feria de la capital albaceteña y, como bien apunta Rubio, se celebraba por la noche. Posteriormente, se hizo famoso el espectáculo denominado “El bombero torero”.

⁴³ *rastros*: en esta ocasión, se refiere a los residuos de las cañas de la mies, que queda en la tierra después de segar (DRAE).

Volvemos a nuestra casa. Tú enseñas a tus amigos la navajita que te has comprado, y las ropas que te ha comprado madre. Y Juana enseña a sus amigas la tela para un vestido y el paño para un abrigo. Y madre desdobra las sábanas nuevas, que huelen un poco como olían los comercios donde las compró. Y el abuelo mira embobado el carro de juguete y dice, te dice a ti, que es para los dos, para cuando el año que viene volváis a pasar días enteros en el melonar; entonces haréis hacecitos de hierba y los cargaréis en ese carro, y las horas se os irán como si los dos vivierais en un mundo de sueños ilusionados.

Ahora cogemos los últimos melones. Y los tomates, y la casa tiene algo de este campo del otoño que empieza. En la cámara, sobre el trigo, hay melones pequeños, de los que llamamos “alforjeros⁴⁴”, porque son apropiados para llevarlos de postre al campo, ahora en este tiempo de vendimia y sementera, que se acerca. Yo me subo a la cámara para las siestas. Algunas veces me tumbo sobre los costales llenos de trigo, y pienso: “No ha sido mal año. Ahora, la vendimia y el azafrán... Luego, sembrar los bancales que hay de barbecho... y de nuevo el tiempo sin prisa. No vivimos mal... Debiéramos dar gracias a Dios, porque, mirándolo bien, no vivimos mal...” No siempre me tumbaba. Me solía poner a trajinar, a recoger bien el grano en los trojes⁴⁵, a barrer alrededor, a colgar todos los haces de vencejos⁴⁶ que había en el suelo, a quitar los melones que, por haber sido aporreados, quizá se pudrieran pronto, humedeciendo el tri-

⁴⁴ *alforjeros*: de tamaño pequeño, que se pueden llevar en las alforjas.

⁴⁵ *trojes*: espacios limitados por tabiques, para guardar frutos y especialmente cereales (DRAE). Departamentos en los que se dividía la cámara que había en la parte superior de la casa (Chacón, 55).

⁴⁶ *vencejos*: lazos o ligaduras con que se ata una cosa, especialmente los haces de las mieses (DRAE). Cuerdas de esparto cocido o crudo, de tres ramales, que sirve para atar haces, costales, sacos, etc. y para otros usos (Chacón, 166).

go. Luego bajaba para irme al campo. El abuelo se quedaba sentado en el poyo de piedra, con otros viejos, con Colás y Pedro el sordo. Juan y madre saldrían más tarde, después de regar frente a la puerta, con los tabaquillos⁴⁷ de la costura. Se les unirían otras vecinas. Y, ya, la conversación de siempre: algo sobre la última feria, un poco de crítica a ésta y a aquélla... Yo me voy al campo, he dicho. Voy a arrancar las matas de los melones. Y, después, cuando están bien secas, les prendo fuego. El humo, en los atardeceres en calma, se eleva al cielo, se extiende por los campos. Es la hora de volver a casa. Por todos los caminos se oyen carros que avanzan, y las voces de los muleros que regresan, y las esquilas y cencerros de un rebaño se mezclan con estos ruidos, y en el lugar, la campana vieja tañe a oración. Un nuevo día ha terminado. Un día más, muerto por el tiempo. Llega la noche. Y los hombres que trabajamos volvemos al pueblo, a casa, en busca de la cena. Y al llegar, yo te veo a ti en el porche, y lo primero que me dices es:

–Madre ha echado la lumbre en la cocina grande.

Es verdad. Lo veo. La cocinita del patio, donde encendió durante el verano, está apagada. El verano ya se ha ido. Entro junto a ti en la cocina grande y siento una sensación como de otra vida que empieza. Nos sentamos, y tú, mientras madre guisa, me cuentas todo lo que has hecho durante el día. Y madre me mira y dice:

–¿Cansado, José?

–No mucho –le digo.

Sigue atendiendo sus guisos y, aunque parece indiferente, te escucha también. El abuelo, que momentos antes ha dado un puntapié a *Lunares*, acaricia ahora la gata. Juana ríe en la puerta de la calle con unas amigas. Y yo comprendo que estos momentos son hermosos, felices, aunque muy pocas veces lo advirtamos mientras se viven.

⁴⁷ *tabaquillos*: cestillos o canastillos de mimbre, en este caso para recoger los útiles de la costura.

CAPÍTULO VII

No me movería de aquí durante horas, pero reconozco que he de marcharme. Las sombras de los cipreses ya besan la pared de enfrente. Todo el cementerio estará pronto cubierto de sombras. La brisa es ya más fresca... Dos veces he intentado ponerme en pie, y entonces, como cuando fui, en otra ocasión, a arrancar la hierba de la flor blanca, un pajarillo ha venido a posarse a mi lado. ¿Por qué ocurre esto? ¿Por qué bajan de los cipreses estos pájaros, por qué bajan aquí, a rozarme? ¿Vienen, estoy seguro que vienen de los cipreses? ¿No los enviarás tú, Josillo?

Sigo aquí, pues. Estoy sentado, la cabeza inclinada. A veces alargo una mano y acaricio unas hierbas marchitas. Otras veces aparto una piedra para hacer más llano el camino a un escarabajo que anda. Santiago, el sepulturero, pasó de nuevo a mi lado. Sólo dijo: “José, José...” Y se fue a echar un trago. Andrea aún no ha vuelto. Yo, ahora, me acuerdo de Julia, la practicante. Julia –ya lo he dicho antes– se apartaba de Andrea, no quería hablarle. Y esto creo que la hacía sufrir, porque las dos, antes, habían sido muy buenas amigas. Julia tenía costumbre de ir de visita a casa de Josefa, donde después, cuando se compraron la radio, iría mucho tu hermana, por las noches, como llegaste a ver, a oír emisiones de discos dedicados. Julia, en cambio, dejó de ir a casa de esta vecina. Unos decían que era porque no quería oír música, otros afirmaban que era porque ahí, en esta casa, le habían puesto el apodo de *la Viuda*. Yo no me enteraba de estas cosas, que son chismes del pueblo, habladurías de las mujeres. Pero a veces, en casa, por la noche, bien cuando nos quedábamos orilla de la lumbre sanochando⁴⁸ un rato, o luego, al acostarnos, me lo decía

⁴⁸ *sanochando*: velando en las primeras horas de la noche (Serna, 339).

A velar en las primeras horas de la noche se le dice *sanochar*, y *sanochá* a todo este tiempo: ambos vocablos equivalen a sonochar y tras-

madre. Hablábamos de la faena que yo estaba haciendo en el campo, del tiempo –de si éste era bueno o malo–, luego de vosotros, del abuelo, y madre, después, cuando a mí ya se me cerraban los ojos, contaba algunas de las cosillas que pasaban en el pueblo, en nuestra vecindad. Julia nos visitaba mucho entonces, aunque aún no había ocurrido “lo tuyo”. El abuelo ya no era el de antes y don Anastasio le había recetado, entre otras cosas, una caja de inyecciones. Julia, sin título de ninguna clase, hacía de enfermera. Todos la llamaban, bien para curar una herida, bien para inyectar. Atendía asimismo a los moribundos y a las parturientas. Hay quien dice que, en cuanto muera doña Asunción, la comadrona, será ella la que haga de partera. Sirve para eso. Y en algo ha de ocuparse, pues no tiene quién le gane, sino, por el contrario, dos viejos a quienes mantener. Don Anastasio le aconseja que estudie, que intente sacar el título. Ella ha ido mucho a casa del médico. Él la ayuda. Le deja libros, le da instrucciones; pero ella, ahora, no va tanto a casa de don Anastasio. Las gentes... Ya se sabe. “Parece que la practicante frecuente mucho la casa del médico...” O: “*La Viuda* ya va olvidando sus penillas, parece...” “Ea, como doña Carmen, la esposa del doctor, está medio baldada...” Ahora ya no va tanto, digo. De Julia nunca se ha podido decir ni así en el pueblo. Los que dicen “eso” es porque siempre dicen algo, porque no pueden vivir sin dejar, cada vez que hablan, un poco de veneno. Es cierto que doña Carmen está enferma, que apenas sale de su alcoba: sólo cuando los domingos la sacan para asistir a misa, y luego, al llegar el verano, para ir a la finca que tienen orilla del río. Es, también, diez años más vieja que don Anastasio. Se casaron... Éste es un matrimonio como tantos otros entre gentes de esta clase. Él tenía la carrera, y algunas tierras aquí, en el pueblo, no muchas, y la casa donde viven, pero no como está ahora,

nochar, y a sonochada y trasnochada respectivamente (Chacón, 61).

sino vieja, casi derruida; y ella, en cambio, tenía mucho: la finca de junto al río, con huerta y quinientos almudes⁴⁹ de monte, con viñedos y olivares, y gran cantidad de bancales en el término del pueblo. Iba ya para solterona cuando don Anastasio lo pensó... Iba a decir bien: no sé si el pensamiento del médico fue bueno o malo... Era madura ya cuando don Anastasio, recién terminada su carrera, cansado, quizá, de llevarse buena vida en Madrid, se casó con ella. Y ahora... Ahora él todavía está fuerte, muy bien conservado, con el pelo blanco, pero no calvo. A veces gasta bromas a las mujeres, y las mujeres ríen y chillan y le dicen: “Ay, don Anastasio, usted, como doña Carmen no le ve...” Y un día quizá llegasen a ver cómo le gastaba bromas a Julia, no lo sé. Delante de nosotros, en casa, siempre la ha tratado con seriedad. Que iba a la clínica era cierto, pero esto no quiere decir nada, sobre todo para la gente que tiene un poco de cabeza y algo que no sea veneno dentro del cuerpo.

En fin, te hablaba de Julia. Don Anastasio le aconseja que estudie, que se prepare. Ella ha dicho:

–No puedo. Primero, porque ya soy mayor; segundo, porque, si me marcho a la capital, ¿quién cuidará a mis padres?

Y Julia no se mueve del pueblo. Pone inyecciones y va a cuidar enfermos allá donde la llaman; ayuda a doña Asunción en casi todos los partos y visita, aunque más de tarde en tarde ahora, la clínica de don Anastasio. Tal vez algún día llegue al pueblo un practicante con título y entonces ya no le sea posible hacer nada; pero, mientras tanto, ella podrá ganarse un jornal que le es necesario.

⁴⁹ *almudes*: en La Mancha, espacio en que cabe media fanega de sembradura (DRAE). Chacón señala que, tanto para las medidas de capacidad como para las agrarias, el orden de mayor a menor es el siguiente: la fanega (12 celemines), la media fanega y el almud (6 celemines), la barchilla (3 celemines), el celemin (4 cuartillos) y el cuartillo (129).

Venía a casa, digo, y casi siempre nos hablaba de Andrea. Madre le rogaba que la dejase, que no le tuviera manía.

–¡Ay, Luisa...! –suspiraba ella. Y añadía–: Siempre es así: una se sacrifica, guarda el decoro al novio y luego...

Era como si tuviese envidia del marido de Andrea, como si envidiase “aquella boda”. Madre se lo preguntó en una ocasión.

–Yo estaré sola... –le respondió Julia.

Y la vimos triste. Ella había rezado mucho durante la guerra. Huyó de los piropos de aquellos soldados que estuvieron acampados orilla de nuestro pueblo. A Sebastián, su novio, se lo habían llevado al frente, como a tantos. Luego, unos vinieron, sanos o heridos, de otros se supo que habían muerto, pero de él, de Sebastián, no se supo nada, dándolo por desaparecido. Julia esperó, como esperaron Ezequiel Malasombra y Desamparados, los padres del muchacho. Se la veía envejecer. Ya no miraba a Andrea, que había empezado a recibir a varios hombres en su casa. Ella aún visitaba a Josefa. Vestía de luto, aunque a veces afirmaba que Sebastián no estaba muerto y que volvería. En el pueblo, al verla con ropas negras, y durante algún tiempo hasta con manto en la cabeza, empezaron a llamarla *la Viuda*, como más tarde, al verla ir con frecuencia a la clínica de don Anastasio, empezaban a decir que se acostaba con él... Julia, con respecto a su apodo, decía que había salido de casa de Josefa. Yo no sé. Como hombre, nunca me he preocupado mucho de esas cosas. Ella empezó a venir con más frecuencia a casa, y lo que madre y yo queríamos era que no murmurase de nadie, que dejara en paz, sobre todo, a la pobre Andrea. Pero Julia, al dos por tres, ya tenía en los labios el nombre de la sepulturera, y luego el de la Josefa. De Andrea nos dijo, últimamente, que sabía quién le había hecho el...
Habló:

–No la visita más que un hombre, un hombre que influyó para que le dieran el empleo a Santiago. Ese hombre va a visitarlos algunas noches, y no tiene necesidad de saltar las tapias del cementerio...

Había que dejarla hablar. Lo necesitaba. De Josefa y su familia decía:

–Es la casa de la risa. Ahí todos ríen. Ella es muy chistosa y todos corean con carcajadas sus gracias. “Por ahí ha pasado *la Viuda...*”, la he oído decir al cruzar yo frente a su puerta, alguna vez, y a continuación me ha llegado el coro de risas. ¡Serán...! ¿Por qué hay gente así? ¿Por qué no comprenden el dolor de los demás? –terminaba diciendo.

Y entonces nos hablaba de Sebastián. Iban a casarse pronto. Luego... Luego, él tuvo que irse. Ella, igual que otras novias que iban a quedarse solas, salió a la orilla del pueblo a despedirlo y lo abrazó, llorando. “Volveré”, le dijo él, que era la palabra que, apenas sin voz, decían todos. No ha vuelto. Está en la lista de los desaparecidos, que es, quizá, más doloroso que saber si ha muerto. Y Julia no puede arrancarse el dolor. Lloró al oír de nuevo, después de casi tres años mudas, el repique de las campanas. Se salió de misa un domingo, cuando alzaban a Dios y la banda de música interpretaba el Himno Nacional. Muchos ojos la miraron, muchas bocas la criticaron. Ella, sin embargo, se marchaba a llorar porque aquella música, aquel acto le hacía ver claramente que de nuevo vivíamos en paz, que la guerra era ya algo que pertenecía a la Historia. Todo había terminado y Sebastián, su novio, no estaba en el pueblo.

–¿Por qué suceden estas cosas? –decía en casa.

Madre la animaba.

–Tienes que distraerte, Julia. Ven aquí cuando quieras, aunque sea a llorar, a desahogarte, como ahora.

Quizá fuese la que más nos ayudó cuando “lo tuyo”. Ya venía mucho a casa, como te he dicho. Estábamos pasando un invierno interminable. Mas, de no ser por la enferme-

dad del abuelo, puedo decirte que, pese a los fríos y a tanta nieve, no lo pasábamos mal. Yo había metido mucha leña en el porche. Teníamos harina, aceite y el cerdo matado. El frío, como otros inviernos, se pasaría bien. Cuando, meses atrás, madre y yo fuimos a la capital a vender el azafrán, te habíamos comprado unas botas de las que nosotros, en nuestra parda lengua, llamamos de “carrasca⁵⁰”. Yo te las engrasaba con manteca blanca de cerdo, para que el cuero estuviese suave y no se cortara. Te las calzabas los días muy malos, para ir a la escuela. A mí me parecía que tú estabas deseando ver la nieve en el pueblo. Y era verdad, porque más de una vez te oí decir:

–Este año no nieva; este año parece que...

Y madre, al oírte, te interrumpía, diciendo:

–Ojalá no nevara.

Si tú preguntabas por qué ella no quería que nevara, madre suspiraba, sin decirte nada, porque tú eras pequeño y quizá no la comprendieses si te decía que la nieve es mala, triste, sobre todo para aquellos que no tienen buena casa ni mucho con que alimentarse. Tú tal vez no la hubieras comprendido y ella prefería callar. Yo era el que te daba cualquier explicación. Te sentabas a mi lado, los días de lluvia, y me ayudabas un rato a la puerta, o nos metíamos en la herrería, o nos acercábamos, junto a otros vecinos, a la orilla del pueblo para ver qué cariz tomaban las nubes. También íbamos al corral a llevarle pienso a los animales, evitando que madre y Juana se mojaran. Cuando los días eran muy fríos, apenas salíamos de la cocina. Nos sentábamos frente a la lumbre, y madre era la que más se levantaba porque el abuelo la llamaba al dos por tres desde su cuarto.

–¿Qué? –le preguntaba yo luego a ella.

⁵⁰ *botas de carrasca*: botas duras y muy resistentes, fabricadas en cuero, que se untaban con grasa o manteca de cerdo para que no se agrietaran.

–Mira. Lo de siempre... Y ahora, con este tiempo... Ya no sé dónde voy a poner a secar las sábanas...

Yo agachaba la cabeza. Me dolía que madre trabajara tanto, pero el abuelo era el abuelo y se merecía todos aquellos cuidados.

Vinieron las nieves, bastante tarde por cierto, y tú te alegraste lo mismo que cuando, en otro tiempo, llegaban titiriteros.

–¿Me dejará salir a poner los cepos, padre? –me preguntabas.

–Ya veremos... –te decía.

Y para que no te fueses y al mismo tiempo vivieses esa ilusión –la de cazar pájaros– de todo niño, yo me hacía chico como tú y los dos salíamos al corral y quitábamos nieve y echábamos granzones⁵¹ de la cuadra y allí poníamos las trampas. Y cazábamos muchos pájaros: primero, gorriones, que son avecicas del lugar; luego, también alondras y pardillos, pues la nieve duraba días helada sobre los campos, y los pájaros, todos los pájaros, venían al pueblo en busca de alimentos. Y nosotros los matábamos, ya ves. Así somos los hombres. Si nos hubiésemos convertido en pájaros entonces, quizás hubiéramos podido llegar a comprenderlos. Pero eso no podía ser. Y nadie los comprendía, ni, menos, los compadecía. Los pájaros veían todo blanco: el campo, los árboles, los tejados, cubiertos por aquella capa helada, y tenían que posarse en los montones de estiércol donde el calor derretía la nieve, y en los sitios de los corrales donde nosotros, los hombres, la habíamos quitado, echando paja. Venían a posarse allí, muertos de hambre, y en seguida picaban en el grano o trocito de pan de nuestras trampas. A veces, estas trampas no estaban bien tapadas y se veían algunos de sus alambres, mas era

⁵¹ *granzones*: nudos de la paja que quedan cuando se criba, y que suele dejar el ganado en el pesebre (DRAE).

igual, porque las avecillas se morían y preferían morir (si aquellos artefactos eran la muerte) con un grano de trigo o una miga de pan en el pico. ¡Señor, nosotros, los hombres...! No eran ya solamente los niños, sino nosotros, los mayores, unos por hacer compañía al hijo que quieren retener en casa, otros porque les gusta, porque gozan cazando pájaros, los que también interveníamos en la matanza. Desde casa, desde nuestro corral, podíamos oír los disparos, que parecían repetirse, multiplicarse, bajo aquel cielo en calma, sobre aquella nieve que hería los ojos.

Tú, pese a mi esfuerzo por retenerte en casa, al fin saliste. No debí dejarte marchar, pero comprendía que era un poco duro, ya que salir a la calle, a las afueras, corretear por ahí, viendo a los cazadores que se iban al rastro⁵², era un hermoso espectáculo. Nadie pensaba en el dolor de los animales, y todo íbamos en busca de ellos. Te dejé salir.

–Vuelve pronto –te decíamos madre y yo.

Y nos hacías caso, regresando en seguida con algunos pájaros muertos. Entonces yo, al ver los pájaros que traías en cierta ocasión, te dije que ya no cazaras más.

–¿Por qué, padre? –me preguntaste.

–No sé... –dije-. Pero no caces más.

Y era, quizá, que yo comprendía, de pronto, el dolor de aquellas avecillas hambrientas. Lo comprendí, creo, cuando una de las veces que entré en el corral, vi que una paloma torcaz, al intentar posarse en el tejadillo del gallinero, caía a tierra, revoloteando. Fui, la tomé en mis manos y vi y sentí su temblor, su estremecimiento de agonía. “Se muere –me dije-. Se muere de hambre y de frío.” Y la llevé a la cocina, la puse junto al fuego e intenté darle unas migas de pan. Pero ya no abrió el pico. La vi morir, con aquel temblorcillo, y un dolor recién nacido rozaba mi pecho. Por eso, luego, quizá te dijera que ya no cazaras más

⁵² *iban al rastro*: seguían el rastro de la caza, rastreaban.

pájaros. “¿Por qué?”, me habías preguntado. “No sé... –te había dicho–. Pero no caces más.” Me pediste, sin embargo, que te dejara salir.

–Bueno, pero no te vayas lejos.

No sé a dónde ibas. En la plaza hacían bolas de nieve. Tú venías con las piernas mojadas: las botas, los calcetines..., hasta las rodillas.

–No saldrás más –te decía madre.

Y tú, luego, acariciabas tus botas.

–Ahora que tengo buen calzado... –decías.

Porque otros años en temporales así, no te habíamos dejado salir tanto.

Salías, ahora. Otra vez. El tiempo había cambiado, con viento húmedo y nubes grises de lluvia, y la nieve empezaba a derretirse. A ratos salía el sol. Goteaban las canales. Era peligroso andar entonces por las calles.

–A ver si te caes por ahí... –te decíamos.

–No me pasa “na” –decías tú.

Y volvías a salir. ¿Por qué te dejábamos que te fueses tanto? ¿Por qué te fuiste hasta el monte? ¿Es que no comprendíamos que podías enfermar? Salías. Te ibas. Regresabas sudoroso. Tú estabas fuerte. “El chico está fuerte”, le había dicho yo muchas veces a madre. “Se cría sano”, había dicho ella. Y luego... Yo estaba en la barbería y no te vi, no vi cuando te trajeron a casa. Después, al verte, al verte en la cama, temblando como la torcaz que yo había intentado alimentar, la sangre se me congeló en las venas.

–José... ¡Josillo! –dije.

No me contestaste. Mirabas hacia arriba, para el techo, y yo te abracé fuerte, y entonces fue cuando advertí que estabas helado.

–¿Qué, qué tiene? –le preguntábamos luego, anhelantes, a don Anastasio.

Y el médico apenas decía nada. Te auscultaba, en silencio, o decía algo entre dientes. Era malo, sí, lo que

te había “dado”. Al mirarte y mirar luego la cara de don Anastasio, se comprendía fácilmente. Era malo, muy malo, “aquello”... Desde entonces, Julia tenía más trabajo en casa porque tuvo que ponerte muchas, muchísimas inyecciones; inyecciones inútiles, como todo lo que te recetaron.

CAPÍTULO VIII

Aunque vino de noche, no faltó quien la viera. Creo que fue Josefa, la vecina. Y en seguida se supo en todo el pueblo. Las gentes estaban llenas de asombro.

–Esa bruja... ¡Ir esa bruja a ver al chiquillo...! –decían.

Don Anastasio también lo supo, pero nada nos dijo. Él miraba a madre y la comprendía. No podía curarte, y ya empezaba a hablarnos de un médico de la capital. Pero madre se enteró de lo que hablaba María Jesús, por ahí en los corrillos y a la puerta de su caseja miserable:

–No. Es una tontería que se gasten los dineros: al chico no lo pondrá bien ningún médico... –dicen que decía.

–Y madre me hablaba a mí:

–¿Qué querrá decir, José?

–Qué sé yo, Luisa; qué se yo...

–¿Será que lo querrá ver ella? ¿Le recetaría algunas hierbas que le fuesen bien?

Me encogía de hombros. Madre le habló a Julia cuando ésta vino a inyectarte:

–¿A ti que te parece? ¿Qué me dices tú, Julia?

–Calle, calle usted, Luisa, por Dios –le respondió–. Esa mujer es una bruja.

Y empezó a recordarnos todo lo que el pueblo había murmurado de la vieja: habló de “lo” de Sagrario, la del corredor, y de la muerte del chiquillo de la Melga, que fue muerte de mal de ojo. Era verdad que a veces recetaba hierbas que iban bien para ciertas enfermedades, pero eso no quería decir nada. Esas hierbas –poleo, té, manzanilla, rabogato⁵³, etc.– las toma todo el mundo sin que se

⁵³ *rabogato*: hierba pegajosa, de ramas extendidas, cuyas flores son amarillentas, casi blancuzcas; el ganado lo come muy poco; a veces se ha empleado para hacer escobas, por su parecido al tomillo (Chacón, 176).

las mande nadie. Por eso, don Anastasio la dejaba hacer de curandera, porque siempre recetaba hierbas, inofensivas por lo general. En cuanto a las faltas graves que se le imputaban, nadie podía afirmar si ella tuvo o no culpa. Sagrario estuvo en cama algún tiempo. Sus relaciones con un muletero de la capital dieron mucho que hablar. Y al saberse luego que estaba enferma... Alguien dijo después que María Jesús la había visitado varias veces, siempre de noche, y de ahí se sacó la conclusión de que la vieja le había matado el hijo. Luego ocurrió la muerte del niño de la Melga, que se criaba muy hermoso. Enfermó y, a los pocos días, muerto, sin que don Anastasio supiera de qué. Y de nuevo se empezó a hablar de María Jesús. De ella dijeron que, antes, siempre que pasaba por la puerta de la Melga con sus cestos de hierbas al brazo, se detenía para hacerle las fiestas al pequeñín.

–¡Eh, granujilla...! –dicen que decía–. ¡Eh, pájaro! ¿Qué me dices tú? ¿Te ríes? Claro que te ríes, cielo. Te ríes, le ríes a esta viejecita que te quiere mucho...

Y luego, antes de marcharse, solía pedir algo a la madre, un poco de pan, tocino o aceite. La Melga le daba algunas veces, no siempre. Cuando le daba, María Jesús se marchaba echando bendiciones al niño, y, cuando se iba con el cesto vacío, las palabras que pronunciaba eran diferentes. Decía algo entre dientes, algo que nadie entendía, como si rezara. Luego, cuando el niño de la Melga se puso enfermo y murió, algunas mujeres de las que se sentaban a coser al sol en aquella calle dijeron que había sido por culpa de María Jesús, que le había hecho mal de ojo, porque, después, aquel mismo día que el chiquillo espiraba, la vieja había encendido una hoguera en el patio de su casa y allí dicen que salmodiaba no sé qué cantares, al mismo tiempo que golpeaba sartenes viejas y almireces y latas vacías, como si celebrara una fiesta con los demonios.

Pese a esta fama, madre decidió llamarla. Don Anastasio lo supo, pero no nos dijo nada. Él miraba a madre, y veía bien su dolor.

–¿He hecho mal, don Anastasio? –le preguntó madre luego.

–Mujer... Yo te comprendo. Josillo no mejora. Yo... Eres su madre y quieres verlo bueno, eso es todo.

Julia no comprendía. Julia se había puesto las manos en la cabeza y a punto estuvo de echar a la lumbre las hierbas que dejó María Jesús.

–Es una bruja. No deben hacerle caso.

Madre te remetía por los costados las ropas de la cama. Tú eras algo muerto de cintura para abajo. Y creo que aquella muerte ascendía hacia la parte superior del cuerpo. Yo no podía verte. Madre me había dicho: “¿Llamo o no a esa mujer?” “Haz lo que quieras”, le respondí. Luego, cuando Julia le decía que había hecho mal, que todo el pueblo estaba asombrado, ella nada respondía, mirándote. Después me hablaba a mí:

–¿Te importa lo que digan en el pueblo, José?

–No. No me importa –le respondía.

Ella te acariciaba entonces, diciendo:

–¿Es que existe algo después de nuestro hijo? ¿Es que hay un pueblo y un mundo? ¿Qué nos importa a nosotros lo de por ahí si lo nuestro, casi todo lo nuestro, está aquí, en esta casa, muriendo?

No podía oírla. A veces, el abuelo la llamaba y ella no se movía. El abuelo volvía a llamarla y entonces madre cerraba la puerta del cuarto y se quedaba a solas contigo, acariciándote, llorando. La voz del abuelo entraría allí sin fuerza. Decía:

–Ya no me quieres, Luisa. Ya no me haces caso: me maltratas...

Era Juana la que tenía que cuidarlo; pero él, casi siempre, rechazaba a Juana.

-Quiero que venga tu madre -le decía.

-Está con Josillo.

-¿Y no puede venir? ¡Ah, tu madre, tan bien como me cuidaba...!

Me iba al campo con el corazón partido. Iba al maguejo, y me sentaba al abrigo del chozo. Allí, hijo, lloraba, envidiando las piedras, aquellas piedras que habíamos sacado de los hoyos y recogido luego para hacer el albergue; las envidiaba porque las piedras viven en un mundo muerto, porque no tienen corazón, porque no lloran aunque las partas, porque no se quejan aunque las empujes con violencia. A veces tomaba una de aquellas piedras y pasaba por encima mis temblorosos dedos, diciendo:

-Te envidio, piedra, te envidio. Quisiera ser como tú eres, quisiera ser una piedra como tú y estar aquí, apretada entre otras, fría, muerta.

Y mis lágrimas mojaban aquella piedra, que al fin yo tiraba con violencia contra las otras, o bien la dejaba caer lentamente sobre la tierra.

También me daban envidia los pájaros. Un día, cuando el temporal de nieves, había sentido lástima de ellos, pero ahora creo que los odiaba. Sentía envidia de ellos, felices en su mundo de libertad, felices en aquel cielo azul, rompiendo la calma de los días soleados con sus gorjeos, posándose luego entre los trigales que se mecen. Sentía envidia de su vida inconsciente, feliz, y quizá por eso empezara a odiarlos, porque ellos, entonces, parecían burlarse de mí, con sus cantos. Los miraba con ojos enrojecidos.

-No. No tenéis derecho a burlaros de un hombre como yo -les decía-, que fue, quizás, el único que llegó a compadeceros y a comprenderos, en aquellos días tristes.

Pero era igual. Venían hasta la orilla del chozo, con aquellos gorjeos que me herían, porque todo lo armonioso del canto era, para mí, como algo que raspaba mis oídos sin alegría. Deseé que alguno de aquellos pájaros se posa-

ra a mi lado para aplastarlo, si podía, tirándole una piedra. No venía ninguno.

–¡Ah, bandidos...! –les decía.

Y luego, Josillo, luego, hijo, cuando yo lloraba de rabia, llegó junto a mí, posándose entre las piernas, una hermosa alondra. Había escuchado como un silbido, como un ruido de cohete que sube hacia las estrellas en noche de feria, junto a mi cabeza, alejándose después: un ruido que te roza y se pierde, débil, en la distancia. Y, de repente, me encuentro con aquella avecica allí, mirándome asustada. El gavilán casi me había rozado, huyendo luego, quizá dando por perdida su codiciada presa. No me costó ningún esfuerzo coger la alondra. Alargué una mano y la tomé con la facilidad con que se toma el vaso de vino que te ofrecen. Ella me miraba, suplicante. Yo ya tenía en mis manos uno de los pájaros odiados. Ya podía vengarme... La alondra se apretaba, se empequeñecía en la palma de mi mano, dentro de mi mano. Notaba su temblor. Sus ojos seguían mirándome. ¿Qué suplica había en ellos? Empecé a apretarla en los riñones. Tembló más. En mi mano quedó un excremento blando y blanco.

–¿Por qué cantáis? ¿Por qué os burláis de mí? –le dije mientras apretaba bajo sus alas.

Pero el pájaro no podía responderme. Ni siquiera con sus ojos, porque sus ojos ya estaban cerrados. Luego la apreté con rabia, estrujando el calor último de su vida acabada; la apreté con rabia, sí, pero no con una rabia nacida del odio, sino con una rabia que brotaba del dolor, de aquel nuevo dolor; el de ser asesino de una avecilla inocente.

–Te he matado, alondra... –le dije-. Huías de las garras del gavilán y te he matado yo... –añadí.

Y, aunque el sol ya caía, aunque el crepúsculo llegaba, aún seguí mucho tiempo sentado orilla del chozo, y ya no odié las piedras, ni los pájaros, que habían enmudeci-

do; ya no odié nada ni a nadie. Dejé que la noche me besara; dejé que las estrellas, que también parecían burlarse con su titilar, se posaran sobre mí. Luego, a tientas, busqué un lugar limpio de hierba, hice un hoyo y enterré el pájaro. Después tomé la capacha, me la eché al hombro y, lentamente, paso a paso, sin ninguna prisa, regresé al lugar.

CAPÍTULO IX

Las horas hermosas de otro tiempo se convirtieron en horas largas, tristes. Yo me iba a la era y trabajaba solo, o trabajaba en compañía de Juana, que me ayudaba lo que podía, mucho a veces, aunque a mí me pareciera que tú, en su lugar, hubieses trabajado doble. Pero tú ya no podías venir a la era, ni al rastrojo. El abuelo tampoco. Y madre tenía que cuidarlos. Los días de este verano, pues, eran más largos que los días de otros veranos. Las horas no parecían tener fin, y en la calle y en los caminos el sol se recreaba, despiadado, sobre el polvo ardiente. Ya no había madrugadas felices, igual que cuando tú voceabas desde la cama pidiendo alguna prenda para vestirte, y el abuelo regresaba de hablar del tiempo con otros viejos que, como él, habían salido a las afueras del pueblo, y Juana canturreaba, y los pájaros parecían interpretar un concierto de ilusión para nuestros oídos sin dolor. Esto había muerto. Y oía el taconeo de las mulas y el rodar de los carros que salían por mies, y me levantaba, sin ganas de trabajar, sin ilusión, y me iba al rastrojo o a la era. El campo me parecía que estaba desierto, sólo Juana y yo en él; como si no hubiera árboles ni pájaros. Porque a veces, sí, las gentes nos preguntaban por ti y nos decían unas palabras de consuelo, pero luego, en seguida, empezaban a hablarnos de sus segadores o del trigo que habían aventado. Nos parecía que estábamos solos, totalmente solos, y que la tierra desierta se ensanchaba como para hacernos más insignificantes sobre ella. Los atardeceres, sin embargo, nos traían el eco de un trabajo feliz: traqueteos de carros cargados de trigo, voces de hombres que aventan o recogen una parva trillada, risas de muchachas que salen a llevar la merienda-cena a los hombres de las eras, gritos de los muchachos que arrear las mulas enganchadas en los trillos... Y el piar alborozado de los pájaros que buscan entre las hojas de

los árboles un sitio para dormir. No estábamos solos. El campo no era un desierto. Un pequeño mundo de trabajo e ilusión rebullía a nuestro alrededor. Y a nuestros oídos llegaban, también, de vez en cuando, palabras de consuelo. Pero a mí me parecía que todas aquellas palabras eran como algo hueco, algo tan indiferente como el viento que sopla al atardecer.

Cuando se ponía el sol, mandaba a Juana a casa y yo me quedaba aún en la era. El mulo comía en la mies y luego se restregaba, feliz, en el rastrojo. Me sentaba bajo los árboles y permanecía quieto, estático, no sé cuánto tiempo. Oía el piar de los pájaros sobre mi cabeza. Luego se hacía el silencio, oyendo sólo algún apagado aleteo. De otras eras me llegaba el rumor de conversaciones, el eco del trabajo que acaba. Los carruajes se iban, cargados, hacia el pueblo. Al mirar hacia las casas, veía las paredes de un blanco lechoso y los tejados grises y las luces amarillentas, una aquí, otra allá. Me llegaban risas de niños, risas de niños sin dolor, y entonces, la noche ya sobre mí, me sentía morir un poco. Oía también una música débil, mortecina, una música que me llegaba desde algún patio regado, saltando por las eras, por sobre los montones de mies trillada, que aparecían ante mis ojos como gibas enormes, de un color plateado bajo las estrellas que bailaban. Ladraba un perro, y otro, y el nuestro, correteando de aquí para allá por la era, y yo distinguía en las sendas figuras de hombres silenciosos que venían, con las mantas al hombro, a dormir sobre la mies. Oía luego cómo algunos de estos hombres le regañaban a su perro, y cómo canturreaban después. Yo aún permanecía un buen rato bajo los árboles. Al fin me levantaba. “El pueblo duerme ya”, me decía. Tomaba el mulo de ramal y salía al camino. No deseaba encontrarme con nadie. El perro me seguía, ladrando.

–Cállate, picho⁵⁴...

Era mejor no encontrarme con hombre alguno. Mis labios y mis ojos se romperían al pronunciar palabras. Pero, muchas veces, aún me encontraba con algún vecino que venía a dormir junto a la mies que era su pan.

–¿No te quedas en la era, José? –me preguntaba.

Le decía que no, o que volvería más tarde.

–Por el chico, ¿sabes? –añadía.

–Ah, claro... –decía el vecino.

Y se alejaba, murmurando:

–Yo voy a ver si me tiendo, que está uno “molío”...

Su figura, como una sombra que se mueve, era absorbida por la noche. Sus palabras, tan naturales, llegaban a mis oídos como rociadas por no sé qué cosa áspera que hiriese.

No quería quedarme en la era, primero, por si te pasaba algo y madre me necesitaba; segundo, porque otras veces, a esas horas, tú estabas conmigo y me ayudabas a extender las mantas, y en ocasiones hasta te quedabas a dormir allí, aunque esto no le gustaba mucho a madre, “por si coge el relente⁵⁵”, decía. Ah, tu madre... Ahora no quería quedarme en la era, digo. Venía a casa, daba agua al mulo, lo metía en la cuadra, sacaba unas mantas al porche y hacía la cama aquí. Madre me traía la cena.

–¿No entras a verlo? –me preguntaba.

–¿Se queja? –preguntaba yo.

–A veces. Es como si se ahogara...

Pasaba a verte. Una luz débil en la habitación. Olor a medicinas, olor al linimento de los masajes que te daba Julia. La respiración tuya, anormal. Y ninguna palabra. Tus

⁵⁴ *picho*: perro. Úsase en sentido despectivo. ¡Picho!, interjección con que se echa a un perro enojoso (Serna, 294).

⁵⁵ *por si coge el relente*: el relente es la humedad de la noche. Para algunas personas, esa humedad podría producir algún tipo de enfermedad.

labios entreabiertos, pero mudos. Sólo algún débil quejido. O, también, algo que quizá fuesen palabras, palabras muertas por la enfermedad que te mataba. Pasaba a verte como a la fuerza, fíjate, hijo. Pero esto lo hubieses comprendido tú: después de un día interminable bajo el sol que parecía feliz quemándonos, yo no tenía fuerzas para estar a tu lado viéndote morir. Salía de nuevo al porche. El abuelo roncaba ya. El abuelo me parecía un hombre sano, de magnífica salud, ahora. Juana se había quedado dormida en una silla, como una vieja. Madre se echaba conmigo un rato, para luego volver a tu lado.

-¿Qué? -le preguntaba.

-Don Anastasio aconseja que vayamos a ese médico de la capital.

Silencio. Yo pensaba en la cosecha, que tendría que apresurarme a vender.

-¿Querrás que lo llevemos?

-Sí, Luisa. Vamos a llevarlo, aunque...

-¿Crees que...?

-La muerte, que le llegó de pronto a las piernas, le sube para el pecho. Yo lo sé, aunque don Anastasio no lo diga. Yo...

-La muerte... -decía madre, y sollozaba, apretándome las manos.

Luego, yo le preguntaba que cómo habíais pasado el día.

-Mira... Como todos -contestaba.

Solía venir Julia, y alguna otra vecina. Madre regaba el porche y sacaba la mecedora para sentarte a ti. Ellas cosían y tú las mirabas embobado, sin ninguna expresión en los ojos, que ya no tenían el brillo de antes, y madre, al contemplarte, suspiraba. Dejaba la puerta abierta y así, alguna mujer, al pasar por la calle, te veía, deteniéndose para preguntarte:

-Qué, Josillo: ¿estás mejor?

Tú la mirabas fijamente, sin responder. Miraba la mujer a madre, y madre le decía:

–Ya ves...

La mujer se iba y hacía comentarios con la primera que se encontraba a su paso. Madre se acercaba a ti y te remetía la manta debajo de las piernas muertas, y luego, a cada instante, movía el mosquero⁵⁶, porque las moscas parecían más felices posándose en tu cara sin alegría. En algunos momentos tú te excitabas, y madre y Julia y todas las demás mujeres se alarmaban.

–¿Qué es? ¿Qué le pasa?

Tardabas en calmarte. Ellas no los habían oído, pero tú sí. Tú ya habías escuchado unas voces, o el rebote de los cantos en un tejado. Tú ya sabías que un grupo de niños, entre los que siempre se encontraba alguno que fue de tu pandilla, iba a pasar por la calle. Estaban en la plaza y habían tirado cantos al tejado de la iglesia y a los olmos. Ahora pasarían por la calle, hacia las eras, y tú los verías. Madre al fin comprendía.

–Es que vienen por ahí los chicos –anunciaba a las vecinas.

Y ellas le preguntaban si sería mejor cerrar la puerta.

–No –decía madre–. Yo saldré a decirles que si quieren pasar unos instantes.

Y madre salía a la calle e invitaba a los chicos a que entraran unos momentos, si querían, a ver a “su” Josillo. Y los chicos entraban, con los tirachinas en la mano o colgados al cuello, y se acercaban, preguntándote que cómo estabas, tímidos, mirando a un lado y a otro con asombro. Tú decías unas palabras que apenas entendían, y luego, al instante, tus ojos empezaban a derramar lágrimas. Los chi-

⁵⁶ *mosquero*: ramo o haz de hierba o conjunto de tiras de papel que se ata a la punta de un palo para espantar las moscas, o se cuelga del techo para recogerlas y matarlas (DRAE).

cos se retiraban, mirándose unos a otros asustados. Madre salía con ellos hasta la calle y los acariciaba, sin poderles decir ni una sola palabra.

Por las noches, aquellas noches que madre se echaba un rato conmigo en el porche, era cuando me contaba todas estas cosas, y luego volvíamos a hablar del viaje a la capital:

-Sí, lo vamos a llevar -decía yo.

-Lo llevaremos y a ver si quisiera Dios que... -decía ella.

Yo la acariciaba.

-Esto es duro, Luisa. Demasiado, para ti.

-Y para ti también, José.

Suspiraba.

-Ay, mi Josillo...

Se levantaba e iba a tu lado. Yo miraba las vigas del porche. Entornaba los ojos luego y, poco a poco, agotado por el cansancio y las emociones, oyendo muchas veces la canción de unos mozos trasnochadores, me quedaba dormido.

CAPÍTULO X

¿Por qué cantaban a aquellas horas? ¿Había habido siempre mozos trasnochadores? Sí. Creo que sí, aunque yo nunca me recogiera más tarde de la una. Habrían estado de cena y luego prolongarían la juerga, quizás en un patio, al fresco, bebiendo vino y licores, hasta las cuatro de la madrugada. Porque eran las cuatro cuando madre y yo teníamos todo a punto para salir. No faltaba más que uncir el mulo en el carro, ponerte a ti sobre el colchón, subir luego nosotros y echar a andar. Yo, al sacar el carro a la calle, oí las canciones y luego la conversación de los jóvenes, un tanto acalorada durante unos momentos, como si fueran a reñir. Oí también el ruido de vidrios rotos. Creo que habían tirado una botella contra una pared. Sí, habían tirado una botella...

-¿Y por qué? -dijo uno entonces.

-¿Querías beber más, Eduardo? -preguntó otro.

-La has hecho buena con tirar la botella...

Se olvidaron del incidente y otra vez empezaron a cantar, abrazados, bajo la amarillenta luz de la bombilla. "El vino que tiene Asunción no es blanco ni es tinto ni tiene color..." Se acercaban al carro. Madre estaba a tu lado. La oí decir:

-¿No unces el macho, José?

-Ahora -le dije.

Y esperé a que los jóvenes pasaran. Pero los jóvenes no tenían prisa y se detuvieron a unos metros del carro. Voy a la cuadra y saco el mulo. Nos íbamos a la capital a que te viera uno de los mejores médicos. Era el dieciséis de agosto. Los jóvenes que cantaban habían alargado la fiesta de la Virgen hasta la madrugada. Tal vez estuvieron en el río el día anterior. Esos días de fiesta, acabada ya la faena de la trilla, va mucha gente al río. Nosotros también habíamos ido otros años. Y lo habíamos pasado muy bien.

Pero ahora no puedo hablar de eso. Aquella madrugada era diferente a todas las madrugadas para nosotros. Íbamos a que te viera un médico famoso de la capital. ¿Nos serviría de algo? Aún teníamos esperanzas. El día anterior, por la noche, nuestra casa se había llenado de gente.

-¿Lo lleváis por fin? -preguntaban todos.

-Sí, vamos a ver...

-Dios quiera que tengáis suerte.

Vino Manuela, la de Sergio el alguacil, y te tomó las manos. Tú echaste la cabeza hacia atrás. Te molestaría su aliento, siempre con olor a vino.

-Ah, si pudieras ir esta noche a mi melonar -se lamentó-; si pudieras ir, Josillo, a quitarme un melón marcado...

También entró María Jesús, que dijo, entre dientes:

-No, no lo curarán...

Fui junto a ella y la zarandeeé.

-¿Qué dice?

Ella se apartó de mí y salió de casa murmurando palabras que nadie entendía. Yo, por un momento, deseé echar fuera de casa a todas las mujeres que habían entrado. Estaba de mal humor, irritado. Aquello parecía un duelo ya, una suspira ahora, otra luego; pero comprendí que estaban allí porque nos apreciaban y porque querían darnos, con su presencia, un poco de ánimo. Me calmé poco a poco. Madre había preparado lo que llevaríamos de merienda, y Juana fue a buscar unos panes blandos, pues en casa, con tanto trajín, no había ahora tiempo para cocer. Preparar la merienda, y el carro, y nuestras ropas, para salir, lo habíamos hecho muchas veces, y siempre con alegría: era cuando preparábamos para otros viajes que entonces, al realizarlos, no nos parecían felices; era cuando preparábamos para ir al río, a las fiestas un pueblo vecino o de compras a la capital. Madre, ahora, había cocinado en silencio, y Juana, luego, cuando salió a buscar unos panes,

que había encontrado a sus amigas en la calle, las retuvo después en el porche, porque las amigas de Juana, sin dolor en sus casas, no pasaban un minuto sin que sus risas –por la mínima cosa– salieran de los labios.

Saqué el mulo y lo uncí en el carro. No faltaba más que sacarte a ti. Los mozos no se habían movido, y ahora reían y hablaban en voz baja. Luego miraron hacia el carro y oí a uno:

–Ése es José, el de la Luisa. ¿Dónde irá a estas horas?

Tu madre decía:

–¿Lo llevo ya?

–Espera –le dije.

Los mozos se acercaron al carro. Uno cantaba ahora y el otro luego. Sus risas se rompían contra la noche indiferente. Madre dijo:

–Que vamos.

Y entonces miré hacia el porche y vi que te sacaban entre ella y Juana. Juana iba en camión y, al ver a los mozos, te soltó y estuviste a punto de caer al suelo. Madre tuvo que hacer doble esfuerzo.

–¡Juana! –dijo.

Pero Juana ya estaba en la cocina. Los jóvenes decían:

–¿Va al melonar, José?

Cuando dejé el mulo, aunque estaba algo inquieto –por la presencia de los muchachos–, y corrí junto a madre y te tomé en mis brazos, ellos comprendieron al fin que nos íbamos, y uno, Eduardo, el de Santos el molinero, que parecía más formal, se apresuró a ayudarme. Otro sujetó el mulo, tomándolo del ramal.

–Perdone usted, José –murmuró Eduardo–. Nosotros, esta noche...

Te miró a ti, añadiendo:

–Sabíamos que Josillo estaba malo, pero...

Tú ya estabas en el carro. Madre subió y te arropó bien. Yo cerré las portadas, eché la llave por la gatera, tomé el mulo del ramal y emprendimos el camino. Los jóvenes parecían mudos ahora. Si hablaban, lo hacían en voz baja. Luego nos gritaron, deseándonos suerte.

–Gracias –les dije.

Y, antes de doblar la esquina, oímos la voz de Juana:

–¡Madre! ¡Padre...!

Se asomaba por la ventana. Los muchachos la miraron, quizá sorprendidos al oír aquella voz ronca, desfigurada.

–Vete a la cama, hija –le dijo madre.

Y oímos la ventana al ser cerrada. Nos había dicho la víspera: “Me quedo sola con el abuelo...” “No hay más remedio”, le dijimos. “A lo mejor no quiere que me acerque a él”, argumentó. “Querrá”, afirmamos. Y ahora ya estaba sola con el abuelo. Yo, antes de salir a las afueras del pueblo, volví la cabeza y vi a los jóvenes parados en la esquina. Miraban hacia el carro. Luego vi que se sentaban en el suelo, junto a la pared, sin deseo, seguramente, de marcharse a la cama. Un oído empezó a chillarme, y, si he de creer lo que dice la gente, alguien –tal vez los muchachos– estaba hablando de mí.

Los gallos ya habían cantado, y una claridad gris empezaba a verse por oriente. Los pájaros se removían entre las hojas de los árboles y en los aleros. Pronto empezarán con sus gorjeos, con su música feliz. Yo hubiese querido detener el tiempo entonces y hacer el camino entre sombras rodeado de silencio, porque el gorjeo de los pájaros seguiría siendo para mí una música que hiere los oídos con dolor. Hubiese querido ir así, bajo las estrellas, que morían, por aquel camino que nos llevaba donde quizá hallásemos una esperanza para ti. Pero la claridad aumentó y los pájaros ya reían y cantaban, regocijados, sus mejores cantos, la suave y olorosa brisa besando sus plumillas ahuecadas.

Las alondras ya subían y revoloteaban sobre los rastrojos, y bandadas de palomos azules salían de las quintas para posarse sobre los surcos recién abiertos por el arado. El sol salía entonces, como una bola gigante y sin fuego, empezando a subir poco a poco por más allá de unas pequeñas, insignificantes nubecillas que se vistieron de sangre. El mulo andaba a buen paso, y a mí me dolían los movimientos del carro por el camino bacheado. Te miraba, y sin hablarte, quería decirte que hubiera deseado para mí todo el dolor que había en tus carnes muertas. Madre te arropaba y, cuando llegamos a la carretera alquitranada, respiró hondo, porque el carro rodaría ya suavemente por ella.

La ciudad estaba cerca y el viaje, si seguía como hasta ahora, no iba a ser malo. Mas, de momento, tú empezaste a excitarte.

–¿Qué le pasa? –pregunté a madre.

–Me parece que quiere... Es la hora... ¿Qué hacemos? Habrá que bajarlo.

Te miré unos instantes. No era cuestión de perder tiempo. Un poco más adelante, a la derecha, se veían unas paredes derruidas, casi totalmente cubiertas de anuncios. Arreé el macho y luego lo detuve a la altura de aquellas paredes. Cerca estaba el paso a nivel y una casilla de peones camineros. Podíamos haber seguido por si necesitábamos la ayuda de alguien, pero decidí, de momento, bajarte y ponerte junto a la pared casi cubierta de anuncios. Los automóviles pasaban veloces, y el dolor nuestro no llegaba más allá de la cuneta salpicada de hierba seca. Un tren se acercaba y el mulo empezó a poner las orejas tiesas, a moverlas, y por unos momentos no supe si seguir contigo en brazos o dejarte en los de madre, o en el suelo, y sujetar el animal, pues, aunque manso, el tren siempre lo asustaba. Fue madre la que corrió para sujetarlo mientras yo te llevaba junto a la pared. El tren se acercaba al paso a nivel. Era de mercancías, muy largo, y parecía un cordón

de oscuras y gigantes orugas. La vía discurre paralela a la carretera, primero a la derecha, según se va hacia la capital, y luego a la izquierda. Por todo el ancho y llano campo se ven blancos caseríos, solitarios. Ahora había paja, montones de paja muy grandes, en las eras. En el campo aún quedaban tresnales⁵⁷, y por los rastrojos empezaban a verse las galeras cargando mies. Yo te sostenía, mientras miraba a madre y luego hacia un lado y otro. Te pregunté, tontamente, si habías terminado, y fue madre la que respondió:

–No. Lleva poco tiempo.

El tren ya pisaba la carretera, primero la locomotora, después, naturalmente, los vagones, haciendo las ruedas de todos un ruido de tac tac, más elevado que lo suele hacer siempre. El guardabarrera había dejado las vallas y ahora miraba al tren y levantaba la mano y el banderín rojo enrollado para saludar, tal vez, al maquinista y al fogonero. El mulo se movió, pero madre fue valiente, sujetándolo de junto al morro con fuerza. Yo miraba ahora el cordón oscuro, que se doblaba en la curva, en su marcha hacia la ciudad. El ruido, aunque el tren estaba cada vez más lejos, se había hecho mucho más sonoro, y a mí me dio la impresión de que venía, en vez de alejarse. Vi que el mulo se tranquilizaba y llamé a madre para que te arreglara la ropa, pues comprendí, además, que habías terminado. Luego te pusimos entre los dos de nuevo en el carro. Los ocupantes de un automóvil nos vieron y por un momento me pareció que se iban a detener para preguntarnos si nos pasaba algo, pero no fue así, y el coche se perdió pronto más allá del suave repecho. Ya estabas otra vez en el colchón. Arreeé el mulo. Madre suspiró, diciendo:

⁵⁷ *tresnales*: conjuntos de haces de mies apilados en forma de pirámide para que despidan el agua antes de llevarlos a la era (DRAE). Chacón matiza, apuntando que el tresnal es un conjunto de doce haces de mies apilados (153).

–Menos mal que ha sido aquí..

No la comprendía. ¿Era aquél el mejor sitio? Tal vez hubiera sido peor en la ciudad, sí, aunque hubiésemos encontrado donde llevarte, porque en la ciudad había gente y pronto habríamos tenido a nuestro alrededor un grupo de curiosos, personas que quizá se hubieran condolido, pero que después, al instante, se habrían marchado, indiferentes.

Estábamos a unos cuatro kilómetros de la ciudad cuando madre dijo que sería mejor tomar un “bocao”, pues luego Dios sabría cuándo podríamos comer. Me pareció bien y ella tomó la cesta de mimbre y sacó un talego y fiambreras. El almuerzo era como otros almuerzos comidos en otros viajes, pero a mí me parecía diferente. La tortilla tenía el mismo gusto que otras tortillas, y yo, sin embargo, la encontraba como amarga, como si hubiera sido hecha con espárragos no muy fritos o algo quemados. Las tajadas eran muy ricas, y yo las encontraba sin sabor, como si hubieran estado metidas en agua en vez de en la orza con abobo. Y no había palabras. Comíamos en silencio. O, si hablábamos, era para decir:

–Por aquí almorzábamos también otros viajes.

–Sí..

Y era cuando nos parecía, a los dos, que el almuerzo, este almuerzo de ahora, tenía un mal sabor. Luego fui yo el que dije:

–¿Tendremos suerte, Luisa?

–No hago más que pedírselo a Dios –dijo madre. Y suspiró.

Ya llegábamos a la ciudad, temprano aún. Tú habías tomado un poco de leche de la botella que madre llevaba en la cesta. Parecías tranquilo. Nos detuvimos unos instantes en consumos.

–¿Algo de pago? –nos preguntó un empleado.

–No, no, señor –le dije.

–¿Ningún animal vivo, ni melones?

–Sólo merienda y dos sandías chicas.

–¿No llevan vino, ninguna bombona de vino? –preguntó aún, mirando desde abajo, alzándose de puntillas.

–El de la bota, señor –le dije. Y añadí, ofreciéndose-la–: ¿Quiere probarlo? Eche un trago. Es un blanco muy bueno.

El hombre sonrió y tomó la bota, bebiendo un buen trago, que paladeó después.

–¿Lo cosecha usted? –preguntó.

–Sí, señor. Es de la casa –le dije.

–¡Buen vino! –exclamó, y me devolvió la bota como con lástima.

Nos despedimos y el empleado se acercó a otros carros que llegaban. Arreamos el mulo hacia la casa del médico, que estaba, según nos había dicho don Anastasio, por una calle cercana a la estación del ferrocarril. Yo tenía un temblorcillo por todo mi cuerpo. Recuerdo que, al detenernos frente a la clínica, la gente que andaba por la calle se acercó al carro para verte. Eran los curiosos que madre y yo temíamos. Unos no decían nada, como el empleado de consumos, que sólo se interesó por si llevábamos cosas de pago, alabando luego el vinillo, sin decirnos absolutamente nada de ti, aunque supongo que te llegaría a ver allí entre las mantas. Otras gentes, aquí, en la calle, alargaron sus manos para ayudarnos, y aquello, unido a los comentarios que hacían, hizo que se nos humedecieran los ojos. Tanto madre como yo nos sentíamos tímidos, encogidos, dentro de la clínica ya, donde una enfermera nos pedía le dijéramos tu nombre. Madre pudo decirle, casi tartamudeando, de dónde veníamos y de parte de quién. Luego le dio una carta que el día de antes nos había entregado don Anastasio. La enfermera, después de dejarnos en el patio, que ahora, en verano, servía de sala de espera, se marchó, para volver al poco, diciéndonos que el médico te vería

en seguida. Madre le dio las gracias y luego se acercó a ti, sentado en la mecedora que habíamos traído atada en la trasera del carro.

–¿Lo verá pronto, ha dicho? –le pregunté.

–Sí. Creo que sí.

–¿Me daría tiempo para llevar el carro a la posada?

–Llévalo, sí; mejor será, porque el mulo en la calle...

Fui a una posada que estaba cerca. A madre la rodeaba ya un grupo de mujeres, enfermas unas, familiares de enfermos otras. Vi que el patio tenía el piso de cemento, y que de los cuatro ángulos venían hacia el centro, donde había una boca de sumidero, como unos canalitos de ladrillo rojo. Junto a las paredes había bancos y entre éstos unas macetas con claveles y geranios raquíticos. Había visto a hombres y mujeres, los hombres vestidos todos como yo, con trajes de pana o con blusa de dril, negra, y se tocaban con gorra. Se paseaban de un lado para otro y fumaban. Algunos hablarían de la cosecha, de las tierras de su aldea. Las mujeres vestían de negro, con grandes faldas ahuecadas, y llevaban pañuelo de seda a la cabeza. Tenían al lado las grandes cestas de mimbre o las alforjas de tejidos listados. Madre tendría que contarles a todas aquellas gentes la historia de tu enfermedad.

No quería detenerme nada en la posada. Metí el carro en un porche, bajo los arcos, y llevé el macho a la cuadra. El mozo se encargó de guardar en un cuarto la merienda y las ropas. En la cuadra, cuando le echaba pienso al mulo, de prisa, precipitadamente, me topé con unos aldeanos conocidos que tenían sus caballerías en los pesebres de al lado.

–¡Hombre, José! ¿Qué haces tú por aquí?

Les saludé y les dije por qué me encontraba en la capital.

–¡Ah, caray...! Eso es lo peor.

Y no sé si comentaron algo más, porque a mí me

pareció oírles a continuación que cómo había sido la cosecha. Les dije que regular, y me despedí, prometiéndoles que ya hablaríamos luego, si volvíamos a vernos.

No os venía en el patio, y las gentes que esperaban me lo dijeron:

–Lo están viendo.

Antes de que me moviese, llegó junto a mí la enfermera que nos había atendido al entrar.

–Venga –dijo–. Está en rayos. Tendrá que esperar en esta sala.

Me senté en una butaca, pero en la misma orilla, como si el asiento, tan mullido, estuviera cubierto de abrojos. No sé cuántas cosas pensé hasta que vi abrirse la puerta de la sala de rayos. La enfermera había ido y venido de un lado para otro. Ahora se acercó para ayudar a madre. Te pusieron de nuevo en la mecedora y la arrastraron por salas y pasillos. Los médicos y un ayudante hablaban. Uno de los doctores se sentó luego frente a una mesa blanca y escribió en un bloc. Yo ya estaba de pie hacía rato: había saltado de la butaca como si ésta tuviera un resorte, apenas ver que se abría la puerta de rayos.

–¿Es usted el padre? –me preguntó luego el doctor que había escrito no sé qué en una hoja blanca.

–Sí..., sí, señor. Para servirle –le dije.

Madre se había puesto a mi lado; tú estabas en una sala inmediata. El médico me tendió el papel.

–Aquí explico cómo ha de aplicársele el tratamiento.

Fue madre la que tomó el papel, mirándolo como si allí pudiera leer algunas letras que dijeran: “Mi hijo se curará, mi hijo se curará...” Luego me lo dio a mí.

–Guárdalo.

Los médicos pasaron a otra sala donde aguardaban enfermos. La enfermera quedó con nosotros.

–¿Qué nos puede decir usted? –le preguntó madre.

-Mejorará -dijo.

-¿Cree de verdad que podrá mejorar? -le pregunté. Y dije en seguida, sin darle tiempo a que respondiera-. Aunque casi nos es igual que mejore o no... (La joven me miró asombrada.) Lo que su madre y yo deseamos es que viva, aunque sea así.

La enfermera agachó la cabeza.

-Claro... -dijo.

Luego, fue madre la que le preguntó cuánto teníamos que pagarle. Ella fue entonces a la sala donde estaban los médicos y, al volver, nos dijo que doscientas cincuenta pesetas. Saqué la cartera, que era muy vieja y la sujetaba con una goma, mientras madre me decía:

-Hala, date prisa, José.

Entonces, al quererme dar prisa, se me cayeron, por el nerviosismo, varios papeles, y la joven, antes que yo, se inclinó para cogerlos, sonriendo como con tristeza. Luego, fui a buscar un taxi para llevarte a la posada.

Los aldeanos conocidos estaban allí, en el comedor, puestas sobre las mesas de mármol sus grandes alforjas repletas de olorosa merienda.

-¿Qué os dijeron? -se interesaron.

-Está mal -les dije.

Luego, nos preguntaron que cómo habías “cogido aquello”, y madre les dio algunos detalles, aunque sin grandes deseos de hablar. Los aldeanos parecían interesados de veras y, también, de momento, algo preocupados. Te miraban y decían:

-¡Caray, caray...!

Y luego:

-Los males... Todos los males son una leche, pero éstos... Ver a un chico así...

Después nos animaban, diciendo que el médico al que te habíamos llevado era muy bueno, que había muchísimas medicinas nuevas y que... Y sus voces, ahora, me

parecían las de hombres satisfechos de la vida, que apenas si dan importancia al dolor ajeno.

–Se curará. Hoy, muchas cosas...;na!

Y contaban de las dolencias que habían tenido uno y otro: que si el ataque de reúma, ahora hace tanto tiempo; que si el dolor aquel que ahogaba...

–Nada. No preocuparos⁵⁸, hombre.

Comían ya sus recias tortillas y sus olorosos chorizos y sus panes cenceños, y yo les dije:

–Sí, tenéis razón... –apenas sin mirarlos.

Madre no les dijo nada, mirándote a ti.

Salí a comprar las medicinas, casi un montón, y, al regresar, nos pusimos a comer. Madre pidió a la posadera que hiciese una tortilla francesa y un trozo de merluza para ti. Comiste muy poco. No estabas tranquilo. Madre y yo hicimos poca mella⁵⁹ a la merienda también. Lo seguíamos encontrando todo desabrido, aunque tuviese el rico sabor de siempre. El comedor estaba lleno de ruidos, por las voces de aquellos aldeanos y trajinantes⁶⁰, que entraban y salían aireando sus blusas cortas, con el sombrero de ala tiesa echado sobre el cogote y la tralla del látigo al cuello. Madre se sintió de pronto un poco indispuesta y salió, regresando antes de dos minutos, pues el retrete –dijo– apestaba y apenas si se podía entrar.

El día no era, naturalmente, como otros que habíamos pasado en la capital, y sólo esperábamos que el macho apurase el pienso para salir de la posada. Luego, hasta el mulo parecía pensar igual que nosotros, puesto que, al estar uncido en el carro, salió a un trote ligero y anduvo así hasta que la capital quedó bastante lejos, detrás. Después empezó a andar más despacio, mal, dando a veces como

⁵⁸ Forma incorrecta, de uso coloquial, en lugar de “no os preocupéis”.

⁵⁹ *hicimos poca mella*: comimos poco.

⁶⁰ *trajinantes*: personas que acarrean o llevan géneros de un lugar a otro (DRAE).

un saltito, y era que volvía a reproducírsele la matadura que tenía cerca de la cruz⁶¹ y le rozaba la silleta. Paré para arreglarle la manta lo mejor que me fue posible, pero el animal, de todas formas, ya no podía andar como antes, y esto hacía más largo el camino. Cerca del pueblo ya, el mulo hacía intentos de echarse al suelo, y entonces madre te abrazaba, apretándote contra su pecho. Yo ya no quise ir subido en el carro, llevando el macho del ramal, cerca del morro, procurando que anduviera despacio, porque lo que más me dolía era que, encima, el carro se moviese, que saltara, a consecuencia del camino bacheado. De vez en cuando, volvía la cabeza y le preguntaba a madre que cómo ibais. Y ella decía:

-Ya llegamos, ya falta poco...

Y te remetía las ropas por debajo de las piernas muertas.

⁶¹ *cruz*: en algunos animales, la parte más alta del lomo, donde se cruzan los huesos de las extremidades anteriores con el espinazo (DRAE). En esa zona es en donde el mulo tiene una matadura o herida producida por el roce del aparejo.

CAPÍTULO XI

Las sombras afiladas de los cipreses saltaron las paredes y se extienden por los campos en silencio. El sol va a esconderse. Se me ha ido la tarde aquí, quieto, a tu lado. Me acercaré al majuelo, tomaré la capacha, destrabaré el mulo y me iré a casa, poco a poco. Madre, desde ahora, empieza a esperarme.

Andrea ya ha vuelto. El pequeñín llora, a su lado, dentro de la cuna. Los pájaros vienen a posarse en los cipreses y en el olivo. Santiago, al ver entrar a su mujer, dejó la azada y se acercó a la casa. Pasó a mi lado, diciéndome:

-¿Aún no te vas, José?

-Ahora... -le dije.

-Te harás polvo -me ha dicho luego, alejándose.

Ahora habla con su esposa. De vez en cuando mira al niño y le hace una carantoña. Parece ridículo, pero Santiago es feliz en estos momentos, como lo era yo cuando aún podía acariciarte a ti.

Me voy. Siempre siento dolor en el pecho al alejarme de aquí. Luego, también, una gran paz. Muchas noches, después de haber pasado alguna o algunas horas del día en el cementerio, me parece que, al acostarme, tú estás allí, en la cama grande, entre madre y yo, y es como si los dos pudiésemos acariciarte. ¿Estás con nosotros? ¿Te acercas a nosotros alguna vez, Josillo? ¿Nos ves? ¿Nos esperas allá lejos, allá arriba en ese mundo azul? ¿Por qué, muchas veces, después de estar aquí, después de hablarte y llorar-te, me parece que vienes junto a nosotros y nos abrazas? ¿Por qué, en otras ocasiones, cuando empiezo a rezar por ti, mis labios dejan de moverse y el corazón se me queda como dormido? ¿Es que no necesitas que roguemos por ti? ¿Vives allá, en ese mundo suave que nos besa? ¿Estás en el cielo? ¿Qué músicas oyes? ¿Cantan los ángeles para ti? Hijo, hijo mío... A veces creo que es cierto que algún día

nos volvamos a ver, para estar juntos siempre, siempre, toda la eternidad, en ese mundo azul, suave y sin formas.

Me voy. Santiago y Andrea me miran. El pequeño ríe ahora.

-¿Te vas al fin? -me pregunta el sepulturero.

-El sol ya se ha puesto -le digo.

Andrea pela patatas. Me mira.

-He visto a Luisa -dice.

-¿Sí?

-Cosía en el porche -añade.

-Me voy -murmuro.

Santiago deja la silla y me acompaña hasta la puerta.

Las lápidas, las cruces y los lomos de tierra duermen bajo el crepúsculo y sobre las gentes de sueño eterno. Los pájaros gorjean aún. Por los caminos se oyen los carros que regresan al pueblo.

-Bueno, José... -dice Santiago.

-Éntrate -le digo.

-Hoy empieza la feria de la capital... -comenta.

-Sí. A estas horas.

-Las fiestas no se presentan bien siempre, para todos... -murmura.

-No... -le digo.

-Yo no sé si daremos una vuelta este año, aunque sea a última hora, por si tenemos que mercar algo.

-Debéis ir -le aconsejo.

-No sé... -dice-. La Andrea no está por salir. Por el niño...

Me despido. Echo a andar. Santiago entra en el cementerio. Cierra la puerta. Los goznes chirrían. El niño llora otra vez. Santiago lo habrá tomado en brazos. Vuelve a hacerle las fiestas: le oigo. Ella encenderá fuego en la cocinita del patio y se pondrá a guisar. Santiago habrá calmado al niño y jugará con él. Luego, cenarán, sentados bajo la amarillenta luz, orilla de los vergeles recién rega-

dos. Les rodeará un gran silencio. Las tumbas estarán ahí, a sus espaldas, y Andrea, pese al tiempo que viven aquí, no mirará para atrás. Santiago se quedará luego fumando un cigarro. Las lápidas tendrán un color plateado bajo la luna. Las sombras, afiladas, largas, de los cipreses, se romperán, muertas, sobre las tumbas. Santiago irá al fin junto a ella, a la cama conyugal, y, si todavía está despierta, quizá la mire y le hable y la acaricie, y, si la encuentra dormida, es posible que la bese, con suavidad, en la frente o en la mejilla.

El crepúsculo es largo, suave. El traqueteo de los carros, el rumor de voces, el ladrido de los perros se extiende por el campo somnoliento. Los hombres que trabajaron las tierras hablarán de la Feria. Los jóvenes hablarán con entusiasmo. Cuando yo llegue al pueblo, habrá varios corrillos en la plaza. Mañana, y en días sucesivos, saldrán muchos carros hacia la capital. Los carteles que anuncian las fiestas hace días que fueron pegados en la fachada del Ayuntamiento y en la Sindical, y en las fraguas y barberías. Casi todos los hombres del lugar han leído ya los programas de festejos, los carteles de toros. “La Feria... Nada. Lo mismo de siempre”, ha dicho el escéptico, el que, aunque después, lo mismo que todos, vaya, primero ha de llevar la contraria a unos y otros. Algunos han dicho que las corridas no serán buenas, porque ni los toros ni los toreros son como antes. Éstos son los que vieron las grandes tardes de Joselito y Belmonte. Otros hablan, con entusiasmo, de los toros y de los demás festejos. Cuando voy a la herrería a llevar la reja del arado, la encuentro siempre animada. A veces me marcho en seguida, porque la reja no me hace falta de momento y la dejo. En ocasiones, tengo que esperar a que la agucen. Entonces, oigo las conversaciones. Y tomo parte en ellas, aunque yo, este año, no tengo ganas de feria. Los hombres me animan y dicen que aún iré, aunque sea a comprar alguna cosilla.

–Sí, siempre hace falta mercar algo... –les digo.

El año pasado, la feria del año pasado, está muy cerca. Entonces tampoco tenía ganas de ir. Hacía un mes que te habíamos llevado a que te viera el médico de la capital. En casa hay poca alegría, entonces. Hemos de llevarte de nuevo a la clínica, precisamente por esos días. Pero madre ha dicho que hasta no pasar la Feria, no. Aunque vendría bien, por mi parte, dar una vuelta y ver si puedo comprar algo, comprendo que no iré. Eso les digo a los vecinos, a los que están en la herrería cuando voy a llevar la reja y me preguntan. Me miran. Luego miran una vez más el cartel de las fiestas. Hablan, entre el repiqueteo del martillo y el resollar del fuelle. Huele a carbón. Hay polvo, humo. Los hombres estamos sucios de tierra y no nos importa sentarnos en cualquier sitio, o recostarnos contra una pared ennegrecida. Hay hierros enmohecidos en los rincones. Ahí está, sobre la pileta, la muela para afilar las herramientas. Al pie del yunque hay herraduras desgastadas, que los herreros aprovechan para “echar puntas” a las rejas. Cuando sacan un hierro candente de la fragua, el oficial le pasa un escobón negro áspero y llena la herrería de chispas, de escorias encendidas, y entonces todos tenemos que hacernos hacia atrás, buscando la puerta, mientras nos sacudimos las ropas o nos descalzamos aprisa, si la chispa se metió en una abarca. De nuevo se mira hacia la pared donde está el cartel de la Feria y donde hay otros carteles de otras ferias, sucios, rotos ya, y carteles de corridas de toros en pueblos vecinos, con los nombres de los espadas casi borrados ya y los grabados deslucidos. Poco a poco la herrería se queda sin los hombres que hablaban. Unos y otros nos vamos, conforme tenemos la reja arreglada.

–Bueno, por “allí” nos veremos... –dicen muchos al marcharse.

Y los hombres, la mayoría de los hombres, al llegar a sus casas, siguen hablando de lo mismo. Las mujeres también están animadas. En los corrales, los pollos tomateros

gallean, ajenos a la tragedia que les aguarda. En todas las casas, la noche de la víspera, huele a ricas meriendas. Y las muchachas salen más alegres a dar una vuelta por las calles. Y los mozos hablan y ríen en los corrillos de la plaza. Es la ilusión que nace en todos porque llega la Feria, porque irán a la Feria.

Y esa misma ilusión la hemos tenido nosotros, toda la familia, otras veces. Ahora oiremos los carros cuando salgan, de madrugada, hacia la capital y diremos. “Como cuando íbamos nosotros...” Y recordaremos otras ferias. Recordaremos, también, la última, la del año pasado, cuando –al fin– fui yo, yo solo, ya ves, porque me empeñé en comprar una cabezada para el mulo y... y algo para ti.

Ya he dicho que en todas partes se hablaba, como siempre, de las fiestas de la capital. En la herrería había hablado con varios vecinos, diciéndoles que no iría.

–De haber ido con el chico... Pero la Luisa dice que después, al pasar estos jaleos, ya que nosotros, ahora...

Luego, al ir a afeitarme, me encontré en la barbería con muchos de aquellos vecinos.

–¡Hombre! ¿Al fin te animas? –me dijeron.

–Voy. Pero no mañana. Luego, así que⁶² vengáis casi todos, a lo último⁶³, por comprar algún aparejo –les dije.

Ya había convencido a madre, porque ella ni quería ir ni parecía dejarme ir a mí.

–Podemos llevar a Josillo –le había dicho–. Nosotros vamos a lo nuestro.

–Te he dicho que no quiero jaleos, José, y en la capital, ahora, no hay más que bullicio y alegría –afirmó.

–A Juana le hubiese gustado ir... –argumenté.

Tu madre me miró.

–¿Es que te da envidia, José? –dijo–. ¿Quieres ir?

⁶² *así que*: locución adverbial que significa “cuando”. Según apunta Chacón, es dicho por personas poco cultivadas (281).

⁶³ *a lo último*: locución adverbial que significa “al final”.

–Siempre fuimos... –le dije sin mirarla.

–Es verdad, siempre fuimos... –murmuró.

Y me consta que le dolía no estar, como otras veces, al pie del fuego haciendo la merienda para marcharnos.

–Yo había pensado comprar una cabezada para el macho... –me atrevía a decir.

–Bueno, si te empeñas en ir... –dijo–. Puedes ir, un día, compras eso y, si te parece bien, te acercas por la clínica y dices que Josillo está algo mejor –añadió.

El que tú estuvieses algo mejor me animaba un poco. Las medicinas te hacían respirar casi normalmente, y en algunos momentos tus ojos tenían un brillo de vida recuperada. Era, casi siempre, en los momentos en que venía Josefa y traía a casa su aparato de radio para que oyeras música. Lo hizo varias noches, durante el verano. Lo poníamos en el patio y luego te sacábamos a ti, sentado en la mecedora. La música, un mundo alegre, diferente, venía a tus oídos.

–¿Estás bien, Josillo? ¿Te gusta?

Esbozabas una sonrisa, y a madre se le humedecían los ojos al mirar a Josefa. A veces venía Julia y, entonces, Josefa quería marcharse, pero madre la retenía, haciendo que se sentaran juntas. Julia miraba a la vecina, y Josefa, luego, aunque no directamente, le hablaba. Madre se encontraba satisfecha, y yo pensaba en lo bien que estabas tú, allí en el patio, al fresco, cerca de los vergeles⁶⁴, oyendo el eco de un mundo en el que no cabía la tristeza. Y luego pensé que sería hermoso poder hacer llegar siempre a tus oídos el eco de aquel mundo. Y por eso, después, cuando decidí ir a la Feria, ya no era sólo por comprar un aparejo para el macho, sino por ver si podía traer, al mismo tiempo, algo para ti, algo bueno: un aparato de radio como el de

⁶⁴ *vergeles*: las mujeres llaman vergeles al conjunto de plantas que se crían en macetas. Su lugar habitual son los patios, preferentemente (Chacón, 67).

Josefa, o aunque fuese más chico, pero un aparato por el que pudiera llegarte, como en aquellas noches del verano, el eco de un mundo feliz.

–Bueno, si te parece bien, voy –le dije a madre.

–Ve, sí –dijo ella.

Y me preparó la merienda. No le dije nada de lo que pensaba traer para ti. “Es mejor que todos se lleven una sorpresa”, pensé.

No quise irme el día más señalado. Y, cuando me fui, no lo hice en los camiones, que paraban en la plaza, donde se reunía muchísima gente, entre unos que se iban y otros que salían a despedirlos. Y todos gritaban a los que se marchaban: “¡A ver que me traes, tú...!” Si era una muchacha la que preguntaba a un mozo, él solía responderle que le traería un pito y unas pelotas, y entonces la plaza se llenaba de risas y de chillidos ahogados. Los maduros recomendaban a los jóvenes: “A ver dónde os ‘metís’, que vosotros...” “No pasa na. Sabemos cómo se hace...”

Yo no quise esperar ninguno de aquellos camiones, en los que luego los viajeros cantaban y se gastaban bromas. Me fui, poco a poco, paso a paso, hacia el apeadero y allí tomé el tren de las nueve. Había muchos aldeanos esperando, todos muy colorados y satisfechos, con grandes cestas, con pollos atados por las patas y con alforjas enormes, alforjas de recias y listadas telas. También hablaban, gritando, y luego, los que habían subido al tren, se asomaban a las ventanillas y decían:

–¡Hasta la vuelta!

Y:

–¡A ver si te descuidas, Rosa, y los cerdos te destrazan al pequeñín...!

Y los de abajo:

–Traednos muchas cosas, ¿eh?

–Sí, os traeré...

El tren se iba al fin y las últimas palabras de los aldeanos quedaban ahogadas entre el humo y el ruido de la locomotora. Los que habían subido seguían hablando, sin mirar ya por las ventanillas, de espaldas a los enormes rastros amarillos. Yo me había sentado junto a un cristal y en seguida puse las alforjas sobre las rodillas y decidí tomar un “bocao”. Después me levanté y miré la llanura, que parecía moverse. Había muy pocas yuntas en los barbechos, y era que casi todos los aldeanos estaban en la feria de la capital. Luego, lo primero que hice fue acercarme a la clínica.

Como cuando fuimos contigo, había mucha gente esperando en el patio cuadrado, y esto me parecía mentira, pues, si pensabas en la fiesta, no creías que hubiera enfermos en la capital y sus alrededores, sino gente alegre, gente feliz. Era como si el buen humor de los aldeanos que subieron al tren me hubiera hecho olvidar que tú también estabas enfermo, en un tiempo así.

Vi a la enfermera que nos atendió y le dije quién era y de dónde, y le hablé de ti, pero ella, por la cara que ponía, no debía recordar nada. Le dije que tú estabas de esta y de la otra manera, que eras un chico de once años, que habíamos estado en la clínica por primera vez el dieciséis de agosto, y ella aún no “caía⁶⁵”, y yo sentí como un dolor dentro de mí, porque me parecía imposible que, los que te vieron, hubieran podido olvidarse de ti. Pero la enfermera sí te había olvidado. Luego, después de decírmelo: “Pues... no, no recuerdo...”, me hizo que la siguiera y pidió le dijese de nuevo tu nombre y apellidos, y entonces miró en un armario blanco, sacó una cartulina y dijo:

–Ah, ya... Sí, el niño que pasamos aquí en una mecedora... Bien, bien...

⁶⁵ “caía”: entendía, recordaba.

Y me preguntó qué quería, y yo le dije que muy poco: contarle al médico que tú “ibas” mejor y que te llevaríamos al pasar la Feria para que te viese de nuevo.

-Bueno -dijo ella-, yo se lo haré saber.

-¿No... no podría verle? -le pregunté.

-El doctor está muy ocupado ahora -me dijo.

-Sí, claro... murmuré, la cabeza gacha, caminando hacia la puerta.

-¿Si no quería ninguna cosa más? -preguntó la muchacha.

-No. Nada más -le dije.

Y seguí andando. La enfermera se acercó a un hombre que, como ella, vestía bata blanca, y los dos se miraron, sonriendo. Los vi un instante, al volver la cabeza cuando ya cruzaba el umbral de la puerta. El joven de la bata blanca la había tomado de las manos y ella sonreía más. Me alejé de la clínica, lentamente, camino del ferial.

La Feria estaba como siempre, o quizá mejor, con esa animación que nos hace sentirnos chiquillos a todos. El paseo estaba regado y había mucha gente en él, la mayoría forasteros, aldeanos y de los pueblos vecinos. Casi todos los hombres calzaban alpargatas, como yo, y vestían blusa y trajes de pana, como los que esperaban en el patio de la clínica. Se detenían frente a los barracones donde había payasos pintados a la puerta. Se oía música, por aquí y por allá, una música chillona que emitían los altavoces de las gramolas, y a mí se me humedecieron los ojos. Veía a padres y madres que llevaban a sus hijos de la mano, que se detenían ante el tiiovivo y los subían en aquellos caballitos de madera. Las sirenas rompían la calma de la mañana, y sobre nuestras cabezas parecían perseguirse los arcos de luces de colores. Había charlatanes aquí y allá, subidos en mesas, hablando por el micrófono, roncas ya las voces, con las mercancías en aquellas mesas, o en el suelo, y los aldeanos se acercaban a ellos, comprándoles peines, carte-

ras y petacas casi por nada. Los mozos se detenían frente a los barracones de tiro al blanco, se gastaban unas pesetas para cortar una cinta y llevarse una botella de vino malo, y luego se iban a los bares improvisados a orilla del ferial y se bebían aquel vino aguado, y otro vino, y cerveza, comiendo gambas saladas y cortezas de cerdo. Luego se dirigían hacia el centro de la ciudad, y yo me figuraba adónde irían a parar, recordando por un momento a Ramón, el de la Brígida, el que quiso a Juana, que siempre solía capitanear cuadrillas de mozos así.

Anduve de un lado para otro y luego me acerqué a los puestos del mercado y por la exposición interior. Me gustaba verlo todo, mas cada cosa nueva y bonita que veía hacía, sin embargo, que mis ojos se humedecieran, y que mis manos temblaran, porque tú no estabas allí, ni madre, ni Juana, para ver todo aquello, como yo.

Vi una exposición de bicicletas y de aquí no podía alejarme. No sé cuánto tiempo estuve mirándolas. Alargaba mis manos y acariciaba los tubos negros, brillantes, y los manillares, niquelados, donde podía verme como en un espejo. Tanto las miré y toqué, que el encargado de la exposición se me acercó y me dijo:

-¿Le gusta alguna?

Yo no le respondí.

-¿Quiere verlas mejor? ¿Quiere pasar? -añadió.

Denegué con la cabeza. Entonces el hombre me miró fijamente, preguntándome qué deseaba.

-Nada, nada... -le dije.

-¿Se encuentra mal? ¿Está enfermo? -dijo.

-No. No, señor -dije-. Es... es que... Mi hijo Josillo no subirá nunca en bicicleta -murmuré.

-¿No? -dijo él.

-No -contesté.

-¿Está...? -empezó a decir.

-No tiene cura -declaré.

Vino junto a mí. Parecía interesarse por tu dolor. Sentí como una pequeña alegría. El hombre parecía dispuesto a escucharme, y yo tenía necesidad de hablar a alguien de ti, de tu enfermedad y de aquel dolor que por culpa de la misma yo llevaba en el pecho; pero entonces se acercó a la exposición un matrimonio con un chico y le pidieron al hombre que les enseñase una bicicleta de carrera, la más bonita, y el hombre corrió a atenderles, y, aunque esperé un buen rato por ver si podíamos seguir hablando, él ya no me miraba ni parecía recordar que yo existiera, de conversación con los posibles compradores.

Decidí alejarme de allí. Ya no podía distraerme con nada. Ni siquiera oía la música, toda aquella música que, sin embargo, parecía perseguirme, chillona, hiriente para mis oídos. Estaba cansado y me alejé hacia los merenderos de junto al mercado de mulos y allí me descolgué las alforjas y pedí una botella de vino y un plato de aceitunas. No tenía hambre, pero tampoco me quedaban fuerzas para seguir andando por entre un mundo que parecía burlarse de mi dolor, con sus gritos, sus objetos brillantes, sus payasos, sus luces de colores, sus charlatanes enronquecidos, su música chillona y sus bicicletas, inútiles para ti. Comí muy poco, bebiéndome, en cambio, todo el vino.

Cerca de mí unos gitanos bebían y hacían palmas, canturreando flamenco. Había también mujeres, y ellas se dejaban acariciar, y a mí me pareció que todos estaban bastante borrachos. Llegaban muleteros con sus blusas ahuecadas, los sombreros en el cogote o sobre la oreja, el látigo al cuello, el andar chulón, y aldeanos embutidos en sus recios trajes de pana, luciendo gorras nuevas, muy tiesas, y se sentaban en las sillas de anea y pedían vino y aguardiente y hablaban de los mulos que acababan de tratar. Yo, aunque la conversación me gustaba, empezaba a dormirme, y estoy seguro que en otras circunstancias hubiese estado atento a lo que charlaban, pero entonces me dormía.

Me quedé dormido. No mucho rato, pero sí el tiempo suficiente para verte a ti en ese mundo en el que ya no te estaba permitido entrar. Te veía correr en bicicleta, en una hermosa bicicleta de carrera. Otros chicos también iban en bicicleta, pero tú los aventajabas a todos, tú les ganabas, tú ibas delante. Celebrabais una carrera, no sé por qué motivo, no sé por qué fiesta. Y yo te vi llegar vencedor a la meta. En lo primero que me fijé fue en tus piernas fuertes, musculosas, morenas por el sol.

-¡Has ganado, hijo! -te dije-. Hoy has ganado.

-Siempre gano -dijiste.

Luego, te pregunté que de quién era la bicicleta, pues no recordaba haberte comprado ninguna.

-De aquel chico -me contestaste, señalando hacia la tribuna.

-¿De aquel chico? -dije.

-Sí, de aquél -afirmaste.

Y yo miré al chico que apenas sonreía, muy pálido, sentado en una mecedora, una manta cubriéndole las piernas.

-Si eres tú -te dije.

-¿Yo? -dijiste-. Yo estoy aquí, padre, y he ganado la carrera.

Miré de nuevo hacia la tribuna y entonces vi que allí ya no había ningún chico enfermo, y me volví y te abracé fuerte, emocionado.

-Tú no eras aquél -te dije.

-Estoy aquí -murmuraste.

-Sí -afirmé.

-Y he ganado -dijiste, satisfecho.

Fue un gitano el que me preguntó si me ocurría algo.

-¿Eh? -dije.

-¿Le pasa “*argo*”⁶⁶, hermano?

-¿Cómo? Ah... No, no. Gracias.

Quizás oyeran como un quejido, como un desahogo de mi dolor. Les sonreí bobamente y me levanté.

Ahora había menos gente en el ferial. Me acerqué a los puestos de guarnicionería y compré una cabezada, sin muchos adornos –que después de todo no sirven para nada–, pero muy buena, recio y suave el cuero. Apenas cambié dos palabras con el guarnicionero, que me conocía de otros años.

-¿No me compra nada más? –dijo.

-No. Este año nada más –le dije.

-Pues la cosecha ha “*sío*” grande.

-¿La cosecha...? –murmuré, pensando que la nuestra no era nunca grande y que, este año, aunque lo hubiera sido, tendríamos de sobra donde emplear el dinero.

-¿No? –inquirió.

-No ha estado mal –le dije.

-Y ahora los meloncejos, ¿eh?, que ahí, en ese pueblo, siempre los tienen buenos, y luego la uva, que dicen que este año hay más que nunca...

-Bastante, sí... –murmuré. Y me despedí.

-Bueno, ya sabe dónde me tiene –dijo el guarnicionero aún–, por si luego, antes de irse, recuerda que necesita algo más, ¿eh?

-Hasta luego –le dije.

-Vaya con Dios el hombre –respondió.

Mientras andaba, me parecía verte, como en el sueño, subido en bicicleta. No quise pasar por la exposición, donde el encargado tal vez ya ni me recordaría, de tantos como pasan y porque estaba atento a sus ventas y pendiente de aquellos que él creía posibles compradores. Y,

⁶⁶ “*argo*”: en el lenguaje popular es muy frecuente el trueque de -l- y -r- en sílaba trabada.

también, porque me hubiese dolido más el corazón al ver las bicicletas ahora, tan inútiles, tan muertas para ti.

Llegué al puesto donde exhibían máquinas de coser y aparatos de radio. El dueño se me acercó, sonriente. Me conocía. Había ido mucho por el pueblo, primero en bicicleta, arreglando máquinas de coser; luego, en moto, y, más tarde, en una furgoneta, vendiendo de todos aquellos aparatos que ahora tenía en el pabellón de la Feria. Este señor era el que, unos años atrás, le había vendido el aparato de radio a Josefa. A nosotros también nos ofreció, insistiendo para que le comprásemos uno, sin compromiso de pago, como ellos dicen: “Ése es un lujo que no puede entrar en mi casa, señor Paco”, le dije en aquella ocasión. “Ya me comprará un aparatito, ya...”, dijo él, optimista.

Ahora estaba delante de su establecimiento.

–¿Viene a comprarme un aparato de radio? –me preguntó, sonriendo.

–Si supiera usted... empiezo a decirle.

–¿Le ocurre algo? –pregunta.

Ya iba a hablarle de ti y de tu enfermedad, pero vi que, al mismo tiempo que me escuchaba, miraba y daba instrucciones al dependiente para que atendiera como era debido al personal que acudía al establecimiento.

–¿Decía...?

–Nada, nada... Es decir, sí –le dije–: que me gustaría comprarle un aparato, aunque no fuese de los mejores, uno chico, si usted, claro, me lo dejara...

–Se lo doy barato y a pagar cuanto usted quiera o pueda –me cortó.

–Querer, querré siempre –le dije–. Poder...

Sonrió.

–Quien quiere, puede; ya sabe usted –dijo.

–No, no es eso –murmuré.

–Sólo de la uva tomará... –empezó.

Yo le miré unos instantes. Había puesto un aparato pequeño, muy sencillo, encima del mostrador. Pidió al dependiente que le dejara el plumero y le limpió un polvo que no tenía. La madera pulimentada brillaba. Los botones eran blancos, así como la rejilla del altavoz.

-Ay, la uva... -dije.

-Dicen que hay mucha -comentó él.

-Tendrá tantos caminos ese dinero -añadí.

-Bueno -dijo, devolviendo el plumero al dependiente-, ¿qué le parece? Le gusta, ¿eh? Es chico pero potente. Cinco lámparas, ¿sabe? Como otro mayor. Y onda normal y onda corta... -Lo conectó y la música trajo a mis oídos el mismo eco alegre y feliz que el aparato de Josefa llevó a los tuyos algunas noches del verano-. ¿Eh? No se oye mal, ¿verdad? ¿Qué me dice? Podrá oír la música del mundo entero. Escuchará las emisoras más lejanas. Sabrá lo que ocurre en el mun...

-¿Cuánto vale? -le pregunté, interrumpiéndole.

-Mire, para usted... Mil quinientas nada más.

Me retiré un poco del mostrador.

-¿Le parece caro? -preguntó, extrañado.

Le miré.

-¿Le parece...? -decía aún.

Yo miraba el aparato.

-No tengo tanto dinero -dije.

-¿Cuánto tiene? ¿Puede darme quinientas pesetas ahora?

-¿Y las mil restantes?

-¿Usted puede darme la cantidad que le he dicho? -insistió.

-Hombre, poder... Sí, claro: puedo.

Se volvió hacia el dependiente y le ordenó que embalara el aparato.

-Ahí tienes papel fino -le dijo-. Y luego lo pones en una caja de cartón fuerte, que el señor tiene que llevarlo a un pueblo.

-Entonces, ¿las mil...? -le decía yo, pensativo, preocupado.

-Ya me las pagaré. Cada vez que vaya al pueblo, me pasaré por su casa, y, si puede darme algo, bien, que no puede, ¡pues otra vez será! ¿Estamos?

Le miré emocionado.

-Mi hijo se alegrará... -murmuré.

-¿Le gusta la música? -preguntó, sonriente.

-Yo le hubiera comprado mejor una bicicleta -le dije.

-¿Sí?

-Sí, señor.

-Pero una bicicleta es siempre un peligro. Los chicos ya sabe... Se van por ahí... Con la radio se distraerá, además, toda la familia.

Yo había mirado para atrás, no para ver determinada cosa o persona, sino para detener, de prisa, una lágrima rebelde que se me escapaba.

-¿Sabe lo que quiero decirle? -añadió el hombre.

-Sí, sí, señor Paco. Lo sé.

-La radio es lo mejor que hay. No debiera faltar en ningún hogar. En ninguno.

-Yo hubiera comprado mejor una bicicleta, ya ve usted... -repetí, la vista perdida en no sé qué mundo imposible.

-No se lamente, hombre. En otra ocasión la comprará. Cuando el chico sea... ¿Qué edad tiene?

-Once años.

-Pues mejor que no se la compre ahora. En seguida dará un estirón y ¡adiós bicicleta!

-¿Un estirón?

-Sí, que crecerá. Mejor que se la compre cuando ya sea mozo.

-Mi Josillo no subirá nunca en bicicleta -le dije.

Me miró. No me comprendía. Iba a preguntarme algo cuando el dependiente lo llamó para que mirase unas

facturas. Se distrajo. Yo ya tenía la caja en las manos. Volvió de nuevo frente a mí.

-Bueno... -dijo.

-Me marchó -anuncié.

-Ah, ¿qué me decía antes? -preguntó ahora.

-Nada -le respondí-. No tenía importancia...

Ya me alejaba.

-Ahí dentro lleva la tarjeta de garantía, por si la necesitara -voceó-, espero que no. Le saldrá bueno.

Le sonreí.

-Adiós, señor Paco. Y ya sabe: si algún día no puedo...

-Vaya con Dios, y no piense usted en las mil, hombre. Ya las cobraré, si no hay dinero, en trigo, en vino... Duerma tranquilo.

-Gracias -murmuré. Y seguí andando.

Andaba por el paseo, despacio, con las alforjas al hombro y la caja en la mano. Era la hora en que empezaban a salir los paseantes de la capital. Éstas eran otras gentes distintas a nosotros. Iban vestidas de otra manera. Andaban de otra forma. Los aldeanos nos perdíamos ahora, insignificantes, ante el ir y venir de aquella gente bien vestida que salía, descansada, calzando zapatos brillantes. Los jardines de junto al paseo habían sido regados y la gente acudía a sentarse en los bancos y junto a los veladores, donde tomaban café y refrescos. La corrida de toros había empezado ya y de la plaza me llegaban, de vez en cuando, entre todas las músicas, los olés entusiasmados y los aplausos que los espectadores dedicaban al espada de turno. Me acerqué hasta la misma orilla de la plaza y allí quedé embelesado largo rato viendo los muchos automóviles que había, todos esperando a sus amos ricos, que fumarían el cigarro puro sentados en las contrabarreras. Fui luego de un lado para otro. Tenía la boca seca, por el calor

y por las aceitunas que había comido en el aguaducho⁶⁷, muy saladas, y pensé sentarme unos momentos en un refrescante⁶⁸. Me hubiera gustado hacerlo en uno del paseo, pero me asustaba un poco ocupar uno de aquellos sillones de mimbre, y también me parecía un tanto ridículo, ya que yo no iba bien vestido ni calzaba zapatos. Anduve, pues, por detrás de los jardines y por allí vi un merendero, donde al fin me senté, pidiendo una naranjada. Me sentó bien y, al levantarme, me encontraba mucho mejor. Fui de nuevo al paseo, porque, pese a encontrarme un tanto incómodo, como desplazado entre aquella gente bien vestida, también es cierto que era lo que más me gustaba. En aquellos momentos estaban funcionando todos los tiovivos, y las cadenas⁶⁹, y la gente se agolpaba frente a todas las atracciones, y ahora, en el barracón donde había payasos pintados a la puerta, ya daban funciones, y de vez en cuando salía un payaso de verdad y bailaba sobre un tablado, orilla mismo del paseo. Yo estaba un momento aquí y otro delante de las catacumbas⁷⁰, de donde salían las parejas de novios con las caras encendidas. Tenía que hacer tiempo hasta la hora del tren, que salía a las siete. Estuve en la puerta del circo, y en algunos momentos me llegó la música y el parloteo de los payasos; luego, la risa y los aplausos del público. No podía olvidarte en ningún momento. Ni a madre, ni a Juana, ni al abuelo, porque, como dije antes, todo lo hermoso que veía me hubiese gustado que también lo hubierais visto vosotros. Me sentía triste y era necesario que mirara y palpase la caja donde traía la radio

⁶⁷ *aguaducho*: puesto donde se vende agua, y hoy también refrescos y otras bebidas (DRAE).

⁶⁸ *refrescante*: establecimiento que servía bebidas refrescantes.

⁶⁹ *cadena*: se refiere a las atracciones feriales formadas por una serie de elementos articulados entre sí que configuran un circuito cerrado.

⁷⁰ *catacumbas*: se denomina así a las atracciones en las que se trata de infundir miedo y terror al público que las visita.

para alegrarme un instante, pensando que allí llevaba un mundo de alegría para ti. Pensando en esto me sentía bien, y era cuando todos los chicos me parecían hermosos y felices, de la mano de sus padres subiendo a los caballitos⁷¹ y a las barcas. Me acercaba para verlos felices, para verlos así, tan alegres, tan entusiasmados y sonrientes, y era que yo quería ver, en aquellas caras, en aquellas sonrisas, la cara tuya, una sonrisa tuya, la misma sonrisa que quizá yo viese aquella misma noche cuando tú escuchases el eco del mundo feliz que, por medio de aquel aparato de radio, te llevaba. Luego, de momento, vi que todos los niños estaban pálidos y que no sonreían ni gritaban ni se movían. Estaban allí, en los tiovivos, en las barcas, y ninguno sonreía ya, sino que se habían puesto pálidos y tristes, y era como si, en un cerrar y abrir de ojos, todas aquellas caras sonrientes, felices, hubiesen quedado muertas para mí. Los veía así, muertos a todos, y mi corazón empezó a latir como si se volviera loco, como si se me fuera a escapar del pecho. Por eso me acerqué a un niño, como tú de alto, que paseaba de la mano de sus padres, y le dije:

–¿Qué te pasa? ¿Por qué no sonríes?

Y luego, al instante, vi que el niño y sus padres y todo el ferial desaparecían, una espesa niebla borrando las imágenes para mis ojos. Después oí que hablaban. Miré y eran los padres del niño. Les sonreí.

–Así es mi Josillo –dije.

El matrimonio habló en voz baja. Había más gente a mi alrededor. Y no estábamos en el centro del paseo, donde yo le había hablado al niño, sino en la terraza de un bar, allí donde, poco antes, no me había atrevido a sentarme. El camarero vino con un refresco.

–Tómeselo –dijo el padre del niño.

⁷¹ *caballitos*: término coloquial con el que en la feria albaceteña se nombra a los tiovivos.

Yo comprendía ya, comprendía bien, y tomé el refresco con mano temblorosa.

-Gracias -les dije.

La señora me preguntó:

-¿Qué le pasa? ¿Se encuentra enfermo? ¿Quiere que le acompañemos a algún sitio?

-No, no. Gracias -murmuré-. Me marchó a la estación. Tengo que tomar el tren de las siete. Estoy bien. Esto... No sé qué ha sido.

-Se mareó un poco -dijo el hombre.

-Mi Josillo... -dije yo entonces.

-¿Eh? -preguntaron.

-Nada -respondí-. Gracias, gracias por todas las atenciones.

Me puse de pie. El chiquillo me miraba. Le miré también y le dije:

-Seguro que tendrás una bicicleta, ¿verdad?

El niño miró a sus padres. Luego dijo:

-Sí... Sí, señor.

-Me lo figuraba -le dije, sonriéndole.

Y me retiré, inclinándome un poco ante los que me habían atendido. Ellos me miraban con extrañeza. Estaban atentos a mi paso vacilante. Lo advertí al volver la cabeza un momento. Aún intenté sonreírles. Luego, al seguir andando, detuve, como antes en el establecimiento de aparatos de radio, una lágrima rebelde que huía.

Ya iba gente hacia la estación. Apretaba la caja bajo el sobaco. Quería pensar sólo en el instante de destaparla. Me esforzaba por mantener firme este pensamiento, que traía ilusión a mi alma. Por eso no vi a Justo el cabrero y a su hijo hasta que no estuve pegado a ellos, frente a la estación ya, en la plazuela donde paran y salen los autobuses de varias líneas.

-Eh, Justo -dije-. ¿Venís ahora?

Ellos me habían visto antes, creo, pero, no sé por qué, se hicieron los desentendidos.

-Eh... -repetí.

Seguramente acababan de bajar de un autobús.

-¿Qué dices, José? -dijo el cabrero al fin, deteniéndose.

El chico se detuvo también, pero algo retirado, y miraba al suelo.

-¿Que si llegáis ahora, os decía?

-Ahora, sí... -contestó Justo.

Se separaban de mí.

-Voy a tomar el mixto⁷² -les dije.

-Bueno...

Parecía como si quisieran huir a escape de mi lado.

-¿No me preguntáis qué he comprado? -les dije.

Se les veía como incómodos, molestos.

-¿Qué? -inquirió el padre, sin apenas interés.

El chico se le acercó, murmurando:

-Venga, vámonos, padre, que...

-¿Quieres ver el circo, Blas? -le pregunté, sonriendo.

-Si mi padre se para con "too" el mundo...

-Es para el chico -dije. Yo vi que el cabrero agachaba la cabeza-. Por él lo llevo, porque... Es una radio, ¿sabes?, algo que me parecía imposible pudiese entrar en mi casa, por ser cosa como de lujo. Pero ahora, con el chiquillo así...

Blas había tomado bruscamente a su padre del brazo.

-Venga, vámonos -insistía.

Justo me miró.

-¿Qué, qué haces, Blas? -dije al muchacho.

Ya se iban.

-Buen viaje, José -me había dicho, con voz apagada, Justo.

⁷² *mixto*: tren que conduce a pasajeros y mercancías (DRAE).

Fui a sacar el billete, pues el tren ya estaba formado. Los paisanos, sobre todo el chico, me habían dejado un poco confuso. Los había encontrado... no sé, extraños. Dejé de pensar en ellos y subí al tren. En el tren acariciaba la caja. Hubiese querido escuchar, siquiera durante unos momentos, los ecos de aquel mundo que a través del aparato vendría a alegrar tus oídos, para decirles a los que se habían sentado a mi lado que aquello, aquella alegría, era para ti. Pero no podía ser. Ya llegaría a casa. Una hora más y...

Anduve a buen paso del apeadero al pueblo, una luna llena alzándose para besar mis espaldas. Cantaban los grillos, y de un camino lejano me llegaba la canción de un hombre sin dolor. El pueblo se veía ya. Las luces, amarillas, débiles, parecían parpadear entre los árboles. De un rastrojo cercano me llegaba el tin tan de los cencerros de un rebaño, quizá de regreso ya hacia sus rediles. Ahí estaban las eras, con montones de paja aún, con bálago⁷³. Grupos de niños bajo los olmos acechaban a los pájaros que ya dormían. Los chicos me vieron, y pensé que se me acercarían para hablarme de ti, pero vi, desilusionado, cómo se alejaban hacia otro camino.

Ya estaba en el pueblo, en sus calles. Habría habido mujeres cosiendo en las corraladas, pero ahora todo estaba desierto. Algún par de mulas que llegaban; perros vagabundos que iban y venían; murciélagos dibujando arabescos bajo la luna... Seguía sin encontrar a nadie. Luego, de momento, al doblar la esquina, vi a mucha gente, a muchos hombres, a casi todos los hombres del pueblo que no estaban en la Feria. Los vi junto a las portadas de casa, y vi también a mujeres que entraban y salían, que se hablaban unas a otras, bajo. Entonces me detuve. Esperé que alguien se me acercara, pero los hombres chuparon sus cigarros, mataron las palabras e inclinaron la cabeza. Allí

⁷³ *bálago*: paja trillada (DRAE).

estaban nuestros vecinos, serios, mudos. Seguí andando y entonces alguien dijo:

-Ya está aquí...

Y otro:

-Ahora...

Y en seguida oí los gritos de Juana, porque Juana parecía loca ya, echada sobre tu cama, apretando tu cuerpo muerto. No hablé. No pude hablar. La luz de los cirios estampó mi sombra contra las paredes del cuarto. Caí de rodillas junto a la cama y en seguida noté el cuerpo de madre sobre el mío, y las manos húmedas de lágrimas de Juana, y oí las voces de las dos que gritaban tu nombre, como si aún pudieras oírlas, dormido para siempre. No advertí que el abuelo estaba sentado junto a la cama y espantaba las últimas moscas que querían llevarse tu sangre inmóvil. Apreté mis manos crispadas sobre la caja, la rompí y quedó expuesto ante tus ojos sin luz lo que ya no podría traerte ecos de vida feliz. Yo no sé si madre dijo algo. Una mujer murmuró:

-Ya veis, le traía...

Y deseé que no hablara más, ni esa mujer ni ninguna otra. Deseé que hubiera silencio, que me rodeara, que me ahogase el silencio. Por un momento, el bullicio de la Feria, la alegría de aquel mundo de ilusión venía a mí. Luego, las imágenes de los chiquillos pálidos, tristes, de los muchachos que parecían morir allí entre risas y entre músicas. ¿Morías tú en aquellos momentos? Tal vez... Me puse de pie. El aparato estaba en mis manos. Se hizo el silencio, al fin. Me miraban ojos húmedos. Noté la mano de madre, reteniéndome. La miré y me dejó salir. Los hombres y las mujeres, lo mismo que cuando había entrado, se apartaron, formando un callejón de imágenes mudas. Si alguno fumaba, tiró el cigarrillo. No sé quién alargó sus manos para tomar el receptor, que bailaba entre las mías. Lo apreté y las manos del vecino se retiraron. Ya estaba en

el porche, junto al tronco donde partimos la leña. Tomé el hacha y golpeé una, dos, más de cincuenta veces. Mis labios aún estaban mudos. Luego, murmuré:

–Justo y su hijo lo sabían, ¡lo sabían...!

Los hombres me veían golpear el aparato, pero ninguno alargó sus manos ahora para detener mi brazo enloquecido. Las mujeres también me miraban, y luego agachaban la cabeza y alguna rompía el silencio con sus sollozos. Después, las manos de un vecino vinieron por fin a quitarme el hacha, y una mujer –no recuerdo quién; tal vez Julia, quizá Josefa...– se acercó a mí con una taza de tila.

Yo ya había empezado a llorar.

Valencia, 1961.

Rodrigo Rubio (Montalvos, 1931-Madrid, 2017) es uno de los mejores y más prestigiosos escritores albaceteños. Con 17 años se marchó con su familia a Valencia, en donde estudió por correspondencia y comenzó su labor como escritor, siempre desde una postura comprometida, realista, crítica y testimonial. En 1968 se trasladó a Madrid, en donde residió con su mujer y sus dos hijos hasta el momento de su muerte. Con 30 años ganó el Premio Gabriel Miró con la novela *Un mundo a cuestas* y con 34 el Premio Planeta, con *Equipaje de amor para la tierra*. Es autor de veinticinco novelas, tres libros de cuentos y once de ensayo, además de numerosas colaboraciones en revistas y periódicos.

Entre sus novelas cabría destacar: *Un mundo a cuestas* (1963), *Equipaje de amor para la tierra* (1965), *La espera* (1967), *La sotana* (1968), *La feria* (1968), *Agonizante sol* (1972), *El gramófono* (1974), *Cuarteto de máscaras* (1976), *Álbum de posguerra* (1977), *La silla de oro* (1978), *Cayetana de Goya* (1979), *Banco de niebla* (1985), *La puerta* (1989), *Fábula del tiempo maldito* (1997), *Al filo de la vida* (1998), *Las enfermedades obsesiones de Paulino Marqués* (2001) y *El Señor del látigo* (2007).

Además de los numerosos relatos publicados en volúmenes antológicos, revistas y periódicos, es autor de los libros *Palabras muertas sobre el polvo* (1967), *El regicida* (1969) y *Papeles amarillos en el arca* (1969; reeditado por la Diputación Provincial de Albacete en 1999).

Es autor, entre otros, de los ensayos *La deshumanización del campo* (1966), *Radio-grafía de una sociedad promocionada* (1970), *Minusválidos* (1971), *Crónicas de andar y ver España* (1973), *España no hay más que una* (1973), *Albacete, tierras y pueblos* (1983) y *Lo que el tiempo se llevó* (2004).

Entre los numerosos premios literarios conseguidos, se encuentran el *Gabriel Miró* (1961), *Ateneo de Valladolid* (1962), *Planeta* (1965), *Álvarez Quintero* (1970), *Novelas y cuentos* (1975), *Casa de Castilla-La Mancha* (1985), *Casino de Lorca* (1999) y *Salvador García Aguilar* (2001).

Su despedida del mundo literario se produjo con el libro póstumo de memorias *Reflexiones. Confesiones antes de morir* (2007), concluido pocos meses antes de morir.



DIPUTACIÓN DE ALBACETE